3 1761 09544862 7

Andrés Gonzalez Blanco

Matilde Rey

Novela de chulas madrileñas y estudiantes provincianos

IS
G6424m

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

MATILDE REY

(NOVELA DE CHULAS MADRILEÑAS
Y DE ESTUDIANTES PROVINCIANOS)

125-001
13/11/12

MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO
V. PRIETO Y COMP.ª, EDITORES
Pontejos, núm. 8
1911

OBRAS DEL AUTOR

NOVELA

El veraneo de Luz Fanjul (novela).—Un volumen de la Biblioteca «Argensola».—Zaragoza, 1910.

La eterna historia (novela).—Perlado, Páez y Compañía, editores.—Madrid, 1910.

Un amor de provincia (novela corta, premiada en el concurso de *El Cuento Semanal*).—Madrid, 1907.

El castigo (novela corta, publicada en *El Cuento Semanal*).—Madrid, 1909.

El culpable (novela corta, publicada en *Los Contemporáneos*).—Madrid, 1909.

Idilio de aldea (novela corta, publicada en *El Cuento Semanal*).—Madrid, 1910.

Doña Violante (novela de la vida pícara y estudiantil).—Perlado, Páez y Compañía, editores.—Madrid, 1910.

POESIA

Poemas de provincia y otros poemas.—Perlado, Páez y Compañía, editores.—Madrid, 1910.

DEDICATORIA

A Emiliano Ramírez-Angel, que ha cantado las tristezas y las jovialidades del Madrid sentimental, chulo y despreocupado, del Madrid bullicioso, locuaz y novelero, que desprecia la vida y los códigos, que va á los merenderos de la Bombilla con el mismo anhelo de divertirse que le lleva á la jura de la bandera; que tiene unas modistas alegres y descaradas, que contestan con insolencias á los piropos... cuando los piropos no van acompañados de besos...

A Emiliano Ramírez-Angel, que ha escrito, en Cabalgata de horas, *unas palabras terribles, por las que yo le guardo un enorme rencor artístico: «Y si pasan muchos años y no vuelve á verme, será una de esas mujeres que, á media noche, cuando regresamos de casa de la novia* formal, *después de haber soñado con una paz provinciana y un hijo risueño, nos dicen desde la sombra de algunos portales: —Oye, moreno, ven acá»... Palabras funestas, palabras fatídicas, palabras mortuorias, palabras-puñales, que habrán matado la voluntad de vivir y de gozar en tantos ingenuos estudiantes de provincias, recién llegados á la Corte, con la ilusión de*

este paraíso encantado donde las modistas son huríes con aguja...

Palabras trémulas y martirizadoras, que jamás se ocurrieron al hosco pesimismo de un Schopenhauer; palabras más definitivas que todas las enseñanzas crueles de los misóginos; palabras que parecen dictadas por Leopardi; palabras que nos hacen pensar con pavura en la mujer y en sus suaves atractivos; palabras que no le perdonarán nunca la Facultad de Medicina, ni la Facultad de Derecho, ni la Facultad de Farmacia; ni este poeta sentimental que quiere ser médico del alma, jurisconsulto del sentimiento y farmacéutico de la belleza; este poeta sentimental, que admirará toda la labor de Emiliano Ramírez-Angel, intensa, artística, moderna, cuando borre de ese libro suyo esas palabras mortificadoras para nuestros veinte años locos; esas palabras que han segado en flor la mies opulenta de alegría de tantos espíritus...

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO

MATILDE REY

(NOVELA DE CHULAS MADRILEÑAS Y DE ESTUDIANTES PROVINCIANOS)

I

Si no queréis enamoraros, no paseéis por las calles de Madrid á las ocho de la noche. El niño del arco de plata vuela á esas horas desmandado y sin que nadie refrene sus ímpetus. Se posa en los ojos de las modistas y llega hasta las bocas de los estudiantes, que rezuman piropos atrevidos ó madrigales caballerescos. La aguja y el libro compendian, de ocho á nueve, la vida complicada y turbulenta de la Corte de España.

Guillermo Luaces solía pasear todos los días, á esas horas, por la calle de Atocha y adyacentes. Era para él la única hora de refrigerio y de asueto, en que daba al olvido los hórridos textos de Anatomía y se dedicaba al vagar indolente, libre la cabeza de preocupaciones y ágil el cuerpo, en el encanto de la única hora no sedentaria del día. Cuando llegaba á casa se ponía á cenar con más apetito, aunque con cierta tristeza, por no haber encontrado la mujer que buscaba: una madrileñita

frívola y risueña, de cuerpo torneado y dócil á las caricias; una madrileñita retrechera y alegre, como él la había soñado desde su caserón sombrío de Puertuco.

Guillermo Luaces era asturiano, de un puertecito costero, uno de estos puertos que azota el mar Cantábrico, ya bravo, ya juguetón. Su padre había muerto en Llanada, donde era secretario del Gobierno Civil. Tenía él dieciséis años cuando murió su padre, y toda la familia se trasladó á Puertuco, del cual conservaba Guillermo un recuerdo confuso, compuesto de esas emociones infantiles que no sedimentan bien, pero que perturban el alma en la juventud. A los ocho años se había trasladado Guillermo desde Puertuco á Llanada, y así sus recuerdos más precisos y más intensos eran los que tenía de aquel poblachón de Castilla, sórdido y amarillo, tórrido bajo un sol africano...

Llevaba dos años de vida de Madrid, á donde su madre le había enviado á cursar Medicina. Salió de Llanada con el bachillerato aprobado y excelentes notas de sobresaliente y notable, á más de algunas matrículas de honor, en todos los cursos. En la Universidad de Ablanedo, capital de la provincia á que pertenecía Puertuco, no había Facultad de Medicina; y si bien su madre, temiendo los peligros de la corte, quería enterrarle en vida, confinándole en la lluviosa y plomiza ciudad de Santiago de Compostela, Guillermo intercedió cerca de su tío Ramón para que no le clausurasen en aquel monasterio enorme, en aquella población oscura y fangosa, con calles entenebrecidas por los soportales, que hacían de ellas claustros de convento.

Cuando vino á Madrid, se hospedó desde un principio en un piso segundo de la calle de la Verónica, próxima á San Carlos. Calle tortuosa y pobre,

calle de provincia, que le recordaba á Guillermo ciertas sórdidas vías de Llanada. La casa tenía todo el aire de un caserón provinciano, antiguo y maltrecho; y sólo el cuchitril de la portería desentonaba allí, poniendo una nota cortesana. La escalera era zigzagueante y oscura, y las puertas de cada piso tenían un aspecto desolado de habitaciones de hidalgos venidos á menos.

Una noche fría de Noviembre volvió Guillermo á casa más contento que de costumbre. Antes de entrar en el comedor estuvo en su alcoba largo rato, removiendo cartas de novias pretéritas y tarareando frívolos aires de zarzuela. Una alegría dionisíaca, la alegría de ser joven, le inundaba el semblante.

Había encontrado en la calle de Atocha, junto al solar del antiguo Ministerio de Fomento, á una linda costurera. Iba sola, enlutada, luciendo la gallardía de su cuerpo juncal, con paso garboso de madrileña neta. Guillermo, que no era tímido, la abordó, desembaulando todo el repertorio de galanterías, piropos y frases chuscas que guardaba para estas ocasiones. Agradó á la muchacha el hablar desenfadado y jovialísimo de aquel mozo audaz. En la calle de Santa Isabel, por donde ella se internó, ya sabía Guillermo que la gentilísima chula se llamaba Matilde, que no tenía padre, ¡como él!... —una coincidencia triste que avivaba la simpatía— y que cosía para fuera. Iba todos los días á entregar á una tienda de la calle del Desengaño, esquina á Fuencarral, y habitaba en la calle del Tribulete. En un portal contiguo á una tienda de ultramarinos se detuvieron para despedirse, y allí se citaron para la noche siguiente, á las ocho.

Guillermo había encontrado la codiciada chula, la madrileñita gitana, arisca en los preludios del

amor como una gata y suave luego como una corderita cariñosa.

—Matilde, no faltará usted mañana, ¿verdad?— le dijo Guillermo al oprimirle la mano ansiosamente en la despedida, como queriendo sellar un amoroso pacto.

—Yo, cuando prometo una cosa, la cumplo, porque antes me fijo en la persona á quien lo prometo...

—Muy bien. Así me gustan las niñas: leales y francas.

—Lo que hace falta es que usted sea formal y fiel para mí.

—Lo seré... Ya verá...

—Al tiempo. Ahora, hasta mañana.

—Adiós...

II

En Llanada, el verano es abrasador como en Africa. Si hubiera sido por el sol, por el cielo azul y por el clima, no fuera ofensa la frase gala que tanto nos molesta á los españoles: «El Africa comienza en los Pirineos»...

El sol es un sol que hiere como una llaga de luz. Quietos, los árboles del paseo reverberan al sol, adquiriendo su verdor una lustrosidad extraña. El cielo azul, inmensamente azul, se tiende sobre las calles desiertas como la única puerta abierta ante el Infinito...

Las persianas están corridas; son verdes, amarillentas ó color marrón; y tras de ellas se adivina un interior lleno de frescura que convida á entrar

como á una gruta que destila humedad. Los pianos resuenan lastimeros, con una sonoridad enfermiza, más penetrante en el silencio doliente de las horas de siesta. A veces, una voz clara y dulce de soprano ó una voz teatral en falsete, acompaña al piano sonoro con gimientes romanzas de óperas... de óperas nunca oídas por aquellas vírgenes que no han salido del rincón natal; romanzas aprendidas en las partituras traídas de Madrid, de un Madrid misterioso, más tentador por lo lejano...

Todas las calles, en horas de siesta, tienen una soledad aniquilante; se dirían vías de una ciudad deshabitada, que los moradores abandonaron á consecuencia de una peste... En los barrios extremos, esta conjetura toma visos de realidad, merced á las emanaciones pútridas de los escombros, inmundicias y detritus de la ciudad, apilados en montones repulsivos, que el sol tuesta y hace fermentar por la acción ígnea de sus rayos. El municipio que, como todos los municipios españoles, no se cuida de los suburbios... y apenas del centro, permite tanta basura acumulada, con un estoicismo digno de mejor causa. Bien es verdad que los ediles, pulcros y adamados, jamás transitan por los arrabales, reservados al pueblo bajo, á la canalla. Los chiquillos se espulgan al sol, las mujeres se peinan á las puertas de las casas, untándose el pelo con linimentos primitivos de aceite y agua, y haciendo restallar entre sus dedos huesudos y sarmentosos bandadas de parásitos; espectáculo puramente jafético, que causa la delectación del transeunte caucásico que por allí se aventura acaso...

En las calles céntricas, el silencio es más hondo y más amargo, turbado sólo por las estridencias de algún grillo. De vez en cuando, silba el chorro cristalino de las cubas de riego, arrastradas por mu-

las escuálidas y guiadas por mozos cetrinos. Una sensación de frescura y de bienestar se extiende entonces por la ciudad callada.

Durante cuatro horas — de dos á seis — Llanada dormita en un sopor de población del trópico. Anochecido ya, la ciudad, refrescada por el riego, despierta y ríe, como cortesana que se baña y se atusa para disponerse á los placeres de la noche... Las campanas de los conventos tañen en alegre algarabía, proclamando las vísperas sonoras; corren los chiquillos, jugando al toro ó al escondite en medio del arroyo; las niñas cantan al corro, á las puertas de las casas ó en las plazoletas de los jardines públicos, donde el aire, preso entre los árboles, no rasga sus voces cristalinas...

Cuando Guillermo habitaba en aquella ciudad semi-morisca, traspasaba los linderos de la adolescencia. Había cursado allí los últimos años del bachillerato que comenzó en Fabricia. Su padre residía en Llanada, como secretario del Gobierno Civil, y se trataba con todas las personas de viso de la población.

Fué entonces cuando Guillermo se enamoró perdidamente de Carmencita Roldán, la hija del Presidente de la Diputación, una morena gentilísima y esbelta, con ojos negros de sultana. Epoca amarga de su vida, época de pasión y de sufrimiento.

Su educación había sido una educación casi monástica, semejante á la de casi todos los muchachos españoles; la madre encarrilándole por la senda del misticismo, mandándole todos los sábados á confesar con el Penitenciario, y él confesando á regañadientes, con sacrilegio, ahogándose en el ambiente sahumoso de la catedral enorme y bárbara, sin arquitectura conocida, con imágenes barrocas y capillas tremendas de sombra y de frío, como cuevas en la montaña; catedral helada y sin la gracia de

las catedrales góticas, que oprimía el alma; catedral sin luz y sin evocaciones arqueológicas, á la cual sólo prestaban colorido las caudas violadas de los canónigos, cuando la atravesaban saliendo del coro y entrando en la sacristía...

Era muy niño cuando ya sentía la dolorosa morbosidad sexual que ponía en sus sentidos una crepitación extraña y continua. Se acordaba de las tardes pasadas en la Glorieta, cuando los niños de su edad se hacinaban en grupos para molestar á las niñas que cantaban al corro. Ya en esta acción brutal, que interrumpía los dulces juegos de las cándidas niñas, palpitaba el instinto del macho, del dominador, que atropella á la hembra para manifestar su imperio sobre ella. Las pobres niñas, con sus dulces ojos candorosos, protestaban de los brutales ataques pueriles, que les amargaban el juego. Algunas de ellas, ya avispadas y pizpiretas, tenían presagios de *cocotte* en sus modales y en el revirar de sus ojos pícaros; otras, en el modosito ademán y en la voz queda y dulce, anunciaban la futura madre de familia... Cantaban, con monorrítmica canturia, coplas amorosas, coplas cuyo sentido no entendían, pero cuya música interpretaban con ternura:

El día de Año Nuevo
por la mañana
bautizaron á Cristo
con agua clara.
¡Ay, novio mío,
quién te diera un abrazo
chiquirritito!...

¡Cómo le emocionaba á Guillermo aquella copla anodina, tantas veces recordada, cuando pensaba que la había oído en su infancia á niñas cuyos ojos ar-

dientes de españolas anunciaban pasiones tumultuosas, á niñas que ahora serían monjas en algún convento de clausura, ó *cocottes* en París, ó cupletistas de café concierto, ó buenas burguesitas, casadas con un modesto funcionario público!... Niñas que vivirían entre sedas, entre rejas ó entre hijos, entre novicias, entre marqueses, entre toreros ó entre oficinistas... Entre aquellas niñas estaba, sin duda, Carmencita Roldán, con sus ojos de melancolía, que más tarde le habían de inspirar los primeros versos, con su cuerpecito gentil que había de mostrársele luego tentador y esquivo, en las noches de luna, tras la reja florida de la calle de la Paloma, donde ella vivía, cerca de la melancólica iglesia de la Merced.

El habitaba en una calle angosta y umbrosa, de edificios homotéticos, blancos, de una cegadora blancura en que el sol reventaba como una llaga. Enfrente de su casa estaba la fachada lateral del convento de Monjas Josefinas, donde estaban encerradas casi todas las niñas bonitas de la población que habían sufrido desengaños amorosos. Muchas mañanas, le despertaba el son del órgano, acompañando al monótono canto-llano de las misas. Aquel quejumbroso sonsonete del órgano le creó un alma ya prematuramente triste, con una tristeza más intensa por lo confusa, por lo no razonada... El presentía que en aquella ciudad había mucho sol y muchas nenas bonitas, dadivosas de su cuerpo; pero gravitaba sobre ella la sombra de su catedral y de sus veinte campanarios conventuales, que entristecían la existencia.

Cuando ya fué mayorcito, se le hizo estudiar á todo trapo, devoradoramente, como si corriera mucha prisa conocer los libros y no conocer la vida libre é inquieta. A los diez años estudiaba cuatro

asignaturas, no menos enrevesadas que el Latín, la Geografía, la Retórica y la Aritmética. Era una enciclopedia acarreada por un renacuajo de cuatro pies de altura. El papá era infatigable; no consentía descanso para Guillermo... «Había que estudiar para ser hombre...» Era la eterna cantilena, repetida por todos los padres de todos los tiempos y de todos los países. ¡Para ser hombre!... ¡Oh, sarcasmo de la frase!... Por hacerle hombre, aquella educación confesional y ritualista imponíale el desprecio de los goces de la adolescencia, que es cuando el fruto de la vida se ofrece á nuestros labios más ópimo y sabroso... Y la edad florida, cuando las bocas están más rojas y los ojos más brillantes y las mujeres más sedientas de nuestras primicias materiales y espirituales, iba pasando triste, fatigosa, igual, sin más intervalos de alegría que los paseos de las tardes de domingo en la Alameda.

Paseos soñolientos, cortos, arriba y abajo, sin cambios, sin desviaciones ni revirivueltas; paseos uniformes, con ritmo de procesión; paseos de una raza cansada que ha vivido mucho. Las muchachas, con sus sombreros demodados y sus trajecitos ligeros ó burdos, según la estación, sonreían picarescas... solamente al novio; y aun á veces, este conato de juventud que brotaba en ellas apagábanlo las madres, encargadas de matar toda jovialidad risueña y toda satisfacción carnal, en complicidad con los confesores.

—Niña, no mires con tanto descaro á Antoñito, que los hombres son muy tontos, y luego va á ir por ahí diciendo cosas de ti... Cualquiera sabe lo que se echan á pensar esos chiquilicuatros en cuanto se les dan vuelos...

—Carmen, no guiñes el ojo ni te sonrías tanto con Manolo, que ya se tiene bien sabido que estás

loca por él, y se va á poner muy hueco si se lo demuestras tanto...

Tales lamentaciones y otras por el estilo solían oirse en la Alameda de Llanada, mientras la destemplada banda municipal destrozaba algún vals Boston ó retazos de zarzuelas algo anticuadas como *El molinero de Subiza*, *El anillo de hierro* ó *Los madgyares*.

Todo en Llanada tendía á lo viejo: hasta la filarmonía. No se hablase allí de *schotis* ultradecadentes ni de matchichas livianas, puesto que habrían de avivar los deseos sensuales y sería puesto en caso de conciencia que un pueblo casto y cauto se desmande por el camino de la lascivia. La música era pacata y honesta, tanto en el repertorio como en los ejecutantes. El *trompa* también tocaba el *fagot* en las funciones de la catedral; el timbalero era maestro de capilla en la parroquia de San Francisco; el clarinete ayudábase á la vida con pitanzas eclesiásticas por los pueblos de las cercanías; y, para remate de pesadumbres, el director de la banda era organista de las Monjas Benitas... Con esto, la banda adquiría un tinte clerical; y á punto estaban muchas veces los músicos, impulsados por la costumbre, de lanzar al aire, en vez de las juguetonas notas del vals *Frufrú*, los quejumbrosos compases del *Parce mihi*.

Durante el invierno, la única diversión de los muchachos jóvenes y ociosos, de familias acomodadas, era, en días laborables, asistir á las novenas. De este tributo al clericalismo local sólo se eximían ¡y á cuán alto precio de reputación! algunos desenfrenados, que hacían gala y profesión de libertinos, sin dárseles un ardite de la murmuración. Estos disolutos mancebos, que padecían en su casa, si eran hijos de familia, un infierno de torturas por su con-

ducta desatinada, solían pasar las tardes en la casa llana, bebiendo cerveza, bailando con las pupilas al amor de algún desafinado acordeón, y realizando hazañas que el pudor veda referir. Los que de tan ruin modo enhilaban sus horas, pagaban harto caro su rescate de las garras del monstruo colectivo. Nadie les miraba; por la calle apenas recibían saludos, y no entraban en cuenta de las rapazas casaderas para matrimonios ventajosos, así fuesen más sabihondos que Séneca, más adinerados que Creso y más gentiles que Antinoo. Sólo alguna romántica—especie zoológica de que quedan pocos ejemplares en Llanada—sentíase encendida en amor por ellos; pasión insana que más y más se acrecía á medida que iban advirtiendo la elegante indiferencia con que ellos correspondían á su favor, paseándoles, ante sus lindos hocicos, mozas de la vida turbulenta. De alguna romántica de esas—como de Mercedes Ruiz Leal, por ejemplo—susurrábanse historias confusas que dañaban á su buena fama, como era que una madrugada la sorprendieron á la puerta de un jardín, parlamentando, sofocada y ojerosa, con Julito Ramírez Conde, insigne truhán, que acababa de perder diez mil pesetas á una carta en el casino.

Julito reíase de ella á más y mejor, cuando la veía pasar ante la terraza del casino, donde él estaba en los anochecidos tomando ajenjo, bebida que alarmaba á la «parte sana» de la población. Mas como es natural condición de mujeres desdeñar á quien las quiere y amar á quien las aborrece, según dijo por vez primera un sabio doctor, don Quijote de la Mancha, y luego repitieron multitud de sandios (entre los que no se cuenta el autor de esta peregrina narración); Mercedes estaba cada vez más loca perdida por Julito, y hubo de tomar la decisión

de fugarse con él, de lo que se promovió gran escándalo y quedó perenne recuerdo en la ciudad, más atenta á la bienaventuranza futura que á las glorias y alegrías terrenas.

Salvo estos desahuciados del matrimonio, que proseguirían así su vida loca hasta finar en un hospicio, amparo de su miseria y encubridor de sus prodigalidades y locuras, los restantes mozalbetes, los que iban para padres de familia, no tenían más asueto y solaz que las novenas, en días laborables. Novena en las Benitas, novena en San Francisco, novena en las Trinitarias, novena en San Gil, novena en las Clarisas; siempre había alguna en turno, para desesperación del sexo fuerte y deleite del débil.

Los amores nacían, generalmente, allí, cabe el santuario; y así no es de extrañar que naciesen mustios, amarillentos y sombríos, como flores de altar ó lámparas votivas. En las oscuras capillas, una mirada de ojos negros de una Carmen, ó de ojos azules de una Rosario, ó de ojos castaños de una María Cruz, había encandilado alguna vez á cada muchacho de la población. Todos iban con el presentimiento velado de que había de florecer allí algún retoño pasional. En las horas de novenario, mientras un presbítero craso y tartajoso, revestido de una sobrepelliz sucia y deshilachada, ó un afeminado clerigüillo, de roquete muy bordado por hábiles manos de camarera de la Virgen, recitaba jaculatorias anodinas ó insípidas preces, las niñas de Llanada miraban á su amado con ojos de cielo. El órgano sonaba quejumbroso y místico, á veces con reminiscencias de óperas alegres, que suscitaban pasiones elegantes, nacidas en ambientes aristocráticos...

Muchas niñas, de las más beatonas, recorrían

tres ó cuatro templos, uno tras otro, incansables y ávidas de rezos y de besuqueos á las imágenes de los llagados Cristos. Las más tibias y disipadas en la devoción contentábanse con una iglesia. Los muchachos soportaban mejor este rato de piedad que aquellas peregrinaciones fatigosas á través de los templos, al anochecer.

En la parroquia de las Angustias, conoció Guillermo á Carmencita Roldán, mientras el órgano acompañaba la Salve cantada. Era en Diciembre, durante el novenario de la Purísima Concepción. La iglesia en tinieblas, sólo rasgadas por unos trémulos cirios, disponía el ánimo al misticismo más que á la pasión profana. Cierto hálito de sacrilegio acompañaba á aquel amor nacido allí, extrañamente, como una flor tropical en un ventisquero de los Alpes. En aquel húmedo ambiente de la iglesia, arrodillado sobre las losas frías, aspirando sahumerios de incienso, Guillermo sintió que los ojos negros de Carmen le asaeteaban, prometedores y nostálgicos. ¡Aquellos ojos negros, que tenían una melancolía tal que parecían revelar una historia triste!... El órgano gemía pausado y doliente, y un sacristán anciano tartamudeaba desde el púlpito anodinas oraciones.

Volvió Guillermo á ver á Carmen al domingo siguiente en la Alameda, mientras la banda interpretaba el *Andante cantabile* de *La Africana*. Carmen pasó gallardísima y esbelta; y en aquel pecho de muchacho joven, romántico, predispuesto á las pasiones disparatadas, germinó un desenfrenado afecto por aquella solterita de ojos negros, que le llevaba lo menos seis años. Carmencita Roldán era una muchacha de unos veintidós años; y á sus ojos, Guillermo debió de aparecer como un insignificante pipiolillo del bachillerato, á quien no se

presta atención y cuyo amor se rechaza, como la súplica importuna de un mendigo...

Guillermo intimó con Juanito Roldán, hermano de Carmen y condiscípulo suyo en el bachillerato. Juanito era un rapaz frívolo y caprichoso; un niño rico y muy mimado, como único varón de la familia, que se educaba para Petronio de Llanada. Ya casi era, en su indecisa edad, medio niño y medio joven, un *arbiter elegantiarum* de la ciudad. Tenía bicicleta, tenía caballo, tenía muchas corbatas; no podía tener querida aún, porque era demasiado chiquillo para eso. En su casa le trataban todavía como á un nene poco menos que en nodriza, y su hermana le consideraba especialmente inofensivo.

Así que cuando Guillermo se reunió con él, tomó más á risa su amor de lo que lo había tomado hasta entonces. Era imposible que un mozo que se entendía con Juanito fuera hombre capaz de inspirar pasión alguna. El pobre adolescente, con sus dieciséis años en barbecho, desdeñados, seguía tenaz y mudo mirando á Carmen en las iglesias y en el paseo. Una noche de baile en el Casino, tocó ella el piano, porque Conchita Hernández, la asidua Paderewski de aquel Centro de Recreo, se había puesto enferma. Con gran ternura interpretó unos panaderos sentimentales, que daban la impresión exacta de un amor español.

A Guillermo se le duplicó aquel amor nacido en la iglesia, oyendo aquellas notas desgarradas de pasión, arrancadas al monstruo de marfil con tan gentil maestría por la esbelta pianista, que estaba descotada, con unos claveles rojos sobre el seno. Tuvo un momento de audacia, un anticipo de don Juan futuro, y en un descuido se acercó á Carmen y la dijo:

—Carmen, hoy que está usted tan bonita, ¿me da un clavel en pago de lo mucho que la quiero?...

—Tome usted—dijo Carmen algo displicente, pero compadecida del pobre muchacho, en cuyas miradas fulgía una locura de amor.

Estaba próximo el verano y comenzaban las ferias; días ruidosos en que había corridas de toros, y Guillermo veía á Carmen en un palco de la plaza, gentilísima, tremendamente española, con su mantilla blanca y sus claveles rojos, rojos como aquellos del casino, de la noche memorable, que él guardaba resecos y llenos de perfume pasional entre las páginas tristes de la Química inorgánica. El amor de Guillermo aumentaba cada día más, con la complicidad del cielo azul y del sol espléndido que caracterizan el clima de Llanada.

Durante el verano, Guillermo sólo veía á Carmen por las noches, en la Alameda, medio iluminada por los arcos voltaicos que palpitaban entre los árboles verdes y lustrosos. Se pregonaba horchata y se comían azofaifas, frutilla acídula y sabrosa. En las romerías, se bebía alajú, brebaje mezclado de aguardiente de guindas y vino del país, dulzaino y goloso, de típico nombre árabe.

Todo era moruno en la ciudad, sobre todo durante el estío: las calles angostas, con hileras de casas blancas, radiantes al sol, y el suelo calcinado que quema los pies. Tras la reja de Carmen, florida de geranios y alelíes, sonaba de continuo su piano, arrullador y tierno, en las siestas soñolientas. Las celosías de los conventos daban la sensación de ocultar un harén, siempre cerrado á las miradas profanas. De cuando en cuando, para borrar esta impresión árabe, retiñían las campanas, esas dulces campanas de los conventos, que suenan de otro modo más atractivo y más célico que las campanas

de las parroquias. El cielo parecía más azul y más puro sobre los campanarios con sus flechas vibrantes, que parecen pedir piedad á ese azul irónico.

¡Hermosa ciudad, de tono árabe, de luz fuerte, de contornos acusados, de mujeres gallardas, que tan tristemente se consumían en la soledad y en la inacción monásticas! ¿De qué le servían los ojos negros de sus mujeres, el esplendoroso azul de su cielo, el vívido fulgir de su sol, sus calles angostas y arqueológicas, la clarete alegría de su vinillo, si renunciaba á la vida por abrazar un ascetismo sin originalidad y sin nobleza?... Harto más le valiera ser una ciudad del Septentrión, lluviosa, húmeda, oscura y desapacible, pero rica, fabril y ruidosa, toda llena de negocios y de bienestar... Allí no había más que mucho sol y poca higiene y mujeres mugrientas espulgándose al sol en los arrabales.

La alegría de las ferias, el bullicio de las corridas de toros, el fosforecer de los ojos en las noches de velada musical entre la sombra de la Alameda, se desvanecían pronto como un perfume fugaz. Volvían las novenas y el tedio y la retirada de las muchachas en sus domicilios sombríos, más nítidos por fuera sarcásticamente, para solapar la tristeza de dentro. La ciudad pasaba el resto del año haciendo ejercicios espirituales para alcanzar una buena muerte.

Aquella ciudad formó el espíritu de Guillermo en la tristeza y en el pesimismo. El catolicismo hosco, imperante en Llanada, le ataba el alma con ligaduras de hierro. Y él, por no sabía qué extraña paradoja sentimental, sentíase relativamente feliz con aquella esclavitud. Le parecía que ese catolicismo le aromaba el espíritu con su perfume de eternidad. Y sobre los campanarios silentes, sobre los conventos cerrados á piedra y lodo como ha-

renes, sobre las calles angostas y mal empedradas, sobre los árboles de la Alameda, lustrosos y verdes, erguíase, retadora, como una maldición hacia el azul, un ansia de vivir latente en Guillermo, que se ahogaba entre tanta soledad y tanta desolación.

El amor de Carmen detonaba como una flor en la miseria de aquel yermo espiritual, y esa flor perfumaba la vida de Guillermo. Aquel amor desatinado hacia aquella mujer inaccesible, le daba alientos para vivir. Sin él hubiera perecido por cansancio de patalear en la nada, en la nada vacía y tediosa, que era la vida de la ciudad.

En las tardes de verano, Guillermo solía salir con Juanito del Instituto y merendar en su casa. Allá arriba, en la galería encristalada del comedor, estaba ordinariamente Carmencita, bordando, para lo cual tenía unas manos de reina, manos blancas y pulidas, que tanto resplandecían sobre el piano como sobre el bastidor. En aquellas mudas contemplaciones, que duraban largas horas, los mal experimentados años de Guillermo trasegaron el filtro venenoso del amor, de aquel amor poco puesto en razón y casi imposible.

III

Carmen se trasladó de casa y fué á vivir á un caserón enorme y sombrío, situado frente á la iglesia de San Pedro. El edificio era ancho, irregular y desolado, todo de sillería, con un escudo borroso entre los dos balcones principales, que tenían una

baranda herrumbrosa. Abierta la cancela, se divisaba un patio grande, enlosado, con una fuente en medio y matas de jazmines y geranios trepando hasta la galería de la casa. Aquel patio era un rincón de frescura y de silencio, una evocación andaluza, un departamento de la casa destinado á soñar y á reir... Durante el estío, Carmen bajaba el piano Pleyer al patio, y allí permanecía por las mañanas, silencioso y hostil, envuelto en una funda de cretona pajiza con una lista roja... A las horas de siesta, Carmen arrancaba al instrumento melodías cálidas y meridionales, que ponían á toda la calle en vibración. Los escasos transeuntes, bastante valientes para afrontar el sol que calcinaba las calles blancas y luminosas—extendiéndose largas, anchas y rectas hasta las afueras, sin una curva, sin un recodo, como perdiéndose en el Infinito—, detenían-se á escuchar aquellas bravas vibraciones del piano. Generalmente, Carmen interpretaba aires andaluces: panaderos, soleares, malagueñas, peteneras, aires todos prolongados y quejumbrosos, evocadores de pasiones fatales...

Por eso le deleitaba á Guillermo pasarse horas muertas oyendo á Carmen en el piano. No era la niña una maestra consumada; pero tampoco aporreaba el instrumento, con machacona y molesta ignorancia, como suelen hacer las niñas de la clase media. El muchacho oía extasiado aquellas notas sonoras y vibrantes, arrancadas á las teclas por sus pálidas manos de duquesa.

Durante las horas de siesta, sólo se detenía allí un cuarto de hora, porque el calor era irresistible. Un haz de flechas doradas caía del cielo, como regalo de algún airado numen, sobre los míseros mortales. El cielo, impoluto y nítido, de un azul casi exasperante por lo intenso, completaba la nota

de decoración meridional. Una enorme galbana pesaba sobre los cuerpos...

Al anochecer, Guillermo solía apostarse, con más calma, frente á casa de Carmen. Ya la temperatura era más soportable. El cielo iba palideciendo lentamente; de la tierra subía un vaho cálido, residuo del sopor meridiano; parecía que la tierra respirase fuerte...

Frente á casa de Carmen, erguíase la parroquia de San Pedro, con su iglesia de cuadrada torre, que remata en agudo chapitel...

La casa de Carmen miraba á una de las puertas laterales, la llamada del Sol, al Mediodía, con un carácter netamente gótico. Guillermo paseaba por delante de esta puerta á pasos cortos, oyendo el piano de Carmen, que seguía incesante en su estribillo perturbador...

A veces, cansado de pasear por allí, sin que nadie asomase—pues la gentil dueña de su pensamiento seguía dale que le das al Pleyer—iniciaba una vuelta en derredor de la iglesia, contemplando la puerta principal, formada por cinco semicírculos en degradación, cuyos arquivoltos clavetean florones bizantinos. Frente á esta puerta, risueña y monumental á la vez, levántase el chato y sórdido edificio de la cárcel, de un amarillo descolorido y melancólico, con una puerta angosta, aplastada entre celosías tenebrosas y un letrero aflictivo sobre ella: *Odia el delito y compadece al delincuente...*

De vez en cuando, oíanse fragmentos de coplas típicamente andaluzas, cantadas por los reclusos, que parecían acompañar la melodía del piano. Generalmente, lo que cantaban los presos, eran, como lo que tocaba Carmen, aires andaluces, que narraban tristezas de amor, sañas de celos, amarguras de traiciones y puñaladas expiadoras de la culpa...

Las voces temblaban en el aire dorado y azul de la tarde...

¡Mujeres!...
Cuanto más bonitas son,
más malas partías tienen...

Guillermo pensaba que parecían apropiar la letra á su situación, como si los pobres, privados de libertad, adivinasen su mísera condición de privado de amor...

Algunas veces, Guillermo daba la vuelta total á la enorme iglesia, fábrica de sólida construcción, que causaba pavor en los días de tinieblas, cuando las carracas retumbaban cascadas y sombrías, como músicas de huesos de cadáveres, chocando en un cementerio... Pasaba ante la puerta *Umbría*, con sus dentelladuras arábigas—posteriores, sin embargo, á la dominación musulmana en España—y seguía calle de Cuchillería abajo, hasta perderse en los arrabales á dar un paseo fuera de murallas, á solas con su amor y con su pena, meditando en lo mal que Carmen le correspondía...

Toda la ciudad daba impresión de pueblo moruno, y, sin embargo, su fundación era posterior al fin de la hegemonía sarracena. Por un atavismo muy propio de artistas, los edificadores de Llanada se habían mostrado lo más pródigos posible en detalles musulmanes y daban notas de carácter plenamente morisco. El clima contribuía á completar la impresión.

Guillermo, en sus paseos solitarios fuera de puertas, miraba con tristeza aquella ciudad de ámbito inmenso, de inusitada extensión territorial. Teniendo dieciséis mil habitantes escasos, Llanada daba la sensación de una ciudad que encerrase ochenta mil almas. Enormes extensiones de terreno

deshabitado, espacios yermos, solares polvorientos y atestados de inmundicias, interrumpían el ritmo rectilíneo de las calles largas... Sobre ellas, el cielo azul reía, reía siempre, irónico de cobijar tantas miserias. Las múltiples torres de las iglesias clavaban en él sus espadañas agudas, como suplicándole clemencia...

Guillermo pensaba con pena que era un sarcasmo que aquel cielo tan bonito doselase tantas ruindades y tantas amarguras... Allí, en el campo, el pobre enamorado se sentía bien, fuera del contacto con las gentes de la ciudad, que le recordaban á su Carmen, tan perversa y tan linda... Allí, mirando al cielo azul, tan azul, que asombraba de gozo y de pena el alma, lanzaba apóstrofes amenazadores á su amor mal correspondido...

¡Triste destino el de las almas sentimentales cobijadas en provincia, cuando ésta no es la patria del alma!... Era la vida de Guillermo una de las existencias más atormentadas y sombrías de aquel poblachón castellano. ¿Y para esto era él adolescente, tenía dieciséis años, ojos vivaces, bozo trémulo sobre los labios rojos y brotando de ellos una continua risa clara?...

«Cuando yo sea viejo, recordaré con pena—pensaba Guillermo—esa edad que llaman feliz... esa edad en que yo era tan desgraciado... ¿Para qué sirven los pocos años y la mucha ingenuidad si las mujeres se burlan de nosotros?... Sagaces y astutas, advierten nuestra pasión, honda y amarga, y la pisotean con sus piececitos crueles... ¡Oh, maldito corazón, que sólo nos vale para ludibrio de las mujeres frívolas!...»

Recordaba con precisión una tarde dolorosa entre todas las de su estancia en aquella ciudad. Pocos días antes se había iniciado la funesta guerra con

los norteamericanos y un ambiente de patriotismo oportunista se mascaba en Llanada. Las mozas artesanas llevaban en el chal escarapelas de los colores nacionales, ó se colocaban sobre el seno ó sobre la sedosa cabellera manojos de claveles rojos y blancos, remedando los tonos de la bandera española.

Las muchachas elegantes también iban al paseo con claveles de ambos colores, que hacían más llamativas y detonantes sus bellezas agarenas. Por elegancia, adoptaban un gesto triste y severo, como si realmente estuviesen afligidas de una enorme pesadumbre. En el fondo, todo aquello les parecía muy interesante, porque les daba ocasión para salirse del tono normal de frivolidad y adoptar posturas de dolor y adornos que no se usaban en tiempos de paz y que las embellecían. Sobre todo, ¡era de ver el gesto impertinente, de puro romántico, que ponían en teatros y paseos aquellas cuyos novios eran oficiales de la precaria guarnición residente en Llanada!...

¡Era tan bonito que el novio se marchase á la guerra!... ¡Darle muchos besos de despedida la noche antes, en la reja, bajo la luna clara, y luego, una tarde de sol, por la carretera polvorienta que conduce á la estación, sentirse acariciadas por los millares de miradas de la muchedumbre ávida, que examinaba sus ademanes y los gestos de dolorosa resignación que hacían!... ¡Y á la hora de la despedida, en el andén, entre llamaradas de sol, polvaredas cegadoras y estampidos de marciales músicas, oprimir con emoción la mano del bizarro teniente ó del gallardo capitán, y acaso, en un rapto de romanticismo, que la gente aplaudiría en silencio y que sería luego muy comentado en el Casino y en las tertulias de las reboticas, arrancarse un me-

chón del pelo de ébano ó un rizo rubio de la cabellera loca, y confiarlo al bravo militar, que en tierras lejanas iba á perder la vida por la Patria!...

Sólo las pobres mujeres del pueblo bajo, ignorantes de estos refinamientos de la sensibilidad, comentaban ásperamente á las puertas de las casucas de los arrabales las noticias de la guerra inminente...

—Ladrones del gobierno—se oía vociferar—, más valía que fueseis vosotros y vuestros hijos...

—Si queréis guerra, armarla vosotros, y comerla y guisarla como os parezca...

—¡Demonios de hombres!... Cualquiera cosa inventan para que se maten los pobres trabajadores...

Tales aforismos, sentencias y opiniones se oían entre la gente baja, cuando hablaban en tono impersonal y no tenían nada que perder, pensando sólo en los que iban. Cuando en la familia había algún mozo que era arrancado de las faldas de la madre, de los brazos de la esposa ó de las faenas agrícolas que aseguran el sustento frugal y cotidiano, los argumentos eran más contundentes y las frases más enérgicas. Se cruzaban amenazas y apóstrofes...

—¡Hijo del alma! ¿Quién va á ocupar el lugar tuyo en la casa?—gemía una anciana á quien se le llevaban el unigénito, mocetón recio y laborioso.

—Que vaya el reyecito, si quiere... que tú no tienes por qué servirle...—gritaba otra, antimilitarista y humanitaria sin saberlo, émula de un Malatesta ó de un Hervé.

—A ti no te llevan de casa ni te arrancan de mi lado aunque vengan diez parejas de la Guardia civil, hijo mío...—clamaba una Agustina de Aragón al revés, dispuesta á defender á capa y espada la inviolabilidad de su hijo.

—Que no, vaya, que no; que tú no vas á pelear con esos guarros—decía otra.

Claro es que, al final, todas cedían, embriagadas sin darse cuenta por la atmósfera belicosa de la ciudad, donde se mascaba pólvora en aquellos días aciagos. La clase media, indolente, con la resignación fatalista de su espíritu atávicamente musulmán, acaso inconscientemente, callaba y se avenía á todo, ufana, por otra parte, de dar en holocausto á la Patria la sangre de sus hijos; flor de la juventud holgazana de Llanada, juventud estéril y necia, que se dilapidaba en horas dedicadas al dominó, al billar y al tresillo, ó acaso á menos lícitos juegos en el Casino, ó á flirteos amorosos por los jardines públicos, á más de las noches de coloquio erótico en las rejas y de las peregrinaciones á los barrios apartados, donde moran las mozas alegres y desaprensivas, cuyos nombres no pueden pronunciarse en un salón elegante.

Una de aquellas tardes, después de hacerse la leva de reclutas y reservistas en los pueblos de la provincia, y una semana antes de marcharse las tropas de la capital, el Paseo de la Concordia vióse más concurrido que de costumbre. Era una tarde de domingo, de límpido cielo azul y sol esplendoroso y decorativo...

La banda municipal, cuyo gordo é inculto director, Don Matías Tejada, era popular entre las personas algo ilustradas de la ciudad, por su ignorancia tan crasa como sus tejidos adiposos (¡hasta el punto de que una vez confundió una sonata de Schumann con una romanza de Gaztambide, y en una fiesta solemne de la catedral dijo que Gounod había compuesto el *Ave María*... y además el *Tantum ergo!*), se apostó en el pequeño kiosco árabe—para que todo resultase moruno en Llanada—pin-

tado de un color ceniza que daba una impresión funeral.

Entre los estampidos desafinados de la charanga, Guillermo se arriesgó á la más eximia proeza que registran los anales de sus amoríos con Carmen. Después de pensarlo mucho, en la madrugada anterior, había escrito una carta que rezaba así:

«Carmen de mi vida: Estoy decidido á ahogar esta pasión que tanto daño me hace... Una de dos: ó usted me quiere ó se está burlando de mí... Yo... Usted sabe de sobra lo mucho que la quiero... no necesito repetírselo... De usted depende mi salvación ó mi ruina. ¡Con qué gusto me iría ahora á la guerra, á que de un tiro me destrozasen este corazón que no sirve para nada... puesto que no ha servido para inspirar cariño á usted!... Si me tocara ir ahora á la Isla de Cuba y me mataran, ¡qué contento moriría abrazado á un retrato de mi Carmen adorada!... Yo no puedo vivir sin su cariño; de modo que le ruego que me explique de una vez cuáles son sus intenciones. Si quiere usted seguir burlándose de mí, hágalo, en buen hora, pero cuando yo no esté presente, pues yo me marcharé... no sé dónde... pero muy lejos, donde no la vea á usted nunca más. ¡No sabe usted el daño que está haciendo á este corazón que ahora comienza á vivir!... Carmen, por Dios, dígame de una vez si me desprecia ó me compadece. Su siempre fiel y cada vez más loco, GUILLERMO.»

Esta carta, trémula de amor y regada de lágrimas, pensó en dársela en el paseo, á un descuido de las amigas. Aquel día, las muchachas todas de la población daban vueltas arriba y abajo, con andar más mesurado que de costumbre y mostrando en sus semblantes un gesto hipócrita de tristeza ritual.

Carmen estaba elegante como nunca, con un traje azul celeste y un sombrero muy decorativo, que dejaba en sombra sus negros ojos gitanos y encuadraba á maravilla su cabellera de ébano. Después que hubo pasado diez ó doce veces ante Guillermo, á cada vuelta más desdeñosa y altiva, en un minuto de sorpresa, el pobre enamorado le alargó la carta, que ella apretó entre sus dedos, quizá desconcertada por la audacia, quizá por su instintiva curiosidad de mujer.

A los pocos minutos, luego que el enamorado se retiró á una glorieta aislada para respirar á solas la emoción de su osadía, volvió al paseo. Ante la farola central había un grupo de muchachas riéndose á carcajadas, que escandalizaban al paseo, pacato y funerario en aquella tarde. En medio del grupo, Carmencita agitaba un papel blanco surcado de trazos negros, que Guillermo reconoció en seguida como su carta...

En un momento inconcebible, nunca supo si de exasperación ó de osadía, Guillermo avanzó hacia Carmen y le arrebató la carta de la mano, gritando:

—Nunca creí que fuera usted tan cruel... Pero de mí ya se ha reído usted bastante, y no le consentiré que siga burlándose...

Se armó gran algarabía, y todo el paseo comentó el lance con estrépito. Las muchachas, por envidia, se pusieron de parte de Guillermo y afearon la conducta de Carmen. Ella siguió paseando sus altiveces, indiferente á las miradas de rencor que la dirigían las muchachas y á las sonrisas burlonas del sexo masculino, al pasar ante ella...

El resultado de esta escena fué que, á los cuatro días, Carmen escribió á Guillermo una carta en que decía: «Guillermo: Tengo que darle explicaciones

de mi conducta del otro día. Le espero á usted esta noche en la reja, de diez y media á once. Suya, *Carmen...*» Trajo la carta una lozana criadita rubia, que, viendo á Guillermo en la ventana del piso bajo, la colocó encima del alféizar, retirándose luego con sonrisita discreta de alcahueteo...

El amor de Carmen y de Guillermo tuvo comienzos muy desdichados. A los tres días de charla en la reja, cuando el pobre chico comenzaba á saborear el encanto de aquellos amores, más encantadores por difíciles, fué una noche á la hora de costumbre y se encontró con que Carmen estaba á la reja; pero no sola, sino en compañía de su primo Gregorio Lorenzana, cadete de artillería, que estaba próximo á salir teniente en la primera promoción. Gregorio era un muchacho tímido, con ojos de míope que ha estudiado mucho y ha marchitado la flor de la vida, ojos más entristecidos por unos tremendos lentes bicóncavos. Su figura, poco gallarda y más bien desmedrada, no sugería ideas de bizarría militar, y sobre sus labios secos no temblaba un mostacho bravucón é insolente, sino que se insinuaba apenas un bigotillo lacio y mal cuidado.

Por todas estas causas, y acaso más que nada por ese fino olfato que tienen los enamorados, á Guillermo jamás le había inspirado *achares* el primito marcial. En aquella época, Guillermo leía mucho (repitiendo casi cotidianamente la lectura) á Campoamor, sobre todo *Los pequeños poemas*, y con frecuencia, viendo al canijo artillero, rememoraba aquellas estrofas significativas y tan apropiadas á su situación:

que inspira todo primo una gran llama,
ó, como éste de Eugenia, un gran desprecio...

Guillermo siempre había creído que esto último era lo que Carmen sentía por el cadete... Y repetíase mentalmente, para no torturarse con ningún pensamiento dañino:

porque un primo es un dios cuando se le ama;
pero un primo no amado es siempre un necio...

Un necio le parecía á él Gregorito, y de fijo Carmen pensaría exactamente igual.

Pero aquella noche, viéndole tan arrimadito á Carmen, muy pegados los dos á los hierros de la reja, y ella muy ficticiamente amartelada con él, para dar á Guillermo la primera remesa de celos, que habían de ser mostaza apetitosa en aquella pasión, le entraron repentinos deseos de agarrotar á Carmen; y de buena gana la hubiera estrangulado entre los hierros mohosos de la reja, testigo de sus coloquios apasionados, y que más tarde había de ser cómplice de sus expansiones y atrevimientos.

La luz de la sala estaba encendida y se veía que no había nadie en la habitación. La idea de que aquel mentecato gozaba á solas de la dulce compañía de Carmen—intimidad que él no podría saborear en mucho tiempo—le atenazó el cerebro, haciéndole daño en las sienes.

Le parecía que la calle desierta se burlaba de él, y que las luces mortecinas de los faroles, al oscilar agitadas por el viento, eran pupilas maliciosas que se guiñaban, como diciéndose unas á otras: «¡Pobre chico! ¡Cómo le engaña la novia!...»

Carmen sonreía desde dentro, enigmática y cruel, flirteando cada vez con más impúdico descaro. Para otros ojos más perspicaces que los de un enamorado, todo aquello hubiera parecido tan postizo, tan artificial, que hubiese descifrado la verdad:

que Carmen se burlaba un poco del novio, para hacerle rabiar; pero mucho más de su primo... Guillermo, ciego de rabia y de celos, pensó: «Aquí el primo soy yo...»; y se marchó calle abajo. Pero, al doblar la esquina de la calle de Cuchillería, le invadió un deseo insensato... un loco deseo, que no pudo reprimir, de ver una vez más á la bella tirana, desdeñosa y cruel.

Con esto, Carmen redobló sus coqueterías artificiales é histriónicas, y para torturar más al pobre Guillermo, daba palmaditas de afectado cariño en el hombro de Gregorio y parecía estar pendiente de sus labios, como si escuchase embelesada su conversación. Entonces, Guillermo, verdaderamente emocionado, marchóse ya en definitiva, mordiéndose los labios de rabia.

«¿Para esto—iba pensando por el camino hacia su casa, lejana del nuevo domicilio de Carmen—he puesto yo todas mis potencias y sentidos en esa coquetuela insustancial? ¿Para eso la ha idealizado mi fantasía de adolescente sentimental?... ¿Para esto la he jurado un amor eterno que ella no se merece? ¿Para eso la he querido durante un año, con un triste amor sin esperanzas?... ¡Ah, qué canallescas y malvadas son todas las mujeres! El poner amor en ellas es echar agua en la mar ó escribir poesías en arena de playa... Nosotros somos los únicos amadores de verdad, los únicos románticos, que vemos en ellas una sensibilidad que les otorgamos y que no tienen...»

Al volver la esquina de la calle de Cuchillería le detuvieron un momento, extático y suspenso de emoción, las notas de un piano. Era el piano de Carmen, que preludiaba los compases lastimeros del vals *Quand l'amour meurt*... Una intensa melancolía sobrecogió al pobre enamorado, que se apo-

yó en la puerta de una casa para llorar y desahogar su ira y su amor... Un sereno cantaba con voz plañidera: «Las doce... nublado...» El reloj de San Pedro lanzó doce campanadas graves y sonoras...

Después de aquella noche, hubo en la conducta de Carmen un cambio brusco. Guillermo pensó que el astro maligno que presidía á sus amores, saturnianos por lo nefastos, había entrado en conjunción con una estrella más límpida y benéfica, que le amparaba ahora con su influjo protector.

Se embriagó de gozo y de pena viendo que Carmen volvía á admitirle en su compañía por el paseo de la Alameda. Se reanudaron los coloquios en la reja, ahora más intensos y más cargados de frases ardientes y pasionales.

Carmencita le miraba cada vez con más ternura, con ternura de muchacha soltera que ve ajarse la flor de su juventud sin que nadie la tronche. En poblachos como Llanada, es muy frecuente el caso de muchachas garridas y elegantes como Carmencita Roldán que quedan para aderezar imágenes del culto católico.

Las bellezas tienen allí un reinado bien efímero y un destellar bien momentáneo. Brota un glorioso capullo femenino, y por toda la ciudad y sus aledaños, en diez leguas á la redonda, corre la voz y fama de sus buenas prendas, que pronto va apagándose, apagándose, como un eco extinto en la distancia... Pronto una nueva belleza suplanta á la anterior, y la celebridad de ésta dura breve lapso de tiempo. Tal ocurrió con Carmencita Roldán, y tal seguirá ocurriendo mientras el mundo sea mundo y en su vasta redondez tengan cabida pueblos tan hórridos y absurdos como Llanada.

Los muchachos no se decidían á doblar la cerviz al yugo sagrado del matrimonio, y á medida que

las muchachas se iban *pasando*, como allí se dice, con poco galante eufemismo, ellos se iban pasando también al bando de los solterones, ó se abstenían de lisonjear á la princesa morena para elevar al trono á otra princesa rubia, que se *traía más cosas*. A Carmencita Roldán la fueron abandonando y dejaron de tributarle el incienso de la galantería y la mirra de las declaraciones amorosas, para elevar al trono de la belleza local á Rosario Gullón, rubia esplendorosa.

Los jóvenes de la edad de Carmen ya la iban olvidando; unos se habían casado en Madrid, después de terminada la carrera, con alguna modistilla chulona y garbosa, de esas que tienen gancho y pescan á estudiantes de Medicina ó de Derecho, contra la opinión de su familia y de la sociedad; otros, se refugiaban en la sucia y fea vida de libertinos provincianos, perdiendo sus más doradas horas de juventud en los salones sombríos del Casino, amustiando su edad florida en los burdeles de más ruin calaña de la población, mientras las nenas sentían morir sus doncelleces baldías entre las visitas á las amigas y las novenas en iglesias oscuras. Con el correr de los años, aquellos muchachos, á los cuales sus padres habían dado una carrera, vegetaban cada vez más tristemente en la aridez de una profesión ejercida á disgusto ó en la vacía inanidad del ocio de muchachos ricos, en aquel poblacho donde no había estímulo alguno para el trabajo intelectual. Ni una mala biblioteca; en el Casino, tomos descabalados del *Larousse*, cuatro revistas rancias de Madrid y alguna que otra novela de Alarcón, Galdós, Pereda; y aun este rudimento de biblioteca era oportunamente intervenido por el notario eclesiástico, hombre de muchas letras, al decir de sus contertulios, aunque él

no diera señales de avisado ni en su vida pública ni en la privada, puesto que su liviana esposa había hecho sitio en el nupcial lecho á todos los mozos bien plantados de la ciudad, de lo que el infelice se consolaba con el ejemplo de Marco Aurelio y otros sagaces filósofos, que fueron no menos lindamente corneados por sus consortes. El Museo provincial estaba descuidado y polvoriento: cuatro cuadros de Zurbarán y alguno que otro apunte de Del Mazo y de Luis de Vargas componían la pinacoteca, y éstos eran comidos por el moho y la polilla, sin compasión. A la biblioteca del Instituto no iba nadie, sino los profesores de aquel Centro, que estudiaban, no por puro y desinteresado amor á la ciencia, y sí por no perder el estipendio que les correspondía.

Así resultaba que los rapaces de Llanada, pasados los veinticinco años, se embrutecían de modo tal, que formaban la más divertida cáfila de mentecatos que se vió jamás. Tornábanse hoscos, desaliñados (salvo que algún que otro dandy de menor cuantía, que conservaba los gustos petronianos de la juventud) y hasta un tantico misóginos, sin haber conocido mujer más que en la casa llana y á las doncellas de las mamás. Era un misoginismo no procedente de la cultura y del conocimiento de la vida, como el del Eclesiastés ó el de Schopenhauer, sino derivado de la natural memez, acrecentada por la vagancia estúpida y la afición al naipe. Los codillos apagábanles el hervor de la sangre moza, y hacer un solo ó una carambola era para ellos, á los veintiocho años, empresa de que se ufanaban más que de conquistar un cándido corazón de veinte abriles.

Así que Carmencita Roldán vióse desesperada de hallar su media naranja; y como su tempera-

mento nervioso é inquieto de mujer meridional no le dejaba punto de reposo y reclamaba á todas horas al macho, decidió engolosinar con besos y mimos á esa promesa de macho, que era Guillermo. Le *hizo caso*, como allí se dice, porque quería un hombre á su lado; y á falta de Lovelaces barbudos y talluditos, bien venía aquel Ganimedes imberbe y tímido. En la reja de Carmen, Guillermo saboreó por vez primera la fruta del árbol prohibido; y allí los labios rojos de Carmen encendieron en sus labios pálidos el fuego maldito que abrasa al mundo. Allí sus manos aprendieron á navegar por los mares femeninos y supieron cómo eran dulces reconditeces que las batas madrugueras de Carmen le habían encubierto, cuando, en los comienzos de su amor, él la veía algunas mañanas al ir á buscar á Juanito para marchar juntos hacia el Instituto. Y saboreó también la dulzura de ver extáticos y quietos, en el bello estrabismo del placer, aquellos ojos negros que parecían contar una historia triste; aquellos ojos negros que en el palco de la Plaza de Toros fulguraban trágicos y españoles; aquellos ojos negros que en la sombría quietud de las capillas fulgían beatos y piadosos, con promesas de bienaventuranzas eternas, que ahora él había trocado en realidades de venturas momentáneas.

Cuando más embriagado estaba en el amor de aquella morena, una pulmonía fulminante arrebató de la vida al padre de Guillermo. Este lloró mucho la muerte de su padre, y la lloró algo perversamente, porque le arrancaba á los brazos acariciadores de Carmen, que le quería ya locamente, acabando en pasión lo que empezó en juego. El cariño de Carmen era tan intenso como suelen ser los postrimeros cariños de ciertas mujeres sensuales que

sienten escaparse su juventud. Carmen encontraba en Guillermo el espíritu joven y la carne fresca que á ella le iban faltando; y aquellos veintidós años expirantes retenían entre sus garras los dieciséis años risueños y pomposos de Guillermo, que casi hacía allí el papel femenino, dejándose querer, y, sobre todo, dejándose palpar. Carmen era terriblemente romántica en el piano, cuando interpretaba á Chopín; pero terriblemente realista en la reja, como una Aurora Dupín, que hubiese tenido entre sus manos al propio Chopín. No se fatigaba jamás de mimos, besos y lagoterías, multiplicadas hasta el infinito deleite.

El día del entierro del padre de Guillermo fué una tarde de sol. El cielo azul era una suprema ironía sobre la desolación del espíritu de Guillermo. Florecían los granados en el huerto; abríanse las granadas como bocas encendidas de mujer; y entretanto, unos presbíteros fúnebres y sórdidos, con andares torpes, bocas tuertas y ojos sin expresión, se tambaleaban calle de la Paloma abajo, rezongando versículos latinos. Tañían á finados las campanas de San Gil; y bajo el sol, bajo el cielo azul de aquel arcaico pueblo español, la Vida sonreía con muecas de farandulera al tropezarse con la Muerte...

A los pocos días, la familia de Guillermo se trasladaba á Puertuco. Fué muy poca gente á despedirles á la estación, que aparecía más triste y pequeña, iluminada por cuatro vacilantes faroles de gas. Llovía á ratos, y un viento desolador soplaba en el andén casi desierto...

IV

Si Matilde Rey no hubiera nacido en plena calle del Tribulete, dando vista al edificio de las Escuelas Pías y Casa de Maternidad, mereciera ser duquesita y dama de la corte para bailar lanceros, minuetos y rigodones en un gentil sarao palatino.

Aquel pelo castaño, ondeante y sedoso; aquellos ojos vivos y pícaros; aquella boca menuda y bonita; aquel cuerpecito relleno y bien modelado, eran de princesa ó de *cocotte*. Pero Matilde era modista y era pobre, y nunca habría de llegar á princesa ni pasaría por *cocotte*. Era hija de un guardia de Orden público, y es sabido que la autoridad vela por el esplendor moral de los súbditos, máxime cuando estos súbditos caen directamente bajo la acción del dominio paterno.

En el seno de una familia gubernamental *à radice*, ¿es posible que broten erupciones de inmoralismo? No; Matilde no sería una *cocotte* ni una prostituta de baja estofa, de esas que á las noches parecen mendigar una limosna por las calles oscuras, más que invitar al placer de la carne...

Bien es verdad que la persiguió arteramente, desde que fué repolluda y maja, don Senén Gómez, el prestamista del principal, un vejete casi contemporáneo del ictiosauro, que acechaba como un sátiro en celo el florecimiento de aquellos dieciocho años dominadores. Pero la celosa autoridad paterna desbarató los menguados planes de aquel Príapo del ciento por ciento, y á punto anduvo de descrismarle sin compasión un día en que le sorprendió

agazapado en el descansillo de la escalera como un can obsceno, inquiriendo dulces secretos adivinados bajo la falda de percal estirada hasta el tobillo.

Matilde Rey se crió enfermucha y desgalichada; á los doce años padeció una anemia que amenazaba degenerar en tuberculosis; tomó toda clase de fosfatos y ferruginosos, sin resultado visible; á los trece años estuvo medio ciega una temporada por una coagulación de sangre que empañaba sus lindos ojos de «pitiminí», tan celebrados entre las comadres del barrio. Pero al borde de los diecisiete años, la Naturaleza tirana quiso recobrar sus fueros y venció y borró todos los achaques y lacras de aquel organismo, estropeado por la escasa alimentación y la mediana higiene de aquel cubículo de portería, infecto y aplastado en un patio oscuro.

Los años de la adolescencia fueron para Matilde amargos y desoladores. No conoció la dulzura de tener novio á los quince años, cuando todavía se piensa más en las muñecas que en él y se corre por los jardines con las piernas al aire. Siempre metida en casa, siempre tragando pócimas poco ingeribles, con la habitación á oscuras, porque su vista ambliópica sentíase herida con los rayos del sol ardiente de Castilla. ¡Qué triste es una adolescencia cargada de alifafes!...

La adolescencia de Matilde, adolescencia sin sol y sin novio, no presagiaba la brillante y florida juventud de chula garbosa y favorecida por los pretendientes. Para que se curase, llevaron á Matilde á Vallecas, á casa de unos parientes de la madre, bien acomodados, que tenían una casa junto á la estación, una casa alegre y blanca, con un jardín, por cuya tapia trepaban las enredaderas. En las ventanas siempre había geranios nuevos, y desde el balconcillo del comedor, se veían pasar

los trenes con su trepidar jadeante y rítmico. Con el influjo del campo, campo castellano poco jugoso y fértil, pero campo al fin, el organismo de Matilde fué robusteciéndose. Corrió por los campos como una zagala; triscó con las ovejas que pacían en las praderas exiguas de los alrededores, y la Naturaleza, hada benéfica, hizo su obra, arrojando sobre el cuerpo enclenque una infusión de sangre nueva y rica. La vista se aclaró y perdió la debilidad dolorosa que la nublaba; á las mejillas, exangües por la anemia, afluyeron los colores, y el cuerpecito desmedrado se moldeó y fué acusando las formas opulentas. Sobre la ruindad de la niña triunfó la gallardía de la mujer. El seno se hinchó suavemente en dos colinas rosadas, codicia del amor; las caderas marcaron sus contornos fuertes y las piernas se redondearon, tentadoras y femeninas. No quedaron vestigios de la muchachuela de pantorrillas flacas y pechos sin pronunciar. La flor se abrió pomposa á los besos del sol de Castilla. La margarita se tornaba amapola...

Con el florecimiento del organismo de Matilde coincidió la muerte de su padre, como si la Naturaleza, cruel y piadosa á la vez, quisiese cobrarse por un lado lo que regalaba por otro. Trajeron á la niña de Vallecas cuando el celoso guardia había caído en cama, atacado de una hemiplejia, á la cual auguró el galeno—don Antolín Marcos, el médico de la Sociedad «Los Previsores»—un desenlace inminente, en cuanto se presentase la parálisis total, que no se haría esperar mucho.

El pobre viejo, que parecía contento y resignado con su enfermedad, en cuya curación no confiaba, á trueque de ver á su niña predilecta sanota y robusta como una campesina, sólo tuvo fuerzas para levantarse un día y amenazar á don Senén, el re-

pugnante usurero, que se detenía en la escalera más de lo justo para contemplar al descuido las piernas redondas de Matilde, cuando ésta subía á casa de alguna vecina. Al cuchitril de la portería no llegaba el sol, gentilhombre del cielo, que se desdeña de pisar los tugurios humildes y descender á los zaquizamíes horrendos; y Matilde, que venía ebria del sol de los campos, pasaba tardes enteras en los pisos altos, ayudando á coser á las mujerucas, para que ellas en pago le diesen la limosna de los rayos dorados que entraban á raudales por los balcones.

La temporada campestre operó un cambio, no sólo en el físico de Matilde, sino también en su sér moral. Mientras estaba ruin y enferma, detestaba á los hombres; parecíale porquería imperdonable el pecado del amor y tenía rabia á las amigas porque andaban con novios. Cuando se despertaron en ella los instintos sexuales, apagólos con morbosos placeres solitarios, aprendidos intuitivamente, ó quizá de oídas á las chicuelas pícaras de la escuela de la calle del Olmo, donde se reunía la hez de la granujería femenina madrileña...

Después que estuvo sana, aborreció aquellas horas de languidez viciosa que pasó á solas en su cuarto, donde en silencio y en tinieblas infringía los sagrados preceptos de la Naturaleza y se masturbaba neciamente, con un goce amargado por el remordimiento. Amó la luz, los pájaros, la música y los muchachos simpáticos. Cuando le hablaban de alguna mocita de la vecindad que había tenido un desliz con el novio, la disculpaba, y jamás tuvo para ella una frase de acrimonia ni siquiera de compasión. Las comadres la criticaban mucho por esto, porque veían en ella un embrión de pecadora futura. También la reprocharon su afición á cantar.

No más que ponía los pies fuera de la cama, alegre como una alondra madruguera, comenzaba á inundar la casa con una cascada de arpegios, trinos, gorjeos, *fiorituras* y *pizzicati*.

A los hombres se aficionó en extremo. Mientras lucía su clara y elegante voz de soprano, barriendo el chiribitil de la portería ó ayudando á la madre en las faenas culinarias, solía asomarse con frecuencia á la puerta de la calle por ver si pasaba algún mocito soltero que «la hiciese tilín»...

Pero todos los que pasaban por allí eran jornaleros desaliñados—albañiles embadurnados de blanco, carboneros ennegrecidos como zulús, cerrajeros algo más aliñados y señoriles, pero plebeyos al fin; gente toda poco del gusto de Matildita. En Vallecas, cuando se restableció totalmente de su anemia, le había salido un novio señorito, el hijo del Secretario del Ayuntamiento; y desde entonces, comprendiendo que ella se merecía algo más que un trabajador, decidió no hacer caso á hombre alguno que no le fuese superior en linaje y posición. La pobre niña no comprendía que en aquel poblacho ella era una *madrileña*, una muchacha más fina y más sandunguera que las zafias palurdas de la localidad. Así, que pasaron dos y tres años y el príncipe rubio, el novio señorito soñado, no venía...

Mas no desesperaba por ello la intrépida Matilde, pues, como ella se decía para sus adentros, «con paciencia y una caña todo se alcanza...» Y ella había demostrado tener buen repuesto de paciencia en aquellos tres años largos de espera estéril; y en cuanto á caña... contaba con el anzuelo de su buen palmito.

En estas circunstancias conoció á Guillermo, acabando de cumplir veinte años. En aquella época, su afán señoril había subido de punto y le des-

agradaban todos los aspectos de la vivienda y barrio donde cobijaba su juventud soñadora. Le molestaban las vecinas que tendían ropa en el patio; los vecinos que entraban ebrios en altas horas de la noche, tarareando canciones obscenas ó blasfemando de toda la corte celestial; los corros de comadres que se formaban á las puertas de las casas en noches tibias de verano. Anhelaba que algún encantado caballero la libertase de aquella hórrida cárcel.

Todos estos detalles de la casa de Matilde tampoco eran muy del gusto de Guillermo, muchacho de familia rica, hijo mimado y avezado á las comodidades materiales en su casa solariega de Puertuco. Pero, discreto siempre y temeroso de herir la susceptibilidad de Matildita, callaba, como si le parecieran encantadora la vivienda, adorables los vecinos y delicioso su modo de proceder con los extraños. Y, sobre todo, que no se pescan truchas á bragas enjutas, y seducir á una muchacha linda y graciosa como Matilde no era tarea que se llevase á cabo de rositas.

V

Lola Martín no era princesa porque no le dió la más que principesca, la realísima gana de serlo. Con menos pertrechos de guerra han vencido otras en las batallas de Cupido. Fresquito estaba—cuando Lolilla recibió el bautismo de fuego en las lides cortesanas—el ejemplo de Anita Delgado, casada muy por lo fino, y sin embustes de unión libre, con un *rajah* de la India. No digamos que Lolilla pu-

diera haber sacado tanta «raja»; pero ¡vaya, que un pollo de la crema madrileña bien pudo ser para su personita!... ¡Cómo la miraba Juanito Calmann-Brühl, el hijo del banquero judío, cuando ella pasaba bajo los cristales de la Gran Peña, donde el rubito y garboso mozo despendía la mejor parte de su tiempo!...

Pero Lolilla no tenía gancho, como solía repetirle su amiga Carmela Rubio cuando iba á verla. De lo contrario, ¿cómo no había conquistado y atrapado á Pepito de Bernueces, acaudalado aristócrata astur, que le prometió ponerla un piso en la calle de Barbieri una noche en que cenó con ella en Parisiana y quedó encantado de aquella figurita menuda y cándida, que no prometía tan embelesadores placeres como realmente daba?...

Ella no servía para eso; estaba harta de repetírselo á su amiga Carmela. Lo reconocía; era muy tonta; se dejaba querer, pero no era capaz de explotar á ningún hombre. Las dos amigas tenían las discusiones más encantadoras del mundo sobre este extremo. Un diablo cojuelo que hubiese destapado el techo del gabinetito azul de Carmela, que era donde se celebraban estas misteriosas *tenidas*, hubiera podido sorprender diálogos como éste:

—Pero oye, *pagüé*, què paeces mismamente una *pagüé*—decía Carmela, la aparatosa rubia—¿tú tas creído que los hombres sacan las mujeres como si fuesen perlitas del fondo del mar? No, hija mía; hay que ir á buscarlos...

—Yo no sirvo, Carmela, yo no sirvo para eso. Ya te lo he dicho mil veces. Yo no necesito otra cosa sino que me quieran mucho...

—Boba, más que boba, que paeces una beata aburrida, ven acá y escúchame. ¿Es que una mujer, porque tenga un señor formal que la ayude á

vivir, no puede tener su cariñito donde quiera? Y si no, mírate en este espejo—y señalaba, no al armario de luna que tenían enfrente, sino á sus ojazos negros y gachones de sultana—; mírate aquí y dime si no sabes lo que á mí me ocurre... Pues ya sabes que tengo mi arreglito, mi nenito que me quiere mucho y á quien yo quiero con toda el alma... y, sin embargo de eso, don Isidoro... ¡ni pío!... Yo le contento con cuatro fiestas que hago sin gusto, aunque sin repugnancia; y él... pues lo principal y primero, hija mía, en la vida... que apoquina como Dios, y cubre gastos que es un primor á primeros de mes... Y si no fuera por él, ¿de dónde te crees tú que iba á tener yo este pisito tan mono y tan bien puestecito? Porque no hay que dudar que esto es una monada de casa...

Y la hacía asomarse al balcón para que contemplase el tráfago de gente y tranvías por la parte de la calle Mayor, y la apacible quietud que reinaba por el otro lado, hacia el cual se extendía la silente y pina calle del Bonetillo. La casa de Carmela Rubio era en la Plaza de Herradores, típico y animado rincón madrileño, que participa de la poesía de lo viejo y de las comodidades de lo moderno. Los balcones de aquel segundo piso sin trampa tenían las persianas pintadas de chocolate oscuro, y tras sus maderas solía pasarse Carmela Rubio las horas muertas, leyendo alguna novela de Carolina Invernizio, que era su ídolo, ó simplemente, viendo la ola multiforme y continuamente renovada del gentío que afluye á aquel perímetro en que concurren la calle de Ciudad Rodrigo, la calle Mayor y la susodicha Plaza de Herradores. Si estaba con alguna amiga, gustaba de comentar los gestos, posturas, palabras y trajes de aquel abigarrado tropel de gente que, sobre todo por las mañanas,

era especialmente vario y polícromo, dada la multitud que acude allí á hacer sus compras.

De nada valieron á Lolita Martín los consejos y buenos oficios de Carmela. Aquella chiquilla nunca haría carrera. Y así, á los tres años de ocurrida *su desgracia*—como dicen estas buenas muchachas en su lenguaje lleno de eufemismos—y veinticinco de su edad, se encontró á merced del destino, con el cielo sobre su cabeza y la tierra bajo sus pies. Intentó ser camarera de café; pero al empresario de la *Cervecería Numantina*—célebre en los fastos de la vida galante madrileña—no le agradó su tipo de monjita tímida y escrupulosa. Tenía poco desparpajo y no había en ella ese gancho, ese ángel, innato al distinguido y venerable gremio de camareras. Angel que, sin duda, ha de ser un ángel malo ó un ángel caído, pues que se cifra en sonsacar monedas á los parroquianos y «darles coba» neciamente, porque sí, para que vengan con frecuencia y dejen mucho dinero en el velador, que es lo que se pide en esta santa novena. Naturalmente huelga añadir que, á la instintiva necedad de las camareras, al menos adorable por lo ingenua, corresponde una supina y rotunda estupidez en los parroquianos y consumidores. Estupidez que ya no tiene disculpa; y no vacilo en declarar que los psiquiatras del porvenir se encargarán de clasificar y analizar estos casos morbosos, que pueden designarse con los nombres de *camaretisis*, *ezaumasomanía* (deseo de asombrar á la multitud paupérrima y egena) ó *metalotenia*, grave dolencia anímica que se traduce por un deseo inmoderado de gastar dinero vanamente.

El caso es que Lolita Martín no servía para camarera, Dios sea loado. Tampoco sirvió para encargada de una tienda de sombreros, á cuya dueña le

recomendó el gordo don Ismael Santianes, agente de Bolsa, que fué amigo de Lola por dos meses no más. Puesto que el desventurado señor, con sus lentes á la pinza sobre su nariz de cacatúa, hubo de renunciar á la honra de ser protector de Lola Martín, en razón de que en casa de don Ismael los sexos andaban trocados y la señora llevaba los pantalones y el mando...

Por fin, encontróse desvalida y sin protección cuando vino á remediarla su hada madrina, Carmela Rubio. Como la vió sin *parné* y sin amigos, no admitida en el café por su inutilidad, y despedida de la tienda de sombreros á los cuatro días porque tardaba ocho horas en ir de la calle del Barquillo, donde estaba el taller, á la calle de Serrano, por ejemplo—á causa de que se dejaba seguir por todos los pollos que le salían al paso—, Carmela se apiadó de ella y pensó en buscarle un apoyo.

Le presentó á don Manuel Sanz, contratista y maestro de obras, con un sólido capital, amasado (¡y aquí sí que era propio el símil!), amasado, digo, con la cal hidráulica que amasó en los comienzos de su vida cuando contaba dieciocho años y era peón de albañil. Tenía mujer y dos hijos ya crecidos y galanes; pero aún el amor efervescente hacia el bello sexo le hacía malgastar gran parte del dinero que ganaba. Carmela le habló en esta forma antes de presentárselo:

—Mira, este don Manolo no es un Merlín... Su esposa, en cambio, sabe más que Lepe y Lepijo... El, aquí en confianza, es un *soplapitorros* colosal, hija mía... Pero dándole un poco de coba... y con mucho de aquí (y señalaba á los párpados carnosos que doselaban sus ojos gitanos) te lo metes en el bolsillo en menos de un mes y luego le das cien vueltas... El estuvo liado hace años con una pin-

dongona de los barrios bajos, una *ropavieja* de mala muerte; pero ésta le hizo más perrerías que pelos tiene en la cabeza el pobre... y está bien lucida, aunque canosa. Figúrate que una noche, en el tupi de la calle del Ave María, estando con él, se dedicó á mirar á un chulo de tufos, muy guapito, que estaba enfrente... El hombre... se cameló algo después de algún tiempo, y ella, con todo el cinismo del mundo, le dijo que aquel chulillo tan monín era su querido, y que á él le despreciaba profundamente. En fin, hija, le puso como un guiñapo. Y el pobrecito lo aguantó todo... aunque claro es que al día siguiente le dió el pasaporte y le retiró la pensión que le mandaba... Luego resulta que todo lo que el buen don Manolo robaba, hablando en castellano, á los pobrecitos jornaleros, ella se lo entregaba al Moreno para que se divirtiese con otras hembras... ¡Muy gracioso, verdad, muy interesante!... Pues ese es don Manolo, el *panoli* de don Manolo, que desde entonces no ha vuelto á tener su arreglito... Ahora anda loco buscando una muchacha que le sea fiel y que no tenga pretensiones...

Conoció Lola á don Manuel Sanz la misma noche en que conoció á Guillermo Luaces. Fué por el mes de Junio del primer año que Luaces pasó en Madrid, en la *kermesse* de la Plaza del Callao, donde ella había ido á lucirse, lindísima, gentil, á pesar de su mediana estatura, con su mantón de Manila que le valió un segundo premio en el concurso que allí se celebró aquella noche. Guillermo Luaces conocía á Carmela Rubio desde una mañana de Viernes Santo, en la romería de la Cara de Dios, á donde fué en coche invitado por Pepito de Bernueces, gran amigo suyo y compañero de truhanadas estudiantiles en los lejanos días de los primeros cursos del bachillerato, en Fabricia. Carmela Ru-

bio iba con Carlota Ruiz Cano y con Coral Rojas, que emparejaban vistosamente con el elegante y esbelto Pepito de Bernueces, el obeso y plácido Perico Montes y Guillermito Luaces. En aquella noche de *kermesse*, en el solar polvoriento y charramente iluminado, la saladísima Carmela hizo la presentación de Guillermo á Lolita en esta forma:

—Guillermito Luaces, asturiano, paisano de Pepito de Bernueces...

—Lolita Martín, madrileña, muy amiguita mía...

Se saludaron cortésmente y hubo un efluvio de simpatía en sus miradas juveniles. Disimuladamente se miraron mientras Carmela parloteaba efusivamente, como de costumbre. Luego, cuando la incompleta charanga, encaramada en un kiosco ridículamente engalanado de perçalina, comenzó á gimotear, bailaron una habanera.

—Es usted una madrileña de verdad—dijo Guillermo.

—Y usted un guasoncito regular... Nadie diría que es usted asturiano por lo burloncillo...

—Yo no le hablo á usted en broma; le hablo de veras... Es usted deliciosa y está usted esta noche encantadora...

—Si no me ha visto usted antes, ¿cómo dice eso?...

—Quiero más no haberla visto, porque creo que me hubiera usted gustado hace mucho y me hubiera usted hecho sufrir...

—Vamos, no sea usted cobista.

Y la conversación se diluyó, frívola y guasona, entre el torbellino de danzantes, el agrio sonsonete de la charanga y el polvillo cegador levantado por tantos pies agitándose al unísono.

Don Manuel Sanz fué presentado por Carmela á Lolilla diez minutos más tarde, después que Gui-

llermo se hubo despedido, alegando que le esperaban unos amigos en el café de Levante. La presentación fué más seria y repiqueteada, como competía al sujeto presentado. En un intermedio, cuando la música cesó de gañir, los bailarines, sofocados, se agolparon á los temblorosos veladores del espacio de terreno pomposamente llamado ambigú, presidido por una estantería de botellas, conteniendo licores y zumos etiquetados con nombres exóticos y aparatosos, y todos por un igual químicamente impuros. Allí fueron á sentarse Lola y Carmelilla y el adlátere ó conjunto de esta última, el buen don Isidoro Muñoz. Colocóse en medio el buen señor, como crucificado entre aquellas dos pícaras ladronazas de corazones, y comenzaron á beber sendos tragos de cerveza, sendos no por lo enormes (que es como entienden la palabra los que no saben castellano), sino porque ninguno participaba de la consumación del otro, y bebían muy á su placer, individualmente.

Saludó Carmela Rubio á don Manolo, que en una mesa próxima sorbía leche helada, en actitud de hombre aburrido, con el innoble y prosaico aburrimiento de que puede hacer gala un maestro de obras. Llamóle con el desenfado peculiar en las muchachas alegres, diciéndole:

—Vamos, don Manolito, venga usted hacia acá, que está usted ahí tan solito que se va á apolillar...

Tímidamente aproximóse el tuerto y zafio varón, y saludó con desmañado ademán á los reunidos. Carmela hizo las presentaciones:

—Mi buen amigo don Isidoro Muñoz...

—Lolita Martín, compañera... de fatigas.

—Don Manuel Sanz...

Y desde aquel punto y hora quedó ratificada una amistad que había de ser muy provechosa para Lo-

lita. Los esponsales se firmaron, como quien dice, en el vértigo de un schotis que bailó la rubita elegante con el tosco don Manuel, buen bailarín por cierto, como que había sido en su juventud punto de baile en Capellanes. Al día siguiente, Lola se mudaba á la calle del Salitre, instalándose en un modesto pero arregladito piso segundo que le amuebló don Manuel, entusiasmado de su belleza de virgen de leyenda, que no comprendía bien, pero que adoraba el vulgarote maestro de obras. Había cierto atractivo en aquella chiquilla, que él no sabía definir, mas que le *chaló* al momento.

Como Guillermo marchó á Puertuco á los pocos días de conocer á Lola, la perdió de vista por tres meses, y sólo la encontró de nuevo en Octubre, una tarde, en la puerta del Coliseo Imperial. Rieron juntos con las chanzonetas de *Ciencias exactas;* y se consolidó la simpatía mutua que habían sentido uno por otro en la noche de la presentación. Cenaron en el *Café Habanero;* y acabaron la noche en casa de Lolita. Guillermo embriagóse con la decidora rubia, que, pareciendo hecha de nieve y rosas, era un volcán en el lecho de amor...

No se tropezaron de nuevo hasta mediados de Noviembre, á poco de ser novio de Matilde Rey, una tarde en que encontró á Lolita en la Costanilla de los Desamparados. Iba monísima con su traje morado de levita y la crujiente falda de pañete con aplicaciones de *soutache* cubriendo apenas hasta el tobillo rosado que asomaba tras la media negra calada.

—Queridísima Lolita, ¿hacia dónde vas?

—Por Dios, Guillermo, no me sigas, que Manolo va á aparecer por estas calles en busca mía...

—¡Uy, niña, siempre estás comprometida!...

—Me ha citado en el café del Prado, pero va á salirme al encuentro...

—Te seguiré discretamente hasta el café, y allí entraré después de un ratito que hayas entrado tú...

—Eso bueno; pero mucho cuidadito. Mira que por tu culpa me voy á llevar el gran disgusto...

Echó á andar detrás de ella con un suave y discreto paso de espía. Era una de las mayores delicias para Guillermo, seguir á una mujer vigilada; solía paradojear en el café, diciendo ante los amigos: «Las mujeres que más me gusta seguir son aquellas á quienes no se puede seguir»... ¡Oh, qué encanto era para el romántico estudiante seguir á una mujer casada ó comprometida, cautelosamente, escondiéndose á veces en los portales, para que el fiero sultán de la dama no se diese por entendido!...

Las muchachas elegantes que pasaban por su lado le miraban con más interés que nunca, viéndole caminar lento y sinuoso tras la figurita perversa de Lolita, carne de pecado. Lolita era menuda y grácil como un pajarillo; de estatura menos que mediana, la proporción de todo su cuerpo hacíala gentilísima. Un casco rubio y perfumado de heliotropo adornaba su carita de madona; semblante cándido que daba lástima ver turbado por espasmos de placer... En los minutos de éxtasis erótico, Guillermo había contemplado con tristeza muchas veces aquel angelical rostro de niña, que en horas normales no transparentaba sino inocencia y dulzura. Los ojillos verdes parloteaban juguetones, bajo la frente ancha y nítida; la naricita respingadilla, era nariz de colegiala traviesa; y la boca de dentadura blanca, de labios finos, no acusaba apetitos pecaminosos. En su figura no había la menor insinuación sensual; y por eso Guillermo apreciaba más el contraste entre aquella figura quieta y aquella figura en movimien-

tos de placer. En la alcoba, Lolita era una bacante con envoltura de vestal; una colegiala de catorce años que se hubiese convertido en Mesalina sin perder la frescura de su edad. Porque Lolita parecía tener siempre catorce años por la conformación de su cuerpo y de su semblante...

¡Era un encanto verla desnudarse con impudores de cortesana, y luego contemplar aquel cuerpo lindo y frágil de muchachita!... ¡Y verla agitarse en convulsiones de lascivia, y al mismo tiempo mirarle á los ojos suaves y virginales!...

Guillermo pensaba que la Naturaleza se equivoca y da cuerpo de satiresa á quien tiene alma de monja carmelita, y cuerpo de monja carmelita á quien tiene alma de satiresa. Siempre que estaba al lado de Lolita, recordaba á una muchacha de Puertuco, María Manzanedo, una morena brava y cálida, con ojos penetrantes como puñales, boca encendida, labios salientes, nariz respingada de ninfomaníaca y una cabellera corta y crespa que la envolvía el rostro como en una guirnalda de cascabeles de locura. ¡Y aquella gentilísima nena, que hubiera sido una *cocotte* de alto rango, á vivir en un gran centro de población, acababa de profesar en las Adoratrices de Ablanedo!...

Pensando todo esto, Guillermo iba detrás de Lolita, que taconeaba nerviosamente. Subió por la calle de Moratín, y al llegar á la esquina del Amor de Dios, delante de la puerta de Asprón, torció la cabecita rubia, tocada con la fina mantilla, mirando si la seguía Guillermo. Sonrió suavemente al advertir la persecución tranquila y tenaz, y atravesó la Plazuela de Antón Martín, por la acera del solar donde estuvo radicada la melancólica iglesia de Montserrat, que todavía ella conociera cuando llegó á Madrid, y al embocar la calle de León, cruzó á la

acera del café de Zaragoza, y por esa acera siguió, hasta el café del Prado, deteniéndose antes unos segundos (que para Guillermo fueron horas de nerviosa impaciencia) en una tiendezuca sombría y mísera, chiribitil á estilo de los antiguos antros que había bajo los soportales de la Plaza Mayor.

Guillermo leyó encima de la puerta vidriera que abrió Lolita: *Carros de mudanzas*—. ¿Se irá á mudar esta picarilla, y no me ha dicho nada?—pensó Guillermo. Al verla salir del zaquizamí, pasó á la otra acera, y muy quedamente, sin mirarla, como si con ella no hablase, para que la gente no se diera cata de ello, la pregunto:

—¿Es que te vas á mudar?

—No, hijo mío. Es que los dueños son amigos y me prestan dinero alguna vez...

—Muy bien. Tiene gracia... Te dedicas á la esgrima...

—Por Dios, nene, no vayas tan cerquita de mí—susurró ella muy quedito...—No entres hasta mucho después de verme entrar á mí..

—Descuida, rica.

Cumplió como un caballero la promesa, y se entretuvo en hojear *Nuevo Mundo* que llevaba en el bolsillo. Entró. El café era un triángulo perfectamente equilátero, con divanes de un verde oscuro y serio, extendidos debajo de los espejos relucientes. A esa hora del anochecer, el café estaba melancólico como un templo. La fuerte y clara luz de los arcos voltaicos no lograba debilitar aquel tinte de melancolía. Con sus dos puertas á la calle del Prado y á la del León, su piano cerrado á esa hora y sus espejos enormes y misteriosos, a¡uel café *hacía daño*. No sé qué ignota tristeza flotaba en él; algo así como el dolor de tantas vidas rotas y sacrificadas y de tantas almas sin redención...

Solamente había en el recinto un hombre triste y cojo, que con la muleta apoyada junto á una de las ventanas cubiertas de visillos color crema, se inclinaba sobre el velador como escribiendo. ¡Quizá un autor dramático silbado que quería que le silbasen otra vez!... Su rostro, de barbas sucias y mal cuidadas, de ojos cansados, denotaba una amargura infinita, la amargura de un dramaturgo fracasado, que sólo es comparable—pensó Guillermo—á la amargura expresiva de ciertos críticos, por ejemplo, Alejandro Miquis, ese Heráclito de la crítica; pues así como el filósofo griego se pasaba la vida llorando por lo deficiente y maligna que era la obra de Dios, este filósofo de la Guindalera parece pasarse la vida llorando por las obras de sus criaturas...

Al entrar, Guillermo miró al frente y vió á Lolita muy tierna, ¡encantadora comedianta!, con el tuerto y chulo Manolo. Se sentó frente á ella, pero con tal discreción, que un diván transversal que acababa en la estufa le permitía agacharse para no ser visto y ver, no obstante, con toda claridad. Lolita sonrió enigmáticamente al ver entrar á Guillermo, y Manolo le miraba con su único ojo de cíclope, que, realmente, no se sabía dónde fijaba la onda visual...

A poco de estar allí Guillermo, entraron una señora de luto y su hija, con un sombrero demodado y un monedero en la mano. Parecían pensionistas pobretonas; pero Guillermo notó que, después de tomar á sorbos rápidos un café por barba, la señora entregó para pagar la consumación un billete de cincuenta pesetas.

No mucho después de salir las afligidas y opulentas damas, penetró una mujercita vivaracha y pitañosa, con un sombrero enorme, escudada por una dueña elefantíaca. ¿Qué misión difícil iba á

cumplir esta honesta doncella, prez de las madrileñas encrucijadas, por las cuales pasea sus ojillos enfermos y malignos? Indudablemente no la llevaba allí solamente el noble empeño de ingurgitar un vaso de leche con bizcochos, faena á que se entregó con ahinco no más que hubo asentado sus enjutas posaderas en el verde diván.

Aquella dama, que por su porte y modos no anunciaba una muy elevada alcurnia, estaba, indudablemente, en espera de un garrido caballero ó de un pulido doncel, Lohengrin rubio que la libertase de la tiranía de aquella doña Feliciana, sólo comparable á la sin par ideada por Lope Félix de Vega Carpio.

Mas los ojillos á medio componer no invitaban á la querencia; que de no ser así, ya Guillermo, con gran holgura de su ánimo, que era desahogado como pocos hay, hubiérala interpelado muy en razón.

Pero Guillermo estaba, además, embebido en contemplar á la dulce Lolita, que le miraba de soslayo, colocada de perfil para enternecer y camelar á su Manolo, que la asaeteaba con su ojo único, y en justa correspondencia al cual ella volvía también hacia él una de las maravillas verdes que la engalanaban el rostro, mientras que con la otra esmeralda visual seguía los movimientos del estudiantillo. Era una delicia aquel *flirt* á honesta distancia, del cual no era sabedor el infortunado ojiúnico, que hubiese creído agravio conocer de aquella burla que se le estaba haciendo, no en sus propios ojos, que por desdicha no gozaba de tan estimables prendas en toda su integridad, sino ante su propio y singularísimo ojo...

Guillermo sentíase mecido en una singular beatitud. La atmósfera tibia del café, el silencio reinan-

te, sólo cortado por el bisbiseo de Lolita y Manolo, y las miradas prometedoras de la nena rubia y frágil como un *bibelot,* le sumergían en una paz sensual. Apurando la copa de cerveza, un poco á medias tintas, como él decía—pues ya se iba bebiendo dos botellas de Mahou—gozaba un inefable hechizo. El pelo ondeado y rubio de Lolita, cayéndole sobre la frente, acentuaba la gracia picaresca de la mirada soslayada y acariciadora... ¡Oh, bien sabía Guillermo que Lolita era, al fin, una perdida vulgar, una loquilla de su cuerpo, que anhelaba amor, y amor joven, no encontrado en el sórdido y zafio maestro de obras!... Pero... ¡era tan dulce para un romántico como Guillermo dejarse mecer en la onda muda de la mirada acariciante, ahora, y luego en Dios sabe qué deliquios embalsamados é intimidades conmovedoras!...

Manolo hizo ademán de pagar con su porte altanero de artesano á quien le gusta lucir lo que gasta, y salieron, no sin que el maestro de obras dirigiese por última vez la mirada aterradora de su ojo único hacia el sitio de su rival.

Guillermo, sin inmutarse ante las ciclópeas amenazas, salió inmediatamente detrás de la pareja. Lolita, al correr los portiers verdes de las puertas, encubierta un momento de la mirada de Manolo, dirigió al estudiantillo una mirada provocativa y ansiosa que bien sabía él lo que quería decir... Fuéles á la zaga prudencialmente, y alguna vez hubo de ocultarse en los portales á causa de que Manolo dirigía hacia él su ojo único. Por fin, al revolver la esquina de Antón Martín, respiró satisfecho. Manolo se había despedido de Lolita, encaminándose calle de Atocha arriba, acaso en busca del condumio conyugal que tendría preparado en su melancólico cuarto de la calle de Pontejos...

El estudiante aproximóse á Lolita en la esquina de la calle de Santa Isabel.

—Por Dios, Guillermo—decía ella con voz de rabia—; que me vas á dar un disgusto. Por tu causa voy á reñir con Manolo. Mira que puede venir siguiéndonos, hijo mío. No seas loco...

—Pero, niña; si ha echado por la calle de Atocha más corriendo que un galgo...

—Sí; pero vuelve con mucha facilidad. Bien se ve que no le conoces. ¡Es más pillo! Vuelve á lo mejor para ver si me sigue alguien. Y á veces me ha seguido hasta casa sin que yo lo supiera, hasta que al otro día me lo dice él mismo. Figúrate si me viera acompañada de ti... Te advierto que ya hoy me ha dicho: «Ese mequetrefe es el del otro día, el que estaba en el café de Zaragoza mirándote tanto.»

—Bueno, ¿y qué? Como se ponga tan tonto, un día le abordo en la calle y le pego...

—Sí, y tú no pierdes nada más que dos mamporros que te puedan caer... pero, en cambio, yo me chupo los dedos después...

Guillermo quedó pensativo, reflexionando que Lolita tenía razón, y que él, en un disgusto caballeresco y en una lid hidalga con el prosaico maestro de obras, comprometía el bienestar de Lolita. A ésta no la podía embaucar él con vanas promesas de matrimonio, como á Matildita, ni siquiera la podía engatusar, como á María Luisa, jurándole un romántico amor, que se disponía á cualquier sacrificio. Lolita era una consciente del amor, y si quería mucho á su nene, á su estudiantillo, como ella le decía, era con el empalagoso y pegadizo amor de alcoba, que fuera de ella tiene poco arraigo. Por eso, en vano Guillermo, romántico desde prima juventud, mentíale dulces endechas floridas; cuando

se exaltaba demasiado y la recitaba poesías de Espronceda y de Bécquer, parafraseadas por él—generalmente el *Canto á Teresa* y *Volverán las oscuras golondrinas*...—, ella, riéndose locamente, le interrumpía con un desdén lleno de cariño:

—Pero, hijo; tú qué me vienes á mí con tanta coba... Si te habrás creído que yo me voy á tragar todos esos embustes... Tú me quieres á mí como yo te quiero á ti; porque nos gustamos y nos entendemos bien...

Y Guillermo, en medio de su frenesí lírico, de su paroxismo poético. comprendía que Lolita tenía razón. Era lo acertado y sensato lo que ella insinuaba. ¿En qué había de sustentarse aquel amor que sólo se componía de intimidades mutuas y mutuo deleite en ellas? ¿Había de perder la vida por esa mujer, cuando otras muchas estaban deseosas de recoger esa vida entre sus manos finas, su boca ardiente y su seno opresor? ¿Qué romántico disparate podía impulsarle á realizar un acto heroico por Lolita Martín? Comprendía realizarlo por Matilde Rey, la amorosa, la dulce niña que había de entregarle su cuerpo impoluto tarde ó temprano; ó por María Luisa Cano, la ansiada, la codiciadísima, para arrancarla de las garras del otro... Pero Lolita Martín era hoy del maestro de obras, y mañana sería de otro que la pasase mayor mensualidad, y, de todos modos, siempre tendría un estudiante, un chiquillo, para su honestísima recreación y solaz.

De modo que Guillermo, penetrado de estas verdades que enseña á todos el libro abierto de la vida, no se irritaba ya, como al principio, cuando Lolita se prestaba de poca gana á sus entusiasmos líricos. Le acompañaba en sus expansiones eróticas, por más que fuesen tocadas de virus romántico, pues en ellas tomaba parte de placer, y así podía

Guillermo concertar las más extrañas caricias y trazar los más imprevistos rasgos del placer, que en todos le seguiría la rubia colegiala, Claudina menos extraviada que la otra, pero no menos viciosa...

Mas en los paréntesis románticos que Guillermo ponía al diálogo *post satietatem*, Lolita intercalaba algo así como paliativos de vulgaridad. De pronto, Guillermo se arrancaba de este modo:

... ¡Oh! ¿Quién, impío,
¡ay!, agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un tiempo cristalino río,
manantial de purísima limpieza...

En tanto, Lola, con su buen sentido de mujer española, canturreaba algo menos ideal, pero más apropiado á las circunstancias.

Por un morenillo agrasiao
estoy yo loquita perdía...

Y Guillermo, conmovido por la voz tremante y flexible de Lolita, voz de soprano de ópera, brava y tierna á la vez, acababa por congraciarse con las mieles de la realidad y con cierto sentido oportunístico, muy necesario en la vida, que le hacía recordar un precepto horaciano deletreado en las aulas de Retórica, en sus lejanos tiempos de bachiller: *Sed non erat hic locus.*

—Lolita tiene razón; lo que corresponde aquí es decir que está loca por mí y no lo que hago yo; preguntarle á ella quién dió cuenta de su doncellez... El lirismo tiene el defecto de ser poco oportuno y poco dúctil casi siempre...

Y sonreía, halagado en su amor propio, porque

aquella canción sentida de rasgueo y garbo andaluz iba dirigida contra su mismísimo corazón... El morenillo agraciado era él, sin duda, y la loca perdida era ella, Lolita, la cortesana rubia y suave...

Por eso aquella noche en la calle de Santa Isabel, no insistió en el tema de armarle camorra al maestro de obras. Comprendía que Lolita estaba en lo justo al prevenir y rechazar un posible recelo de Manolo. No; había que alejar toda sospecha de rivalidad, había que fingirle una entrega absoluta y total y una posesión indivisa, porque no era el tuerto—nacido al fin en la requetesimpatiquísima calle de la Arganzuela—hombre para tolerar particiones de tálamo ni decadentistas y ultrafranceses *menages à trois*, última palabra del erotismo. No; Manolo, hombre ya de posición consolidada, con firma hecha de gran maestro de obras y crédito seguro en medio Madrid, no la emprendería á navajazos, chulón y «calderoniano» sin saberlo, como lo hubiera hecho á los veinte años en coyuntura análoga; pero retiraría la mensualidad, simplemente. Y esto era lo grave...

—¿Quién me pasa á mí después lo que él me pasa hoy día con tanta puntualidad?—gruñó Lola.

Esto del *pasar* es el argumento Aquiles de toda discusión amorosa con las buenas muchachas que no tienen otra renta, oficio ó beneficio conocido que su cuerpo gentil y zalamero. Las pobrecitas, como no han de aspirar aire por todo alimento, á modo de camaleones, andan necesitadas de numerario, á veces en cantidades exorbitantes, para mejor adornar y emperifollar ese lindo cuerpo que es su única fuente de rendimientos. ¿Habrá de recriminárselas porque sean á veces un tantico codiciosas y lanzarles agrias amonestaciones éticas? No, sino re-

verenciarlas como á cuitadas Sísifos femeninas, ó Prometeos hembras, encadenadas á la roca de las caricias mercenarias, ó bien subiendo y bajando con un peso que, apenas sacudido, vuelven á recoger. Viven al día tales doncellas; y como no tienen sino el radioso mañana por delante y por encima el cielo azul—y en él á Dios, que es padre de todos, y que vela por los lirios del valle, cuanto más por las rosas deshojadas—, es natural que en cuanto tropiezan con un alma caritativa que se apiada de ellas y les pone piso, la explote lo más decorosamente posible, dado que, en fin de cuentas, código alguno establece sanción penal para estos tratos y comercios íntimos que pueden rematar muy bien en un aprovechado desalojamiento de la bolsa del prójimo. Mas el regalo de un cuerpo joven no es un contrato usurario en que pueda concertarse y estipularse por adelantado el tanto por ciento legal, congruo y equitativo. Si algún incauto déjase esquilmar á buen talante, por ser de proporción dadivosa, ¿puede recaer la culpa sobre las desmayadas doncellas que estrujan su bolsa á fuerza de tirones?... No conviene á los mortales ser de condición aceda y descontentadiza y gruñona, sino avenirse en un todo con la voluntad de Dios, puesto que sólo El es perfecto y está en los cielos...

Lolita Martín no explotaba precisamente al maestro de obras; pero sí le ayudaba á conllevar el peso de la vida y á distribuir á medias las ganancias pingües que le proporcionaban sus contratas. Con lo que se echa de ver cómo estos ínclitos y graves varones, tan estípticos en lo atañedero al peculio ajeno y poco propensos á perder de su caudal para favorecer al prójimo, son larguísimos y dilapidadores no más tropiezan con una gentil rapaza aparatosa que les hace cuatro arrumacos.

Guillermo veía bien clara la situación de Lolita con respecto á su don Manuel; y en lo tocante á que él pudiera ser sucedáneo del tuerto en punto á moneda, no se forjaba ilusiones de ninguna especie. Por eso en cuanto ella echaba la conversación por estos terrenos y pronunciaba la sacramental frase: «á ver quién me pasará lo que me pasa él ahora», manteníase en actitud sigilosa, y guardaba la más profunda taciturnidad, que es la medida de los varones prudentes en casos semejantes.

—¿Quién soy yo (decíase muy cuerdamente) para pasar nada á nadie si harto haré con que mis padres me sigan pasando á mí la pensión mensual?

Ante estas consoladoras reflexiones, transmitidas á Lolita Martín con discreción y *grosso modo*, los dos amantes rendíanse á la evidencia y convenían en que era de todo punto necesario tener contento al buen don Manolo y no darle motivos de disgusto y repulsa consiguiente. ¿Podía privarles esto de todos los regocijos y expansiones juveniles, siempre guardando las formas y en los límites del cauto respeto hacia el ausente y auxiliador amigo? En modo alguno.

Mozos como eran y sanos los dos, la sangre ardía con presteza y así ocurrió, como siempre, en aquella memorable tarde. Atravesaron aprisa y un poquitín distanciados, por indicación de Lolita, la melancólica acera de la calle de Santa Isabel por el trozo que da frente al solar del derruído hospital de San Juan de Dios. Guillermo decíale de cuando en cuando frasecitas tiernas á Lola, trozos de diálogos que el susto y el cuidado de ella interrumpían y que los transeuntes escuchaban, mirando después embobados á la extraña pareja que, yendo separada como en señal de disgusto, se decía ternezas y tonterías de amor.

En la esquina de la tortuosa calle del Salitre se juntaron, con gran miedo de Lolita, que todavía creyó ver en la acera de enfrente una sombra embozada en la capa, como Manolo, y desdibujada por la indecisa luz de los faroles. Guillermo la persuadió de que no había miedo; y cogiditos del brazo, bajaron casi á saltos, como colegiales en libertad, la cuesta de la calle, y después de cerciorarse de que nadie les seguía ni de cerca ni de lejos, entraron juntitos en uno de los números de la calle, entre la sorpresa maliciosa de los vecinos que había á las puertas de algunas casas: modistas que volvían de los obradores y hacían su ratito de descanso y de charla en el umbral del hogar carcelero y hosco...

Abrióles la criada entre gruñidos porque le desagradaba ver á Lolita acompañada de Guillermo, y ya le había amenazado varias veces con contárselo todo á don Manuel, aunque sólo lo hacía á título de amenaza y era buena persona, incapaz de tal villanía...

—Lola—rezongó ásperamente—, un día te vas á ver envuelta en un lío... que ¡menudo lío!...

Trataba á Lolita con la familiaridad con que las ancianas suelen tratar á las muchachas alegres, sobre todo cuando están á su servicio. Ellas—generalmente y salvo miríficas excepciones que honran la clase—han cabalgado también en el corcel de la locura, cuando jóvenes, y han hecho vida disipada que las redujo al extremo de ahora. ¡Cuán envidiable es su suerte, pues que saben de muchas compañeras que finaron, abandonadas y podridas, en un desolador hospital, y fueron amortajadas por manos extrañas y serviles!... Por eso ellas se sienten maternales y dan llanos y dulces consejos á las muchachas que están bajo su pro-

tección. Ellas conocen á los hombres de sobra y saben cómo las gastan... Ellas dilucidan á las mil maravillas por qué camino se va á San Juan de Dios y por dónde se va al automóvil. He aquí por qué las muchachitas circunspectas y que miran por sí las atienden. Estas ancianas, que han sido madres y á quienes la maternidad ha redimido de todos sus pecados, incitan á las chiquillas alocadas á coger las ocasiones por el copete y á no dejar escapar al veterano que cayere. Ellas saben bien que los bisoños en las lides de Venus no dan sino disgustos y aflicción de espíritu; y que los carcamales decrépitos y derrengados dan dinero en abundancia y hasta respetabilidad social. ¿No es más decoroso y decorativo decir á las gentes: Soy la amante del Excmo. Sr. D. Senén Gutiérrez, senador del reino, ó bien del Sr. D. Plácido García, acaudalado tendero de comestibles, que decir: Soy la amante de Juanito Rodríguez, estudiante de Medicina, ó de Gonzalito Gómez, estudiante de leyes?

Pero la edad juvenil suele ser desatinada consigo misma é irrespetuosa con la vejez; y así no se extrañe que Lolita respondiera á la anciana con desabrimiento siempre que sacaba la conversación de Guillermo, para dar vueltas y más vueltas machaconamente con las mismas consideraciones.

—Usted métase en la cocina, doña Eduvigis, y déjeme á mí en paz, que yo bien sé lo que me hago y, además, mando en mi cuerpo...

—Pero, hija, si por ese camino que vas no puedes acabar bien...

—Bueno, señora; ¿á mí qué me viene usted ahora con esas cosas? Usted, cuando joven, también habrá tenido sus caprichitos, y se acostaría usted con quien le gustase...

—Pero yo bien sabía por dónde andaba... y lo

primero es lo primero... y el que da los cuartos está antes que todos... y ya verás lo que aquí saldrá á relucir el día que yo hable...

—Pues hable cuando quiera—contestaba Lola despectiva...

—Hablaré, vaya si hablaré, y don Manolo sabrá toda la verdad... Pues no faltaba más... Tan bueno como es el pobrecito... No, no y no. Esto no puede seguir así. Es una maldad lo que se hace con ese hombre...

Aquella noche no repitió la escena y el coloquio al entrar los amantes, pues (por más que siempre estuviese diciendo que un día se las iba á cantar claras), delante de Guillermo no se atrevía á espontanearse tan galanamente, como de costumbre, ante Lolita en soledad. Se consoló con dar un tremendo portazo á la puerta de la sala y refugiarse en la cocina, su altar doméstico, donde parecía llorar sus cuitas ante los pucheros grasientos y pedir protección á las relucientes cacerolas. Como aquellos degradados egipcios de que nos habla con espanto Juvenal, á quienes les brotaban los dioses hasta en los huertos, doña Eduvigis tenía por divinidades los mismos frutos de los huertos, pero ya en cocción, dentro del humeante puchero; los repollos, las coliflores, las alubias, los tomates y los pimientos eran sus sibilas é inspiradores.

Quedaron solos los dos amantes en la sala, y cerrando las maderas de los balcones, dieron luz á la estancia. Después de lo cual, mirándose con esa mirada invitadora que precede á las expansiones fisiológicas del sentimiento, se apelotonaron en el diván como dos gatitos juguetones. Lolita, por descuido, no se había despojado del boa de Mongolia, y con él cruzado por el cuerpo en chulesca oblicuidad, daba más exacta la sensación de una gatita de

Angora. Guillermo se entretenía en hundir su mano en la pelusa del boa, blanquísima, suave y esponjosa como copo de nieve ó como leche cuajada... y bien pronto su mano fué deslizándose á otras suavidades no menos blancas, aunque de un blanco crema, como dorado por el sol, que Lolita ocultaba bajo la blusa azul de muselina y el corsé rosa, tirano y esclavo, á la vez, de aquel lindo y frágil cuerpecito de muñeca, de muñeca que habla... Se enredaron los amantes en las zalemas, mimos, lagoterías, arrumacos, caricias, expansiones y abrazos propios de la edad. Y hubo una hora suprema de amor...

VI

—¡Cuidado, niña, con el tranvía!... No te dejes atropellar—gritó Guillermo agarrando de un brazo á Matilde, que pareció arrojarse sobre los rieles tranviarios que se deshacen en complicados arcos de círculo á la terminación de la línea.

Estaban en la plaza del Progreso, llena por el gentío heterogéneo que bulle en cualquier sitio céntrico de Madrid á las ocho de la noche, hora suprema, definitiva, armoniosa, de este pueblo seductor. El mujerío predominaba en aquel confuso oleaje de muchedumbre, que se movía con la regularidad de una marea; el mujerío madrileño, castizo y gallardo, poniendo una nota de colorido policrómico y de algarabía optimista entre la severidad de los varones provectos y la jaranería de los mozalbetes frívolos.

Dos avalanchas se contrarrestaban en aquel amplio cuadrilátero; dos avalanchas que se empujaban, se rebatían, se cruzaban. Una avalancha era formada por mujeres rasgadas de los barrios bajos, de estas mozas sandungueras y provocativas que salen de sus guaridas pestilentes y mal ventiladas, al anochecer, para lucir su garbo y llevar detrás á algún carcamal libidinoso ó á algún muchachote tímido, y que contonean su cuerpo, taconeando fuerte, por esas calles de alumbrado deficiente que bajan de la plaza del Progreso á la plaza de Lavapiés y á las rondas de Atocha y de Valencia en pendiente inverosímil, calles propicias á encuentros felices. La otra avalancha estaba nutrida por las honradas menestralas que desalojan los talleres del centro, llenos de luz y de alegría, para reposar de las diurnas fatigas en cubículos infectos de porterías, en reducidas habitaciones interiores ó en bohardillas pobretonas; las hijas del trabajo, hurañas y engreídas de su virtud, desafiando con la mirada de sus ojos cándidos, y á la par bravos y retadores, poseídos de su mágica misión de encantar á las almas sanas...

Un torrente arrollaba á otro; las pintadas mujerucas de ojos falaces, agrandados por el insomnio y abrillantados por la lujuria, no podían resistir la acometida avasalladora de aquellas nenas, bravías para el extraño y mimosas para el enamorado, que no mostraban artificio alguno en sus semblantes...

Era el ejército de la prostitución saliendo al encuentro del ejército del trabajo para darle la batalla, cotidianamente repetida, que había de decidir para cuál de ellos era el imperio del mundo, y, sobre todo, con cuál estaban las simpatías viriles: con la honradez ó con la liviandad y la degeneración. Eran las dos fuerzas enemigas de la vida moder-

na: el trabajo, pisoteado, abandonado, vilipendiado por todos, por los burgueses, que lo explotan, y por sus mismos cultivadores, que lo desprecian en cuanto de él se redimen, y la prostitución, protegida por los gobiernos, legalizada por las costumbres, favorecida por los burgueses, que se escandalizan si se les habla de ella, y que sólo descienden hasta el pueblo bajo para arrancarle la única joya, sus hijas, sus mocitas, graciosas y vivarachas, y recluirlas en esos *harems* sin lujo y sin luz que se llaman casas de lenocinio.

—Matildita, vamos á entrar en el café del Vapor—dijo Guillermo—. Yo estoy cansado.

—Sí, hijo mío; tú estarás cansado, pero yo tengo que irme á casa más que corriendo...

—Ten un poco de calma, mujer. Nos tomamos un vasito de leche y en seguidita nos vamos.

—Pero, ¿qué? ¿Tú te crees que si yo tomo un vaso de leche voy á cenar ya?

—No comer por haber comido...

—No, hijo, que mi tía me tiene la cena preparada y estará ya echando maldiciones contra mí, porque se cansa de esperarme...

—Anda, vidita, diez minutos...

—¡Uf, qué pelma!...

—Vamos, no seas tú tan remilgada y no te hagas tanto de rogar...

—Pero, chico, si no puedo—dijo Matilde ásperamente.

Luego, dulcificando algo el tono, prosiguió:

—No, riquín, que tengo que trabajar mucho esta noche. Va á llegar el maestro de «La Fabril» á ver si comenzamos la labor que se ha traído la Manuela esta tarde...

—Déjame en paz de esas historias chinas.

—¡Ay, hijo, qué pelma te pones!

—Pero, criatura, ¿nunca vas á tener un momento de expansión? Te vas á apolillar con trabajar tanto... Cuando llegues á los veinticinco años estarás hecha una vieja...

—Bueno, ¿y qué? Si tú no me quieres no faltará quien...

—Si no es eso sólo; sino que tanto trabajar es enfermo.

—¡Qué le vamos á hacer, chico!... El que nació para ochavo...

La voz de Matilde sonaba triste y desconsolada, cantando las amarguras del trabajo continuo, mal retribuído, mal mirado y soportado á duras penas, á disgusto, por no haber otro remedio. Su vocecita fina temblaba de emoción. ¿Quién sospechara entre aquella vorágine de vida madrileña, las penas sociales que, subjetivamente y sin sentirlo, iba desgranando la voz trémula y suave de Matilde?...

—¡Pobrecita!... Amor mío, ¡cuánto trabajas!... No trabajes tanto—acentuaba con mimo la voz pastosa de Guillermo.

—Es mi sino, rico. Hay que trabajar mucho para ganar poco... Pero, deja... que ya llegará día en que no trabajaré tanto...

—Sí, hermosa, cuando yo te redima de esa esclavitud. No faltaba más—replicó Guillermo con firmeza.

—¡No, hijo, no; no lo digo sólo por mí; lo digo por todas las que trabajan tanto como yo! Tal vez esto cambie dentro de poco... Tiene que cambiar...

¡Ah, ahora sí que la voz sonó vibrante y juvenil, encendida en entusiasmos!... ¡Ahora sí que aquella voz le pareció á Guillermo la voz entera del Madrid sufrido y laborioso!...

Trasponían en ese momento la puerta del café del Vapor, á donde, por fin, Matildita había accedido

á entrar sólo por dos minutos. El café, todo emblanquecido por los focos eléctricos, ofrecía un refugio de paz y de calor.

Nunca á Guillermo le había parecido Matilde tan bonita como en aquella hora suprema en que apareció al desnudo un rincón del alma de la chula, desconocido para el amante. ¿Quién diría que en aquella cabecita orlada por un casco de pelo sedoso había sitio para las grandes ideas sociales que mueven al mundo moderno? ¡Aquella niña, educada en un ambiente de miseria y de vicio, pensaba en la posibilidad de transformar á este mundo decadente y agónico!... ¡Aquel corazón, que sólo parecía nacido para amar, palpitaba al unísono del corazón de los grandes pensadores y de los incorregibles soñadores europeos!... La garbosa chula de la calle del Tribulete pensaba como Tolstoi y sentía como Kropotkine. En el encanto de la revelación inesperada, Guillermo se adormeció como en éxtasis.

Habíanse sentado en un rincón del café, poco frecuentado á aquella hora imprecisa en que no se ha cenado aún. El pianista preludiaba la *Invitación al vals*, de Weber. Y aquella música balbuciente y aristocrática sonaba como un sarcasmo en el ambiente plebeyo del café.

Aquella música, hecha para salones de duquesas y para saraos de embajadas, donde un elegante aristócrata de *monocle* recita frases madrigalescas en los oídos de una condesita, temblaba, como indecisa y avergonzada, en la sordidez del café, mal velada por el falso lujo de los divanes, forrados de granate, y de los vastos espejos rectangulares.

Guillermo no podía olvidar las frases emocionantes y sugestivas de Matilde. En aquella cabecita apasionada había fermentado el odio á la explotación burguesa, y en aquel pecho de rosa y nieve

habíase incubado el germen de las grandes catástrofes futuras. ¡Oh, aquella niña, que no sería capaz de comprender un libro de Juan Grave, entendía muy bien, sin embargo, el único problema que mueve al mundo moderno, el problema social, que lo abarca todo, que lo resume todo, que lo explica todo!...

En su voz desgarrada de chula madrileña cantaban todos los *Ça irà* de la amenaza y todas las *Marsellesas* de la cólera. Su voz, sin querer, se hacía eco de todas las voces, de todos los gritos, de todos los apóstrofes que en el mundo lanzan los oprimidos á los opresores. A Guillermo nunca le pareció Matilde tan adorable como en aquel minuto en que expresaba de un modo inconsciente é involuntario, las ansias y las quejas de todos los compañeros de martirio. Para retener el hechizo de aquel instante, no quiso exasperar el espíritu de la niña, arrancándole frases, protestas, gemidos, que aclarasen y ampliaran la exclamación ingenua que había brotado por instinto de su alma popular, que había convivido con todos los dolores fraternos.

La música sonaba lánguida y enervante, y Guillermo, tan aristócrata en sus actos y en sus modales, protestó por un momento—nada más que por un momento—de su aristocratismo esnobista para saturarse de los aromas de pueblo que había suscitado la frase valiente de Matilde... «¡Algún día no trabajaremos tanto!...»

«Es verdad, nena — comentó interiormente Guillermo, sin querer comunicar sus impresiones á Matilde, para no borrar el encanto de aquel minuto inolvidable...—Es verdad. Llegará un día en que todas tus hermanas de dolor y de trabajo romperán las ligaduras que les atan á la esclavitud capitalista. Y si acaso esto nunca se realizase, sueña, alma

mía, sueña, que el soñar sólo basta para endulzar vuestra amarga vida... Sueña en que todos esos trajes y esas joyas que ostentan otras menos honradas que tú, los merecen menos que tú también. Sueña en que tu novio te quiere así, hija del trabajo, por el trabajo embellecida, como si fueses marquesita arrogante. Sueña, amor mío, sueña; que ya soportarás al despertar el mal sabor de boca que dejan los sueños y te encontrarás frente á la dura y hostil y fea vida...»

Quedóse embebido contemplando la cabecita ondeada de Matilde, que el intenso fulgor de los focos eléctricos doraba levemente con suavidades aristocráticas. La música seguía sonando penetrante, sugestiva, narcotizadora, adurmiendo las almas...

Matilde estaba como alelada, contemplando el rubí que fulguraba en el índice de Guillermo.

—Vamos, chico—le dijo de pronto, interrumpiendo sus cavilaciones...—Estás hecho un *pagüé* esta noche... ¡Digo!... Yo no sé qué te pasa á ti que por la calle eres muy alegre y muy chistoso, y en cuanto entras en algún sitio conmigo, ya parece que te aburres. ¿Es que te da vergüenza de mí?...

—Por Dios, Matilde, no digas esas cosas ni en broma.

—Pues vámonos á la calle á ver si te alegras.

—Vámonos cuando quieras...

Dió dos palmadas sonoras y acudió el camarero. Pagó Luaces con gesto displicente y salieron del café.

Guillermo cogió del brazo á Matilde por debajo del mantón pesado, encubridor de estas leves osadías amorosas. Por la calle del Mesón de Paredes descendía un aluvión de gentío abigarrado y confuso, en su mayoría hijas del trabajo; menestralas, modistas, luciendo sus únicas galas: ojos gitanos,

risas frescas, esbeltos talles, peinados caprichosos que embellecían las cabecitas vivarachas, mantones chulos aprisionando las dulces morbideces del cuerpo juncal y zapatitos elegantes de madrileñas gentiles, que fían al calzado y al pelo toda la fascinante sugestión de su figura.

Eran las hijas del trabajo, la flor y nata de este Madrid encantador.

VII

¡Oh, Señor, vos que habéis hecho nacer á Ricardo Wagner y á Luis Van Beethoven para glorificación de vuestras criaturas, perdonad á estos estudiantes locos, que, después de haber piropeado á modistillas livianas y de haber descendido á los más groseros prosaísmos de la vida ordinaria, toman un coche para ir al teatro Real á escuchar, interpretadas por la orquesta Tonkünstler, de Munich, las mágicas frases musicales de *El encanto del Viernes Santo* y la overtura de *Leonora!...*

Guillermo despertó á Lola, que se había quedado adormecida en sus brazos, cuando daban las ocho y media.

—¡Vamos, nenita, levántate, por Dios, que ya es hora de ir al concierto!...

—¡Ay, chiquillo mío, estaba en lo mejor del sueño!—murmuró Lola con voz balbuciente y estirando sus bracitos rosados y suaves en un gesto de pereza...—Pero, oye—agregó—, ¿vamos á irnos sin cenar?...

—Que preparen ahora un piscolabis, que ya lue-

go al salir del Real tomaremos un bistek en Levante...

Se levantó Lolita, temblorosa y lánguida; con la galante ayuda de Guillermo, se puso el corsé y la enagua, y, pisando la alfombra con sus pies menudos, que la calada media dejaba entrever, salió á la sala á dar aviso á doña Eduvigis.

—Pónganos unos huevos pasados por agua y unas lonchas de jamón, y baje á la taberna del 12 á buscar una botella de vino...

La gruñona pero servicial dueña cumplió al minuto los encargos, y los dos amantes, todavía con el rostro encendido por las emociones amorosas, se pusieron á cenar. Tienen un singular encanto estos ágapes en compañía de una amante después de haber saboreado el manjar de su cuerpo aliñado por sus caricias. Sin ser estos banquetes luculescos ni heliogabálicos, antes bien muy frugales y someros, están sazonados con el condimento de un buen humor, que siempre sigue al apetito satisfecho. Y aunque graves y cejijuntos varones puedan argüiros con Kempis: «¿Piensas satisfacer tu apetito? Pues no lo alcanzarás»; no les prestéis oídos y apresuraos á coger la flor de la juventud.

Gozaron los amantes unos minutos deliciosos, quizá más deliciosos que los de intimidad nupcial; se comían las aceitunas á la mitad y se las ofrecían uno á otro en la boca; cambiábanse las copas de vino para saborear el néctar de Valdepeñas mezclado con el néctar de los labios...

Salieron de casa apresuradamente, y Guillermo vió con terror, á la luz del farol de la calle, que su reloj marcaba las nueve menos dos minutos.

—¡Uy, niña, ya no vamos á llegar y ya sabes que en los conciertos no es como en los teatros; á las nueve en punto se empieza y ya en la sala no

entra ni Dios... hasta que acaba la primera parte!...

—Pues, hijo mío, más aprisa no hemos podido *cenar*...

Sonrió maliciada del doble sentido que Guillermo, conocedor del argot modistil, podía dar al verbo.

—Pero, á pesar de todo, á pie no llegamos al concierto. Y es una lástima perder la primera parte en que va la overtura de *Egmont* y el preludio del tercer acto de *Parsifal*... Por eso es una molestia sacar abonos, sobre todo para los tres conciertos, como yo he hecho ahora, pues á lo mejor se pone uno enfermo y se desperdician las entradas...

—Vamos aprisa entonces...

—Sí; y en Antón Martín tomaremos el primer coche que veamos...

Echaron á paso de galgo por la calle de Santa Isabel, melancólica y ensombrecida á esa hora, con casi todos los comercios cerrados. Guillermo llevaba á Lolita casi en volandas. Cuando llegaron á la parada de coches que hay en la Plaza de Antón Martín ante la ruinosa iglesia, montaron en uno. El cochero, que dormitaba cabizbajo, se desperezó con susto.

—Al Real, volando, berró el estudiante...

En el coche se besaron con ardor. Guillermo pensó en la fuerza renovada de la juventud, este divino tesoro que llevamos dentro, que nos permite, después de un combate de amor, aspirar á la repetición... ¡Encanto de ser joven y tener al lado una mujer agradable y amada!... El coche parecía volar, literalmente, obedeciendo á la consigna, y daba la sensación de correr entre nubes, sin obstáculos. El amor, que da alas, contribuía á acrecentar la impresión de ir desprendido de la tierra, alígero, arcangélico...

Luminosa y vibrante de lujo y de belleza estaba

la sala del Teatro Real, cuando entraron los dos amantes, en el preciso momento en que los acomodadores daban palmadas, avisando á los descuidados y zagueros.

Se acomodaron en los asientos laterales que por clasificación les correspondían. Les rodeaba el gentío abigarrado y vario del paraíso del Teatro Real, donde la clase media casi encopetada se mezcla con los aficionados de baja estofa—acaso no pocos violinistas de cafés misérrimos y murguistas con pretensiones—que se perecen por la música de Wagner, y no pocos, ahora de corto tiempo á esta parte, por la de Strauss, Mahler, Raff, Debussy y Dukas, todos ellos saltimbanquis de la armonía, dislocadores de la pompa instrumental, y, á fin de cuentas, tras mil revirivueltas y anfibologías sonoras, tan artistas y no más ni menos que el ingenuo Haydn, el pulcro Mozart ó el genial y sencillo Bach, sobrio de efectos y tecnicismos...

Guillermo, en el silencio extático que imponía la música, mientras escuchaba las supremas exquisiteces de la *Sinfonía fantástica* de Berlioz, miraba... sin ver, á las aristócratas de los palcos, que perturbaban su alma de adolescente un poco provinciano aún.

—¿Cómo amarán esas mujeres?—pensaba Guillermo—. ¿Qué cosas dirán esas bocas perfumadas á esos hombres de frac y de monóculo, elegantes y pulquérrimos, que les hablan al oído, casi rozando con los enhiestos bigotes insinuantes la pompa rosada del seno triunfal, prisionero entre encajes y gasas?...

Había una, sobre todo, en el segundo palco-platea, que le entenebreció la noche. Era alta y arrogantísima, á lo que se dejaba presumir por su postura sedente; iba vestida toda de negro, con un tra-

je brillante de raso, que en la calle debía de ser susurrador como un bello poema... Tan enlutada, tan esbelta, con un escote moderado, que sólo dejaba adivinar la dulce concavidad donde se dividen las dos arcas de amor y de vida, era la imagen exacta de la Dama de las Camelias (¡las llevaba prendidas al seno!)... Luaces, muchacho de lecturas extensas, si no muy digeridas, viendo aquella mujer sombría y esbelta, con negros ojos de pasión y rojos labios de placer, pensó en Margarita Gautier.

A su lado estaba un Armando Duval de pacotilla, pues de fijo que en lo espiritual sería un rufián aristocrático, codiciador de la rica dote que había de conllevar la muchacha, á juzgar por las alhajas que la pulimentaban y completaban. ¡Qué despreciable le pareció Lolita Martín á Guillermo, después de contemplar á la encantadora Margarita Gautier de la platea, más bella por lo desconocida y por lo soñada!...

La música le llevaba lejos de su ambiente, ambiente mezquino y sórdido, de su mundo de todos los días, de las insoportables regañinas de Mazón y de las insufribles comidas de doña Puri, la patrona... Guillermo, sintiéndose un poco filosófico, quizá por el influjo de aquella música (que tenía tanto de filosófica como de artística), pensaba que, al fin, mientras subsista el Arte, no hemos de desazonarnos y entristecernos por las miserias de nuestra vida cotidiana.

—Heráclito, el lloramicón filósofo de la Grecia—pensaba—, fué poco ecuánime y moderado... A vivir veinte años más (porque sin duda murió demasiado pronto), hubiera acabado por tomarlo todo a chacota y pasar la existencia en holgorio perpetuo... Era más razonable Demócrito riéndose de todo... La vida no vale la pena de que nadie se tome enfa-

do y desasosiego por ella. Los hombres no merecen siquiera una sonrisa, y menos una imprecación, un apóstrofe, una blasfemia, una injuria ó una queja... apenas un bostezo y un encogimiento de hombros... A medida que se va viviendo, se va uno acorazando con la armadura del estoicismo... Con música y amor..., pero amor de platonismo y de ensueño, que no necesita recurrir á la áspera materialidad para satisfacerse y que, por lo tanto, no proporciona disgustos ni acaba en hastío y desazón de ánimo... la vida está completa... La música cura todas las heridas que causa la mala hembra traidora y canalla que llamamos la Vida... ¡Todo vuelve y muda—seguía pensando Guillermo, que miraba cada vez más á la Margarita Gautier de la platea—y quién sabe si del mismo modo que ahora envidió á los aristócratas de los palcos, que hablan con esas mujeres tentadoras, flores cultivadas de una civilización superior, de aquí á pocos años, cuando yo me encuentre ahí en una platea, vestido de frac, diciendo ternezas á una damisela lujosa, envidiaré á un modesto y tímido estudiante como yo soy ahora, que esté en el paraíso con su modistilla al lado, pensando que él será feliz, mientras yo estaré consumido de tedio, al lado de esas mujeres elegantes que hoy yo quisiera poseer por un minuto al menos, para saborear todo el tibio regalo de sus besos y la fragancia de sus trajes, y el hechizo de sus risas, y la exquisitez armoniosa de sus suaves palabras!...

Entretanto, la orquesta abordaba las notas valientes y claras de la segunda parte de la *Sinfonía fantástica: En un baile*, acabada la primera: *Ensueños y pasiones*. —¡Ensueños y pasiones como los míos!—pensaba Guillermo, y le parecía que la música, dislocada y sinuosa de Berlioz se le entraba

alma adentro y acompañaba al tumultuoso griterío de las voces de la ambición y del sueño del porvenir que resonaban en su espíritu... El era un atormentado también, como aquel Berlioz, el amigo invariable de Enrique Heine, que no le abandonó ni á la hora de su muerte, por lo que mereció oir al bardo alemán la frase punzante de ironía y de amargura, de cariño para Berlioz y de desdén para los demás, que no venían á asistirle al pie del lecho: *Toujours originel, ce Berlioz!...*

Aquella música atormentada y atormentadora; aquella música que es el primer intento de música satírica, música en la cual son citadas á juicio teologías, historia, mundanidad; aquella música que á Guillermo se le representaba como una sincrética amalgama de quejas, sollozos, blasfemias, amenazas, rugidos, clamores, ruegos y súplicas; aquella música que era un *lied* de Heine, de los más acerados y mordientes, tenía un solo momento tranquilo y suave, un tiempo de paz y de dicha soñada: el tiempo del baile.

El estudiante veía también un salón aristocrático donde se celebraba un baile solemne; quizá, para mayores atractivos de misterio, un *bal masqué*. Allí conocería Guillermo (¡ay, que acaso no la conocería jamás!) á su ideal, á la mujer soñada en los días de adolescencia, que no encontraba ni entre las inquietudes de la probable y entrevista seducción de Matilde, ni entre los difusos platonismos que sentía hacia María Luisa, ni en el enfangamiento del concubinato con Lola.

Allí habría de encontrar él, cuando su carrera terminada y su brillante posición le abriesen las puertas del gran mundo...; allí habría de encontrar el amor imposible hoy por hoy. Porque, ¿cómo había de granjearse ahora el amor de una de aque-

llas elegantes de los palcos, con su traje modesto de estudiante y su peculio que sólo le permitía ir á *gallinero?...*

En un palco principal, estaba otra mujer de media edad, enlutada también, con un escote más amplio, que dejaba adivinar un seno más abundante que el de la Margarita Gautier de la platea... Una sonrisa indefinible y, si puede decirse, lejana—como recogida de otro mundo distinto—, vagaba por sus labios al escuchar la música de Berlioz. Esa mujer se parece extraordinariamente á *La Gioconda* de Vinci, pensó Guillermo. A vivir en ese mundo aristocrático, ¿cuál de esas dos mujeres misteriosas é incitantes habría clavado la rueda de su fortuna?... Sus brazos tornátiles, en grata desnudez, sus senos de rosa y oro, sus ojos oscuros, prometían un paraíso de goces... ó, por lo menos, las más felices horas de la vida en alcobas recónditas y suntuosas, los sitios de la tierra que más se asemejan al paraíso perdido por nuestros primeros padres y que pueden dar á los hombres la idea más aproximada de la felicidad...

A Guillermo parecían aglomerársele en la cabeza las múltiples luces del coliseo y los perfumes excitantes que flotaban en la sala, procedentes de tanto lindo y bien cuidado cuerpo femenino como allí se reunía. ¡Oh, qué encanto sería aspirar aquellos mismos perfumes y ver aquellas mismas mujeres, flores supremas de civilización, en un parque ducal ó en una sala elegante, rindiéndose á los dulces vaivenes de un vals ó enlazándose en la mareante cadena de un rigodón, acaso con un antifaz en el rostro y el cuerpo gentil entallado por un dominó blanco!...

Una mujer extrañamente perversa en su apariencia y angelicalmente buena en su fondo, que des-

pertase en el teclado de su alma dolores y alegrías, lamentos y risas, adormecidos desde la adolescencia en el teclado de su alma, esto era lo que Guillermo deseaba y presentía... mas para una época tan remota y distante que se borraba entre nieblas futuras. Un encantamiento le poseía oyendo aquella música bruja, hechicera, que tenía algo del espíritu de Berlioz, fantástico y realista, soñador y desencantado, escéptico y á la vez idealista, como el de Heine.

Acababa el concierto y Guillermo cogió del brazo á Lolita, que le invitaba á pasar la noche con ella... La rechazó bruscamente y la dejó á la vuelta de casa, porque aquel trozo de la *Sinfonía fantástica* de Berlioz le recordaba ciertos valses... ciertos valses tristes, oídos á la banda municipal de Llanada, en la época felizmente dolorosa en que él estaba enamorado de Carmen Roldán.

VIII

Tarde de toros y de sol, que recordaba á Guillermo las tardes melancólicas de Llanada, en que el sol parecía un irónico comentario puesto á la miseria del suelo infértil y de las almas ruines...

Tardes de sol y de jaleo popular, tardes esplendorosas de abanicos rojos y de mantillas blancas, en que Carmen, la gitana, se exhibía en su palco, dominadora como una reina, con sus negros ojos infernales y su encendida boca, paraíso de ignotas delicias...

Tardes de sol y de cielo azul, en que los escasos

coches particulares y los tres ó cuatro vehículos de alquiler—perennemente estacionados en la Plaza Mayor—corrían carretera de Alarcos adelante, bajo la caricia flagelante del sol ardiente y entre polvaredas cegadoras... Tardes de alegría en que el alma parecía embriagarse á sí misma con el sol, el polvo, la belleza de las mujeres, los claveles rojos—y los resoplidos desafinados de la Banda del Hospicio, interpretando un pasacalle...

Matilde Rey, más bonita que nunca en aquella tarde—memoranda en la historia de Guillermo—se prendió el mantón de Manila, floreado y vistoso, azul, con dibujos crema, á su cuerpo flexible de manola y se colocó un manojo de claveles blancos y bermejos sobre el seno turgente.

Tomaron un coche en la Plaza del Progreso. Iba Matilde *descacharrante*, dijo Guillermo, con fraseología de barrio bajo. Las mujeres le miraban á él con envidia; los hombres clavaban en ella sus ojos ardientes de deseos...

Guillermo evocaba las parodias taurinas á que había asistido y contribuido en Llanada. En la calle de la Paloma estaba la casa donde residió dos años Guillermo. Era un caserón de color ocre, sórdido y desmantelado como un castillo en ruinas... Un enorme patio abría su boca de caverna desde el umbral. El patio era ancho, cuadrilátero y empedrado de guijarros menudos, formando dibujos extraños que no daban idea de ninguna figura geométrica... Sobre el patio se erguían las galerías de la casa, enormes pasillos destartalados y de piso ondulatorio, con ventanales anchos de cristalería, á trechos blanca, á trechos colorida, predominando el azul y el rojo. Estas galerías sustentábanse en toscas columnas de piedra que daban al caserón, por el lado del patio, un aspecto conventual.

Los compañeros de bachillerato organizaban muchas tardes, en casa de Guillermo, corridas de toros, que eran el frenesí de chicos y grandes en la población, la cual delataba su proximidad á las provincias andaluzas con esta taurofilia fervorosa. Una tarde se dió una corrida que traspasó los límites de lo normal y ordinario y revistió insólitos caracteres de solemnidad.

Fué llamada á presidirla Carmen, que vino esplendorosa, con mantilla blanca y claveles rojos detonando en la cabellera de ébano y cerca de la nítida garganta... Generalmente, aun para las corridas de media gala, como si dijésemos, que se daban allí—remedo de las patosas novilladas de la plaza de verdad... que á veces parecía de mentirijillas por las mamarrachadas que se consentían—, para estas corridas-caricaturas, maquinadas por aquellos adolescentes, solían buscarse espectadores voluntarios y espectadoras agraciaditas de doce y trece abriles, que honrasen y diesen tono de corrida formal á aquel juego casi serio...

No era empresa difícil atraer á estas gentiles sirenas, que comenzaban á asomarse á la vida de sociedad y deseaban tener ocasión de saborear las vanidades de las fiestas, siquiera fuesen familiares y sin trascendencia. Acudían con sumo gusto á actuar de presidentas, gozándose ya prematuramente en los futuros triunfos que les presagiaban su belleza ó su simpatía. Las que se mantenían confinadas á los rincones del patio, en calidad de simples espectadoras, quedábanse algo contristadas por aquella humillación.

Pero en aquel solemne día, la fiesta revistió un carácter épico é infortunadamente trágico. Carmen vino á dar un sello de elegancia y de seriedad á la fiesta; ella era la persona mayor y, además, la

persona más linda del cotarro semi-juvenil. Estaba soberana de guapeza aquella tarde...

En el patio se había levantado una especie de andamio, clavado y armado por las hábiles manos de Ramoncito Medrano, hijo del Director del Instituto, que tenía más aficiones á la ebanistería que á la química, con la cual andaba á vueltas en aquel curso desdichado... desdichado para él como todos los cursos, que sólo sacaba á flote por el desatinado nepotismo imperante en el primer centro docente de Llanada. Tampoco era precisamente un águila el papá de Ramón, que salvaba á su hijo del naufragio. Don Carlos Medrano, progenitor de Ramoncito, enseñaba agricultura, más bien empírica que teóricamente. Algo más sabía de manejar un arado que de explicar sus propiedades. Con todo, ejercía el alto cargo de Director del Instituto gracias á la vara alta que tenía con el conde de Cañete, eximio diputado rural y dueño de la riqueza inmueble de media provincia.

Compañeros de clase, Ramón y Guillermo eran también camaradas de juegos. No había función infantil de teatro que no concertaran juntos, ni corrida de toros de mentirijillas que no realizaran en combinación. Aquella tarde, la fiesta taurina fué más solemne que de costumbre. El toro era un ternerillo inofensivo, que á Guillermo le tocó matar. Brindó la muerte á Carmen que, emocionada, le arrojó desde el palco presidencial el ramo de claveles que llevaba en el seno. Mató al torete de un pinchazo—media lagartijera casi casi—; animado y lleno de bravura por los ojos llameantes de Carmen, que ardían con una lujuria bárbara... A los pocos días fué cuando Carmen, que amaba ante todo al hombre *macho*, sanguíneo y bravucón, concedió relaciones á Guillermo...

Ahora recordaba el estudiante con nitidez torturante este episodio luminoso de su adolescencia. Cuando entró en la plaza, con Matilde al lado, iba embriagado de recuerdos y de pena. La plaza, inundada de luz y de caras bonitas, le producía amargura. Se comenzó á poner mustio y fastidioso, como solía ocurrirle en todos los espectáculos públicos donde se reúne mucha gente y hay mucha alegría ruidosa, de esa que inspira repugnancia á las almas selectas.

Al ocupar su puesto en la delantera de grada, Matilde dijo:

—¿Qué, rico, ya tenemos la murria de siempre?... Yo no sé qué te pasa á ti, que, en cuanto entras donde hay diez personas reunidas, ya te quedas alicaído...

—¿Qué me va á pasar, hija mía?... Que me aburre la gente...

Fijó la vista en derredor y vió un poco más abajo, en la andanada, á María Luisa, la gentil casadita de la calle del Rollo, de quien andaba enamorado Guillermo desde aquella noche memorable en que se la presentó Antoñita, la menuda y pizpireta novia de Paquito Mazón.

La historia de María Luisa era bien triste. Tenía veinte años y representaba treinta, con su semblante delicado de rubia fina, macerado por el sufrimiento; un sufrimiento más doloroso porque consistía en la ausencia del goce. María Luisa era modista y había sido compañera de taller de Antoñita. El ansia de una vida más cómoda que la vida penosa de los obradores la había inducido á casarse lo más pronto posible con el primero que seriamente la habló. Todos sus novios, desde los quince años (edad en que ya estaba hecha una real moza, prez del barrio de Puerta de Moros donde había

nacido) eran estudiantes falsos, pródigos en hacer promesas y parcos en cumplirlas. Odiaba á los horteras y nunca había tenido novio alguno de este jaez. Los estudiantes la dejaban plantada invariablemente al terminar el curso. Ella, realmente era una gran hembra, pero un poco sospechosa con su aspecto aparatoso de chulona... Y, además, ellos estaban destinados á las niñas ricas de sus pueblos, qué las familias les reservaban como oro en paño para el día en que terminasen la carrera. . Resultó que María Luisa había tenido á los diecinueve años veinticinco novios, casi todos guapos, elegantes y ricos, ó, al menos, de buenas familias provincianas; muchachos que gastaban un dineral en el billar y en tomar café en casa de Candelas. A todos les había echado el anzuelo, pero ninguno había picado...

Verdad es que la familia, que suele ser el factótum en las relaciones amorosas formales, no le ayudaba gran cosa. Su padre se había casado en segundas nupcias, á la muerte de la primera mujer, con una chulona desgarrada, una barbiana de trapío, pero de poco juicio, oriunda de la mismísima calle del Bastero... María Luisa, que no había conocido á su madre, muerta la pobre al darle á luz, sentía repulsión hacia su madrastra, que la había tratado, desde niña, con rabia, dándole fuertes azotinas, y de mayorcita, con despego, preocupándose solamente de que trajese á casa el jornal íntegro del taller.

Cuando fué oficiala adelantada y ganó ya sus tres pesetillas (¡caramba, lo suficiente para mantener á una familia decorosamente!), sintió la necesidad de protestar, se despertó en ella la rebeldía de su alma de chula, y quiso libertarse de la esclavitud de aquella madrastrona, que nunca la llevaba al

teatro y jamás le dió diez céntimos para una cinta. Todo tenía que hacérselo ella con los retazos de blusas y faldas que podía apandar y sisar en el taller, y sólo así llegó á ir bien trajeadita.

Había un solo medio de redimirse de esta servidumbre: casarse. Como los estudiantes, locuaces y jaraneros, no «entraban por uvas», María Luisa se resignó y se casó con el primero que la habló formalmente de matrimonio y que, á los cinco meses de relaciones, pidió la mano á su padre.

Era un pobre hombre, un Juan Lanas, de físico desgraciado, y, para colmo de irrisión, manco de los dos brazos. No era un Antinoo ni un Lovelace precisamente, el buen Saturio Cruz; pero era hombre serio, formal, madurito—unos treinta y cinco años largos de talle—, y, sobre todo, bien instalado en la vida. Había hecho una regular fortuna en un almacén de cereales que tuvo durante mucho tiempo en la Plaza de Puerta Cerrada, y ahora, al casarse, había querido retirarse del negocio traspasando el almacén. ¡A vivir cómodamnte, cortando el cupón todos los trimestres en el Banco, con una esposa guapa! ¿Qué más podría apetecer un hombre de baja extracción, sin ambiciones de lujo? Su fortuna le daba, si no para una vida opulenta, para un holgado *modus vivendi*.

Pudo vestir de sombrero á su señora (¡cómo se inflaba el buen Saturio al pronunciar pomposamente ante sus amigotes esta mágica frase que le daba tanta respetabilidad: *mi señora!*); mas, por acuerdo mutuo, prescindió de esos gastos superfluos. María Luisa había conservado instintos chulos y afición al ambiente de pueblo bajo en que había sido educada. También conservó amistad con todas las antiguas compañeras de taller, entre las que distinguía con singular predilección á Antoñita, la no-

via de Paco Mazón. Otras aficiones conservó que no hubieran sido gratas á los ojos del ex-almacenista: la afición á los estudiantes. Centuplicóse esta afición á los muchachos ricos y vanidosos cuando comprobó, inmediatamente después de sus bodas, ¡y tan inmediatamente!, que el marido *no hacía cuenta*... y que no sólo era tullido de las extremidades superiores, tan útiles para el trabajo manual, sino también de otros miembros más ocultos y más característicos de la virilidad, así como indispensables para la conservación de la especie...

María Luisa, al darse cuenta de aquel fraude poco piadoso, quiso protestar, chillar y hasta habló, en íntimos coloquios con Antoñita, de divorcio y otras cosas graves; pero comprendió que comprometía su mantenimiento, su porvenir y su posición decorosa... y optó por callarse, resignada en apariencia. El tiempo se encargaría de curar aquella herida y de darle ocasión de burlar al esposo deficiente, que de tan infame modo le había burlado á ella en sus sueños eróticos de chula cálida...

En cuanto encontraba oportunidad de conocer á un estudiante, que fuese muchacho rico, elegante y simpático, le solicitaba con avidez. Antoñita, que conocía los resortes psicológicos de María Luisa, habituada á su intimidad picante, cuando eran solteritas las dos y poco asustadizas de suyo, aprovechó la coyuntura de conocer á Guillermito Luaces, compañero de hospedaje y el mejor amigo de su Paco, para presentárselo á la gentilísima rubia de la calle del Rollo.

María Luisa inició con Guillermo, en cuanto se percató de que había impresionado al muy impresionable joven, un tiroteo de miradas y sonrisas, que le volvieron los sesos caldo al pobre chico. Parecía como si con el tormento de sus coqueterías,

al parecer inútiles, al menos *por ahora*..., quisiese desquitarse de los desdenes que la habían infligido, abandonándola, otros compañeros suyos, estudiantes truhanes y vanidosos como él...

Aquel día, en la plaza de toros, á pesar de la proximidad del sórdido cónyuge, fué tan recio el tiroteo de miradas insinuantes y lascivas, que Guillermo, embebido en contemplar á María Luisa, no hizo caso de Matilde en toda la tarde.

IX

—¿A dónde vas, Guillermo?—le preguntó Juanito Marco, que les dió alcance en el Viaducto.

—Aquí voy con la nena hacia la cripta de la catedral; estamos invitados á un concierto exclusivamente para nosotros. No puedo decirte que nos acompañes porque no me creo autorizado...

—¿Se trata de una fiesta íntima, eh?

—Completamente. Un delicioso vis-á-vis musical con el soberbio pianista Fermín Ojanguren...

—¡Ah, el papá de Santiaguito, el discípulo de Paco Mazón!...

El mismo. Sólo estaremos ahí dentro... y por cierto que ya nos estarán esperando don Fermín, Santiaguito, el constructor del órgano y el susodicho Mazón...

—Muy bien. Que se diviertan ustedes mucho. Abur...

—¡Ah, hombre, espérate! Antes de marcharte, quiero que conozcas á mi novia: Matilde Rey...

Juanito Marco, mi condiscípulo y compañero de Facultad hasta el año pasado, que dejó el bisturí por los pinceles

—Tanto gusto—saludó, inclinándose reverente, el vivaracho Juanito, todo ojos y gestos...

—El gusto es mío—agregó, tímida, Matildita...

Se despidieron ante una valla pintarrajeada de listas azules y blancas que indicaba en un letrero: *Entrada á la cripta*... La movible figura de Juanito, menudo, alegre y ágil, se perdió entre la abigarrada multitud que, á las seis de la tarde de un domingo madrileño, puebla la Plaza de la Armería. Juanito parecía un maestro de baile por su vivacidad de gestos y ademanes. Tenía una interesante figurita de niño boquirrubio; y se prendaban de él con facilidad esas damas obesas y maduras que revisten sus pasiones de cierto aire de maternal protección, sin notar, en su desaprensiva sensualidad, que traspasan los límites del amor casto para dar en los tortuosos laberintos del incesto; damas que pisan mucho las losas heladas de las iglesias, y, después de arrodillarse ante los confesonarios oscuros, donde ciertos sacerdotes jóvenes les dan la impresión del macho virgen y rudo, mareándolas con el acre aroma del tabaco mascado y de la virilidad en barbecho, salen á las calles ruidosas, ebrias de sensualidad como bacantes antiguas, y buscan á un jovenzuelo débil y lindo para saciar su sed inagotable de caricias. Entre esas rosas más que otoñales, casi decembrinas, Juanito Marco «hacía furor»; y le gustaba jactarse de sus conquistas matroniles en los festivos cafés del centro, que frecuentaba con asoladora asiduidad.

—¿Qué cuentas hoy de nuevo, Juanito?—le preguntaban los amigos al entrar.

—Chicos, ya veis, no se puede ser guapo—comen-

zaba á perorar el jactancioso chico...—Una mujer estupenda...

—¿Y qué? ¿Ha habido conquista?...

—Naturalmente. Vengo de acostarme con ella. Una jamona opípara. Cuarenta y dos años...

—Cuarenta y dos hijos—solía interrumpir un bromista.

—No, intacta y virginal como brotó del seno de su madre.

Una carcajada sonora y brutal comentaba esta fanfarronada inocente.

—¿Y qué más?... Mucho juego de caderita, ¿eh?

—Claro está. Un banquete de lascivia... Ojos rasgados...

—Todo rasgado. Entendido—glosaba Paquito Mazón.

—Ojos rasgados, boca grande, de lujuriosa, pelo como la endrina...

—... y mucha pestaña, ¿verdad?—agregaba Mazón.

—... y más pupila—comentaba otro.

—Y de numerario, ¿qué tal?—interrogábale alguno.

—Ya veis, cuando me la encontré, tenía diez céntimos justos y cabales... y ahora tengo diez pesetas ó pelas, que decimos los chulos...

Y tecleteaba con sus dedos finos de artista, cuajados de sortijas baratas, sobre el bolsillo inferior derecho del chaleco. Arrogante, calavera, metía las manos entre las aberturas de su chaleco azul de fantasía, y tarareaba un aire de zarzuela, al que hacían coro los concurrentes:

...El buen señor
es un conquistador...

—¿Y dónde has realizado esa conquista maravillosa?—preguntaba Mazón.

—En la calle de Lavapiés. Iba yo muy distraído, cuando observo que por la acera de enfrente caminaba una hembra espléndida...

—Y tan espléndida... Pocas son las que dan diez pesetas encima del favor...—susurraba Mazón.

—La miro. Me mira. La sigo. El tiroteo de miradas suyas arrecia. Mis ojos responden, como es lógico. Al llegar á la plazuela de Antón Martín, me acerco. La hablo. Me contesta. Me dice que le soy muy simpático. Me ruborizo. La llamo gitana, sandunguera, preciosa. Le toca el turno de ruborizarse á ella. Pensamos en tomar café juntos. Acepta la invitación, telepáticamente presentida. Me mira tiernecita con sus negros ojos gitanos... La fascino, la electrizo con mis miradas cargadas de magnetismo... En el café de Zaragoza la susurro al oído palabras bonitas. Se deshace, se derrite. Sus pomposos pechos rozan mi brazo. Sus piernas escultóricas buscan las mías por debajo del velador ¡gran alcahuete!... Misteriosamente la hago una indicación de que no llevo dinero suelto encima... Ni debajo, claro está... Pero agrego que mi cartera está repleta de billetes. Esta estrategia me da siempre resultados excelentes. Saca su monedero y coloca sobre sus muslos de estatua, adivinados bajo la negra falda de estameña, una moneda radiante de dos pesetas. «No te molestes en cambiar... y quédate con la vuelta»... Su mano oprime mi mano... Su boquirrita me dice ternuras deliciosas. Pago, es decir, paga... Salimos embriagados de amor. La aprieto el brazo robusto y carnoso... Me mira con aire protector, porque me lleva la cabeza... Y aquí me tenéis... que en la calle de Santa Polonia ya era mía...

—¡Olé los niños bonitos!...—gritaba el grupo al unísono.

—No se puede ser guapo, no se puede ser guapo—

contestaba Juanito, con dejo monótono, en actitud interesante de callejero Don Juan...

Todo esto, muy en síntesis, le contó Guillermo á Matilde, mientras bajaban las caracoleantes escaleras de la cripta. Las resonancias del órgano gigante cortaron la conversación de los enamorados.

—Vamos, pollitos, ¡qué poco puntuales son ustedes!...—clamaron á una voz los reunidos allí, don Fermín, Santiaguito, Paquito Mazón y don Antonio Martínez, el gran constructor de órganos.

Saludaron respetuosos los amantes. El eco devolvía las voces con sonoridad majestuosa á través de la solitaria cripta, bosque de piedra, selva magnífica de columnas gallardas, que daban aire de mezquita á aquel comienzo de catedral católica. La voz musical y halagadora de Matilde repercutía más doliente y más quejumbrosa en el sonoro silencio de aquella catacumba moderna. Severa, sencilla, grandiosa, la cripta entrelazaba sus columnas innúmeras con un arte que imponía y embelesaba á la vez. En el extremo, el órgano, brillante, recién barnizado, macizo, elegantísimo, ofrecía sus tubos metálicos lisos y claros, sin un adorno churrigueresco, sin un detalle de mal gusto.

El genial pianista se sentó en el banquillo, ante la caja del órgano, sobria y austera como un estrado ó como una cátedra, y de los tres teclados relucientes del polifónico instrumento brotaron graves, pausadas, rítmicas, las notas del magistral *Andante cantabile*, de Tschaikowsky.

El pianista, interesante con sus lentes redondos y su semblante inteligente, matizaba la pieza con un dominio mágico del instrumento y una sensibilidad exquisita de interpretación. Guillermo, emocionado, apoyándose en la baranda de mármol blanco, regia como una escalera palatina, escuchaba,

sintiendo en su mejilla derecha el suave roce de los cabellos de Matilde, sedeños y rebeldes, alisados por las ondas gentiles que daban á su cabecita un tan romántico desmayo de lirio mustio...

Y Guillermo, sentimental adorador de la música, y más de la música genial y espiritualista—como es la de este rudo eslavo que tenía en su alma moscovita la gentileza de un galantuomo italiano, la elegancia de un artista francés y la genialidad de un músico germánico—, pensaba que estos hombres de oro y de bronce, estos Beethoven, estos Schumann, estos Tschaikowsky, estos Wagner, estos Saint-Säens, estos Massenet, estos Grieg, estos Bach, estos Mozart, eran los únicos dioses sobre la tierra árida y los únicos vencedores de la vida triste, fea y sucia...

Guillermo se dejaba mecer por aquella música tierna y casta, que toma de la melodía italiana su suavidad insinuante y quita la frívola sensualidad, y de la ruda armonía germánica recibe la complicada expresión. La música del *Andante cantabile* de Tschaikowsky es, quizá, el *desideratum* de la música como arte que quiere disolverse en lo infinito. Invita á la renunciación, al despego de la vida, al ascetismo; y bajo sus notas susurrantes y suavísimas palpita un alma esclava de la materia que intenta romper sus lazos. Es música de país brumoso y triste, de cielo encapotado, de suelo estéril, de ambiente hostil. Es música de seres oprimidos en la tierra, que suben hacia el cielo por la escala de la armonía, que es también la escala del ensueño...

A Guillermo, que había oído el *Andante cantabile* á la Orquesta Sinfónica el año anterior—en una temporada de brillantez en que estuvo abonado á los conciertos del Real—, le pareció ahora esa obra maestra musical muy superior, interpretada en

aquel órgano magnífico; ¡triunfo de la industria moderna rendida á los pies del Arte, como un lebrel favorito á los pies de su dama!... y matizada por aquel pianista exquisito. En el ambiente eclesiástico de la gruta, las notas magistrales del genial músico ruso tenían más recogimiento, más unción, más misticismo.

Guillermo, en éxtasis, mecido en un sueño celeste, no veía ni escuchaba nada. Le parecía habitar un mundo superior, vivir otra vida menos oscura y brutal y necia que su vida verdadera de estudiante truhán... Contemplaba á los oyentes extasiados también, como él; comprendía que experimentaban las divinas sensaciones *suyas*, tan suyas como era suyo el traje gris claro que llevaba y el bastón de cerezo que sostenía en la mano. El Arte nos hace dueños de un mundo interior que nadie puede robarnos. ¡Y, sobre todo, el divino Arte de la música, cifra y flor de todas las artes, al lado del cual la Poesía nos parece una frivolidad de desocupados, la Pintura un juego de niños, la Escultura una diversión grosera de picapedreros y la Arquitectura un pasatiempo de albañiles un poco cultivados!...

Guillermo, oyendo la recia y dulce música de Tschaikowsky, se sintió como nunca humano, como nunca indulgente y amoroso con sus semejantes. Parecíale que los asistentes á aquel concierto íntimo eran monjes de una abadía laica que, despojados de todas las pasiones y ruindades comunes al resto de los hombres, vivían sólo para los puros goces del Arte.

¡Qué adorable le pareció Paquito Mazón, con su cara de fraile embobado, de ordinario tan chillón y nervioso, tan brusco en sus gestos, tan inelegante en su modo de proceder, á pesar de ser tan cari-

ñoso y buen amigo!... ¡Qué encantadores se le figuraron Santiaguito Ojanguren, de ordinario tan ñoño y tímido, tan escaso de palabra y tan encogido en el trato social!... ¡Hasta el craso y ridículo don Antonio, redondo como una bola de billar, bien cebado como un cochinillo destinado á la matanza, con sus bigotes ásperos de carabinero, sus sortijas detonantes y rabiosamente rastacueriles, parecía revestido de una fúlgida aureola de artista!...

Unicamente le pareció odiosa, detestable, Matildita Rey, que á su lado estaba, con los ojos entornados y el bonito semblante encendido, como si estuviera sumergida en un baño de sensualidad. En aquel momento la aborreció; le parecía una bestia bien alimentada, probablemente muerta para los placeres del Arte, solamente asustada de lo que veía á su alrededor, como cosa nueva é insólita para ella, de fijo inconsciente en aquel instante, y sin sensibilidad para la música; ¡ella que tenía los nervios siempre en tensión para el placer sexual y la sensibilidad irritable al menor contacto del hombre, del macho!... ¡Oh, qué sin alma y qué grotesca y qué fea vió en un momento á la pobre muchacha plebeya, ineducada é ignorante, que sólo sentía vibraciones de goce con las canallescas notas de los tangos callejeros y de los *couplets* de zarzuelas ínfimas, que suscitaban en ella sucias impresiones de bailes obscenos, en que los cuerpos se juntan con pegajoso abrazo sensual!...

Acabado el maravilloso *Andante cantabile*, los concurrentes felicitaron con efusión al pianista.

—Bravo, don Fermín, soberbio, magistral, insuperable—gritaba el craso don Antonio, queriendo agotar los adjetivos del diccionario castellano.

—Estupendo—vociferaba Paquito Mazón con su voz de contralto.

—Un prodigio... un encanto... mucho mejor que en la orquesta... Nunca me ha emocionado tanto una obra musical—comentó Guillermo, realmente emocionado, casi balbuceante la voz.

—Muy bonito—agregó Matilde con timidez.

X

En Viernes Santo, después de la procesión abigarrada y sin color (porque se lo roba el gentío agrupado), después de recorrer calles vanamente, presa de un hastío que le mordía el alma con la voracidad de una bestia feroz, Guillermo entró en la vasta iglesia de San Cayetano, sombría y recogida como una catedral. Por la pina calle de Embajadores, á esas horas en que el cielo palidecía lentamente, apenas transitaba nadie. Guillermo bajó melancólico, abatido. Penetró en la iglesia, subiendo los escalones que dan acceso á las gigantescas verjas de hierro, abiertas de par en par en aquel día memorable para los cristianos.

Penetró Guillermo paseando la mirada errática por el silencioso y sombrío recinto de la iglesia parroquial, el más típico templo de los barrios bajos. Chulas desgarradas con mantones y pañuelos encuadrando la mate palidez del rostro bisbiseaban al lado de los confesonarios. Un olor á incienso flotaba en la tristeza de la iglesia, más entenebrecida por el llamear oscilatorio de los candeleros erguidos sobre el tenebrario. Mezclado con este aroma suave y dulzón—aroma monjil—vagaba un acre olor de tabaco. Eran pestilencias emanadas de las cigarre-

ras que acuden desde la próxima Fábrica de Tabacos.

Parecióle á Guillermo que su tedio se adormecía en la quietud balsámica de la iglesia. Un sochantre entonó una antífona: *Populus meus*... Su voz resonaba lúgubre en el silencio imponente del templo, sólo cortado por el estridente bisbiseo de las devotas y por el ronquido de las carracas que agitaban unos chiquillos arrodillados sobre las gradas del presbiterio, con un rumor confuso de avispas en libertad...

Guillermo se sentó en una silla y comenzó á recapitular en sus amores con Matilde Rey. Era desatinado el camino que llevaba. La pobre nena, sumisa y dulzona como una ovejuela, caería en cualquier ocasión propicia, cuando el amante quisiese, cuando la boca palpitante de besos se agarrase con fiereza de tentáculo á la boca encendida de Guillermo, cuando sus brazos se crispasen sobre él, nerviosos y martirizadores... ¡Oh, la divina inquietud que había dejado en su mente el roce del pelo sedeño sobre sus mejillas encendidas!... ¡Y el desasosiego del primer beso tembloroso y tímido, apenas devuelto, pero recibido con emoción!...

Mientras pensaba todo esto, el muchacho fijó la vista, como al descuido, en los bancos cubiertos de paño negro que formaban un cuadrilátero en medio de la iglesia. Y allí, con extrañeza, vió sentada en el extremo de uno de los bancos á María Luisa, la rubia gentil de la calle del Rollo. Estaba bellísima en su «deshabillée» casera, que la ruborizó un poco ante el enamorado, cuyo rendido fervor temía desencantar.

No le desencantaba, no, al enamorado, aquella ingenua «deshabillée», que parecía revelarle algo de la picante intimidad de María Luisa. En aquel mo-

mento, la creía más suya, más entregada á él; se le figuraba que el esposo triste se había muerto y que él saboreaba ya las delicias de la vida en común con la rubia encantadora.

Terminaban los oficios de tinieblas, tan arcaicos, tan solemnes, tan místicos, con su fúnebre liturgia que nos adoctrina en el renunciamiento á la vida. Unos presbíteros roncos y torpes dejaron de salmodiar en el coro los trenos pesimistas de Jeremías. Apagáronse trémulos los dos últimos cirios colocados á derecha é izquierda del tenebrario, y las carracas, disonantes y estrepitosas, comenzaron á mover su infernal algarabía. Sonaban como un sarcasmo aquellos joviales y plebeyos sones entre la imponente tristeza del templo en tinieblas. Guillermo no veía á la rubia en aquella tenebrosidad momentánea, pero le parecía escuchar cerca de él su suave voz, musitando jaculatorias melifluas, más suaves que los tremendos versículos destrozados por los presbíteros en un canto-llano inarmónico y rudo. Salió al atrio.

—Buenas noches, Guillermo—musitó, algo azorada María Luisa, cuando se encontraron en el pórtico de la iglesia.

—Buenas noches, María Luisa... ¡Qué bonita está usted hoy!... Y usted, doña Rafaela, ¿qué tal sigue?

—Bien, ¿y usted, Guillermito?

—No me diga eso—replicó María, después del paréntesis de urbanidad...—Precisamente vengo hoy de cualquier modo... Como estaba en casa...

—Sí; no sabíamos qué hacer y dijimos: Pues vamos á San Cayetano, á las tinieblas—corroboró la dueña, protectora.

—Con ese mantón negro y esos ricitos rubios está usted descacharrante—arguyó Guillermo.

—Pero, hijo mío, quite; si vengo despeinada y todo—repuso María.

Doña Rafaela echó por delante y quedaron los dos jóvenes solos, oprimidos en la complicidad de la acera angosta y muy transitada. Guillermo sentía en el codo la suave presión de unos pechos opulentos, prometedores de una maternidad augusta, que el torpe y triste marido, sin brazos y sin alma, no había sabido suscitar.

La figura menuda y vivaracha de doña Rafaela caminaba delante como un jilguerito. De vez en vez volvía atrás la cabeza, penetrada de su papel de alcahueta de aquellos ilícitos amores, de mamá complaciente y dulzona.

Guillermo pensaba en que aquel tocado de María Luisa—matinal á pesar de la paradoja de la hora—la embellecía más. Una vibración eléctrica de sensualidad puso sus nervios en tensión. Aquel peinado de... despeinada le sugería horas de amor, del lánguido y dulce amor que sigue á los delirios eróticos. Le parecía que aquella postura de la cabeza de María Luisa era la misma postura de cualquier cabeza de mujer sobre una almohada nupcial—cabeza de bacante agitada por un frenesí de placeres—, y por un instante poseyó mentalmente á la chula de la calle del Rollo.

¡Oh, pensar que estas bellas mujeres estaban destinadas á esos hombres torpes y tristes que no saben de refinamientos de cariño ni de exquisiteces de emoción!... ¡A estos hombres que las condenan á la esclavitud de la cocina y de la calceta, cuando ellas habían nacido para ser reinas misteriosas y altivas de países encantados!... ¡Malditos hombres, yertos y sucios, que se posesionan de estas mujeres, *reinas de los tristes destinos*, frustradas princesas de una corte desconocida!...

¡Qué pena le daba á Guillermo imaginar cuán zafia y groseramente habría cogido el capullo de aquella rosa humana, el mutilado esposo de María Luisa!...

Para acallar estos pensamientos martirizadores que le taladraban el cerebro, habló Guillermo, y fueron sus palabras de ironía y amargura á la par.

—María, si usted supiese la rabia que le tengo yo á su esposo...

—¡Oh, no diga eso ni en broma siquiera, por Dios!... ¡Pobre hombre! ¿Qué mal le ha hecho á usted?...

¡Y había en el acento con que pronunció aquellas palabras: *pobre hombre*, un conato de rebeldía y de protesta contra su vida conyugal de mártir, de sacrificada, al mísero manco, que le hizo ver un tálamo y una noche de bodas y una luna de miel y un concepto del matrimonio muy distintos de los que ella había soñado en sus insomnios de soltera!...

—Pero, María—continuó Guillermo—, si no lo digo en broma... lo digo de veras... Lo digo de veras, sí... Le tengo un horror y una ira á su esposo...

—¿Por qué, hijo mío?—musitó, tierna.

—Porque me ha robado á usted... porque nosotros hubiéramos sido muy felices... muy felices...

Tembló la voz en la sorpresa de la revelación ya soñada por ambos y que, no obstante, hizo palidecer á María Luisa, quizá de emoción, quizá de miedo.

Y en aquel sueño de felicidad se adormecieron las almas de los dos amantes, que por primera vez lo fueron aquella tarde espiritualmente. Guillermo se imaginó todos los encantos de la vida conyugal con María Luisa y el supremo encanto de verla co-

tidianamente en esa «deshabillée» deliciosa que tan bien le iba.

Y recordó, por fácil asociación de ideas, que Matildita había salido el día anterior del taller así, despeinada y ojerosa, como si acabara de actuar en una orgía. El recuerdo le perturbó; porque la figura de la novia morena y palpitante de amor se le ofrecía aún con más eróticos contornos, ¡por más intacta y por más suya!... ¡Suya, sí, sólo de él!... En cambio, esta María Luisa, sugestiva y lagotera, era ya cotidianamente de aquel pobre esposo tullido, que habría libado en esa flor de carne sus ansias de miel sensual! ¡Oh, María Luisa, pobre sacrificada, que, sin un suspiro, sin una queja, había agotado su juventud en brazos de aquel pobre hombre!... ¡Oh, en brazos!... ¡Desdichada, que no podía pronunciar con verdad aquella frase amorosa, la más amorosa de las frases!...

Seguían andando, despreocupados del gentío locuaz y hostil que les miraba con curiosidad.

—María, esta mañana la he visto á usted por la plaza del Progreso.

—¿Sí?... ¡Ah, es verdad, á las diez salí sola á unas compras!...

—Si viera usted qué intenciones me dieron de acercarme y hablarla... ¡Estaba usted tan bonita!...

—Me hubiera usted comprometido... Por Dios, no se le ocurra á usted eso jamás... Y menos en estos barrios. Me conocen todos por aquí. He vivido tanto tiempo en la calle de los Abades...

—Sí, todo eso será muy cierto. Pero es tan difícil resistir la tentación...

—En eso está el mérito...

—Pero... es demasiado mérito... cuando ...

—¿Cuándo?...

—¡Cuando se quiere tanto á una persona como

yo la quiero á usted! — dijo Guillermo entre balbuceos.

Hubo un silencio terrible de estupor y de miedo ante lo inevitable, ante lo desconocido...

XI

Las comadres forman en los barrios bajos una especie de muralla de la China contra las invasiones del extranjero, algo así como un fielato moral desde el cual se fiscaliza la vida y milagros del que por allí penetra y se aventura, especialmente si él es señoritingo y enamorado.

Porque el tener novia, en los barrios bajos de Madrid, no da fama de conquistador y de Don Juan (salvo entre alguna descontenta ó amargada, romántica, en suma), sino que, por el contrario, liga y ata con vínculos irrompibles y hace del novio un sér aparte, clasificado, á quien ninguna muchacha mira, si no es con curiosidad. Frente al novio señorito de una chula elévase un conglomerado espiritual, una solidaridad comadresca, algo así como la Defensa Social, para libertar á los barrios bajos de los delitos amorosos, como hay la otra Defensa Social contra los atentados anarquistas. En el barrio de Cabestreros existía esta solidaridad, esta ramificación de la Defensa Social anti-donjuanesca, de la cual el bravucón y locuaz don Dalmacio Iglesias pudiera ser muy bien la perínclita señora Micaela.

Guillermo lo sabía bien y le amedrentaban las probables virulencias de estas arpías del mantón de chal.

Una mañana de Abril, en que tuvo dos horas de

vagar, paseó Guillermo por la calle del Tribulete con la intención de hablar á Matildita, que cada vez se le mostraba más zahareña desde la última entrevista. Adivinaba el estudiante que ella andaba deseosa de vérselas cara á cara con él; no fuera caso que llegara la época de exámenes y de emigración... Estuvo áspera la última vez, es verdad; pero ya él la pondría ahora más suave que la seda. «Estas chulas son así—se decía Guillermo á sí mismo—; un día leonas ó panteras y, á la mañana siguiente, ovejuelas mansas...»

Mas apenas hubo doblado la esquina de la plaza de Lavapies, y embocado en la calle del Tribulete, salió de una mondonguería cierta mujer monstruosamente obesa que le detuvo en seco. Era la señora Casilda, la portera del 12, una mole de carne, tan gruesa por arriba como por abajo, un pegote de barro sin moldear, horadado por dos cabecitas de alfiler que llamaban ojos y por una hendedura abierta en aquella cabeza-sandía, que quería ser una boca. La señora Casilda daba la sensación exacta de una morcilla, y las cintas del delantal que se corría por la cintura y que se anudaba sobre la más fofa, crasa y desvergonzada partija de su organismo, era el cordelito que suele dividir el sustancioso embutido en dos partes iguales.

La señá Casilda conocía mucho á Guillermo de verle pasar por la calle del Tribulete, pero jamás se había atrevido ó no había tenido ocasión de dirigirle la palabra... Aquel día, no pudo menos de desembuchar lo que llevaba dentro, y nunca mejor se pudo aplicar ese verbo que á la morcilluda dama...

—Joven—le dijo, como si siguiese una conversación consigo misma...— ¿No es verdad que mi yerno es un mozarrón que da envidia verlo? ¿Y no es

una pena que á ese hombre le falte un remo por obra de cuatro ladrones?...

Guillermo no se daba cuenta aún de la finalidad que tenía aquella afluencia intempestiva de palabrería, casi parlamentaria por lo abundosa, sino por la pureza y propiedad de la dicción. Pero la señora Casilda, como los grandes oradores, no se iba derecha al asunto desde el comienzo de su prolación, sino que bibroteaba por aquí y por allá y daba mil rodeos antes de arrancarse á matar...

—Ya ve usted qué pena de hombre, hecho por ahí un pingajo... Es un decir... Gracias á que tiene quien lo cuide como á un príncipe, que es mi hija... Su mujer, ¿sabe usted?... Que Dios se la conserve por muchos años... Es un decir... Y no se crea usted; que tiene dos cruces sencillas y una de seis riales la pensión...

—Vamos; menos mal que ha sacado algo en limpio, ha salido ganancioso—dijo Guillermo por decir algo.

—Pero, venga usted acá, hijo mío; ¿no es un dolor que ese buen mozo—porque otro mejor no pasea la calle, sin agraviar á nadie y mejorando lo presente?... Es un decir...

Guillermo, que no tenía pretensiones de Adonis, dió las gracias pulidamente, sonriéndose en su interior de esta deficiente cortesía del pueblo, que suena á hueco, como remedo incompleto de la urbanidad aristocrática; de estas fórmulas del *buen tono plebeyo*, que pone la dedadita de miel después de haber puesto la de acíbar; de lo cual era ejemplo esta parlanchina portera que, tras de haber sentado como hecho inconcuso que su yerno era el mejor mozo que paseaba por la calle, quería ponerse á bien con Guillermo agregando el hipócrita y convencional adagio: «Mejorando lo presente...»

—Pues ya ve usted, hijo mío—prosiguió la venerable matrona—; allá me lo llevaron, á Melilla, y cuando volvió no volvió igual que estaba... sino con una pierna de menos... Es un decir... ¿Le parece á usted? Todo por defender á cuatro grandes de España... á cuatro *lladres*, como dicen los valencianos. Es un decir...

—Ladrones, ¿verdad, señora, quiere usted decir?—dijo Guillermo, también por decir algo, actuando de intérprete de dialectos.

—Eso es. Los catalanes y los valencianos los llaman así. Es un decir... Yo he estado en Valencia tres años. Allí estuvo mi marido en el fielato...

Viendo que le amagaba toda una relación autobiográfica y hasta genealógica, Guillermo, que estaba nerviosísimo, moviéndose á un lado y á otro y no sabiendo dónde iba á parar todo aquello, cortó la divagación, comentando:

—No se apure usted, señora; ya llegará día en que nadie vaya á donde le manden esos *lladres*... No pasarán muchos años...

—¿Cómo?—preguntó la portera, aterrada, sin alcanzar aquellos requilorios socialistas (de un socialismo «herveísta» y no «bebeliano») en su menguado caletre de mujer de pueblo...

—Pues muy sencillo: que todos se negarán á formar parte del Ejército y á ir á guerras inicuas de explotación...

—Claro; si es lo que yo digo. Porque cuatro ladrones quieran robar á su gusto, allá, muy lejísimos, ¿se van á quedar sin hijos las pobres madres?... Es un decir... Antes, el nombre de ladrón era repuznante en toda España, hijo mío; ahora los ladrones son los que están en alza... Es un decir...

—Tiene usted razón, señora... Esto se va poniendo

cada vez peor—replicó Guillermo, finamente irónico.

—Sí, en verdad, hijo mío; todos esos señoritos que tanto bullen son unos ladrones de dineros ó de honras...

Comprendiendo que iba demasiado lejos, la tortuosa y maquiavélica señora Casilda se mordió la lengua, como reprimiéndose á sí misma, y agregó:

—No quiero decir que no haya señoritos muy decentes y muy buenos... Yo los conozco. Es un decir... Basta usted de muestra, que no se rebaja con hablarle como le habla á una muchacha de nuestra clase...

Guillermo se ruborizó un poco, sonriéndose; comprendió á dónde iban aquellos tiros y que aquél era el punto final, meta y término de la conversación...

—Hablaba—dijo con significativa y subrayada frase...

—Pero, ¿qué?... ¿Ya no habla usted? ¿Han reñido ustedes?...

—Sí, señora; hace lo menos mes y medio que nos enfadamos y no la he vuelto á ver...

—Hace usted mal... Es un decir... Y usted me dispense que yo me meta en esas cosas...

—Es usted muy dueña...

—Pues sí; hace usted mal, porque la Matilde le quiere á usted de verdad... y es una buena chica...

—Eso sí... Pero hemos reñido por disgustillos pequeños...

—Si yo lo comprendo, hijo mío... Es un decir... Una ha sido joven también y sabe lo que son los hombres y las mujeres cuando están de novios...

—Los hombres y las mujeres son la peor gente que hay en el mundo—comentó Guillermo, filosóficamente.

—Tiene usted razón—agregó la señora Casilda,

riéndose con grande estrépito, haciendo oscilar su enorme papada caída sobre el seno voluminoso y colgante...

—Sí, señora; nosotros somos muy malos y ellas, á veces, son muy caprichosas...

—Todo eso es verdad, hijo mío... Pero... es un decir... Una ya sabe lo que son estas riñas de novios... Nubes de verano... Es un decir...

—Ahora han sido de primavera...

—Pero eso pasa en seguida... Porque yo sé que la Matildita le quiere á usted... Es un decir... Un día la oí hablar con su hermanita... Sorprendí la conversación sin querer... estando yo en el patio del 7, que había ido á pedir agua á una vecina... Verá usted. Le oí decir á ella que la decía á su hermana... Dice: «Yo no puedo acostumbrarme á que Guillermo no venga por aquí... Yo le quiero mucho á ese chiquillo, como nunca he querido á nadie...» Ya ve usted que para decir eso una mujer...

—Es verdad, señora...

—Claro que usted se lo merece todo y mucho más...

—... Mil gracias...

—... Aunque ella, no despreciando á nadie, es guapa y hacendosita, que hará una gran mujer...

Interrumpió la amena conversación el paso de una real moza, que arrastraba sus andares sandungueros por la misma acera que la señora Casilda obstruía con su macizo corpachón, con aquellos quintales de grasa que Dios le había dado... La gentil moza movía los brazos descompasadamente, bajo el castizo mantón de chal; su boca se contraía en rictus sardónico, y sus ojos lanzaban chispazos de reto...

—¡Ahí va—clamó la señora Casilda con voz exasperada—, ahí va la golfa mayor del barrio, la mar-

quesa del *chisme* duro!... Mirarla... Tanto postín como se va dando y me debe cinco duros hace tres meses... Y se pone más moños que una princesa... La princesa de la escoba... ¡Ahí va, esa tía!... ¡Mejor te fuera pagarme, pendona, y no gastártelo todo con querindangos!... ¡So guarra!...

A pesar de los apóstrofes de aquella Euménide barriguda, la buena moza avanzaba, barriendo la acera con la cola de su falda, sin dársele un ardite de las imprecaciones de la señora Casilda, que tenía ganas de bronca. Cosa rara era que una chulona del Madrid castizo no contestara á esos insultos en un lenguaje propio de la calle del Tribulete; mas sin duda, la buena moza había juzgado más conveniente el desdén elegante que corresponde á Júpiter olímpico y á Venus callejera...

Aprovechando el entusiasmo peánico con que la señora Casilda increpaba á la egregia chula, Guillermo se evaporó, saludando á la obesa portera, sin que apenas ella se percatase de su ausencia, embebida como estaba en sacar á relucir todos los trapos sucios de la barbiana; tarea noble por demás y digna de un alma bien nacida, placer de las diosas de la calle del Tribulete, de estas admirables comadres de Windsor—ó del distrito de la Inclusa...

Ascendió por la calle del Mesón de Paredes, leyendo con delectación la inscripción latina que brilla en la portada de la Casa de Maternidad, con su fachada de color anaranjado, descascarillada por los años: *Juventuti pietate ac litteris erudiendæ*... Epígrafe que le recordaba sus buenos tiempos de latinidad en Fabricia y en Ablanêdo, aquellas dos poblaciones plomizas y fastidiosas...

Al embocar la calle de Caravaca tropezó con Paquito Mazón, el compañero de hospedaje, que salía de casa de su novia y que le abrazó entre grandes

risotadas y gestos superlativos, como tenía por costumbre... Paquito era un muchacho ingenuo, cariñoso y efusivo, solamente un poco pesado á ratos por su exceso de nerviosidad, que inquietaba y espoleaba á Guillermo, formando un delicioso contraste con su carácter, carácter de hombre del Norte, reconcentrado, lacónico y poco expresivo...

—¿Qué pasa, Paquito? ¿Qué noticias agradables me traes?...

—Grandes novedades. Expectación... Epátate, asómbrate, pásmate. ¿Te has epatado, te has asombrado, te has pasmado?... Pues, chico, has hecho una conquista monumental...

Y le volvió á abrazar con duplicada fuerza y á pronunciar marcadamente las sílabas con un énfasis que hacía volver la cara á los transeuntes pacíficos...

—Mo... nu... men... tal...

—Pero ¿cómo? ¿Conquista de quién y cuándo?...

—¡Ah, pillín!... Se sabe todo... aunque esto no me lo habías dicho... María Luisa está loca perdida por ti... El otro día, en los toros, creo que te estuvo comiendo con los ojos... según me acaba de decir mi novia... que se lo acaba de decir ella misma...

—No seas exagerado, Paquito... El otro día... Eso ya es viejo... Hace lo menos más de un mes que fué... Figúrate... hablaba yo con Matildita...

—Mejor que mejor... Hace un mes. Pues eso me demuestra que ella está chalada por ti... Porque se queja precisamente de tu desvío, de que no haces por verla... de que nunca vas á casa de Antonia... Y para que veas si tiene interés en que habléis, con pretexto de su cumpleaños, que es el jueves de la semana próxima, ha preparado una merienda en la *Bombi*, á la cual desde luego estás invitado...

—Muy bien... Mil gracias... Pero, ¿qué quieres decir con eso?...

—Que María Luisa está loca por ti, so tonto. Que serás un imbécil si desaprovechas la ocasión que se te ofrece... Que...

—Bueno; poco á poco... Ante todo niego que María Luisa tenga la suficiente capacidad amorosa para volverse loca por mí ni por nadie...

—¿Que no?...

—Claro que no. María Luisa es muy coqueta y muy presumida, y esta casta de mujeres no suele enamorarse fácilmente...

—¿Por qué?...

—Por una ley muy natural de compensación. Porque la energía que se gasta por un lado se resta por otro... No puede ser, hijo mío... Lo mismo que el hombre que se dedica al estudio pierde mucha sensualidad, la mujer que se dedica al coqueteo, que al fin y al cabo es para ellas un estudio, se resta mucha energía amatoria...

—No dejas de tener razón, Guillermito...

—Claro está. Una mujer que no piensa más que en arreglarse y componerse, en lucir muchos trajes, se desdeñaría de tener un amante... ¡Un amante, bah!... Es poca cosa para ella. Ella necesita que la admiren muchos, y goza, más que con el placer sexual, con que un transeunte distraído la diga: ¡Qué bonita es usted!...

—Pero María Luisa no es de esas. No es de esas mujeres que sólo gozan en componerse...

—¿Cómo no? ¿Tú no te has fijado en que, dentro de su clase, es una mujer elegantísima?...

—Sí, viste bien; pero no gasta lujo...

—De todos modos, es una mujer muy pagada de sí misma... Y á esas les tienen sin cuidado los demás...

—Pues tú le tienes con cuidado á María Luisa. La prueba es que ella, por su cuenta y riesgo, ha organizado la merienda para el jueves, y que cuenta contigo como elemento principal, y que se llevaría un disgusto si no fueses...

—Bueno... Allá veremos.

XII

Llovía pausadamente, incesantemente, melancólimente. Lluvia fatigosa é inoportuna de Abril. Lluvia que destempla los cuerpos y enturbia las almas. Lluvia que apelmaza la fantasía y embota los sentidos.

Guillermo se acordaba, viendo llover menuda y continuadamente, de los días plomizos de Asturias. Madrid, bajo el velo trémulo de la llovizna, semejaba una ciudad del Norte. Parecía, sí, una ciudad misteriosa y brumal de Alemania ó de Inglaterra.

A las cuatro de la tarde, cuando Guillermo salió de casa, se diría que Madrid se había trasladado á Londres. La calle de la Montera tenía una visualidad extraña, un aparato aristocrático, con los paraguas combos y goteantes, que, rozándose, hacían aparecer más apiñado el gentío. Los coches resbalaban severos y elegantes.

Guillermo recordaba haber visto así á Madrid, de niño, en ilustraciones que traían grabados al lápiz, con un trozo de la Corte: Salón del Prado, Carrera de San Jerónimo, Calle Mayor, Plazuela del Carmen... Eran revistas amarillentas que hojeaba fruídamente el niño ya visionario y algo poeta. Así,

con esta lluvia fina, con estos transeuntes elegantes y apretujados en confusión de gran ciudad, con estos coches relucientes de humedad, había soñado á Madrid el niño despejado de Puertuco.

Y ahora, reviviendo aquella época, pensaba en la emoción enorme que sería para un muchacho romántico de provincia entrar en aquel día y en aquella hora por la estación del Norte. Madrid se le aparecería como una ciudad encantada de leyenda, donde todas las gentes son ricas, lujosas y bien avenidas con los placeres de la existencia... Sería una población donde sólo se oyeran risas locas de mujer, taponazos de botellas de champán, brindis festivos y sonoros, y músicas de galante elegancia...

En la Puerta del Sol, tomó un tranvía del Noviciado, que iba rebosante de gentío pegajoso y repelente. Se apeó en la Plaza de Santo Domingo y afrontó impertérrito con su gabán impermeable la lluvia que arreciaba, convirtiéndose de finísimo goteo en aguacero insistente y acompasado. Los bordes de las aceras eran intransitables de todo punto, y un valor explorativo muy acendrado se necesitaba para atravesar ciertos trechos de arroyo. Bajó por la calle de Isabel la Católica, pues iba á la Plaza de los Mostenses, donde él sabía que estaba María Luisa, gracias al amical alcahueteo de Paquito Mazón.

Paseó melancólicamente por delante del férreo armatoste del mercado, con sus escalinatas renegridas y sus verjas enormes. Miraba, con la insistencia del enamorado, una tienda sobre cuya puerta se leía este rótulo: *Fábrica de galletas.* Allí estaría María Luisa, la gentil rubia, con la esposa de D. Antonio Pérez, el fofo y reumático fabricante. En vano dirigía hacia allí miradas lánguidas; en

vano paseaba arriba y abajo. María Luisa no acababa de salir ó ya había salido.

Desesperado y con el marcado nerviosismo en que le sumergían siempre las esperas amorosas, decidió marcharse. Bajó por la tortuosa travesía del Conservatorio y siguió por la calle de Santa Margarita, casi compuesta por casas de mala nota donde él, por su desgracia, tantas tardes había pasado con chulonas desgarradas y sensuales durante su primer año de estancia en la corte. Estudiante loco y truhán, al fin, que conocía ya todos los escondrijos y recovecos del complicado Madrid.

La calle de Santa Margarita, envuelta en la gasa de la lluvia, tenía un tinte acentuado de calle provinciana, con sus casuchas infectas, de portales misteriosos y herméticos, y enfrente la tapia musgosa de un jardín. A Guillermo le recordaba ciertas travesías de Ablanedo, separadas del resto de la ciudad como lazaretos de apestados, y por donde se cuidaban muy bien de no transitar las personas de viso. En Ablanedo, esas casitas hospitalarias y recoletas, hundidas en calles excéntricas, eran amable refugio de estudiantes haraganes y disipados en las tardes en que se hacen novillos y se prefiere tomar cerveza con mozas livianas á escuchar una explicación de Química inorgánica...

Atravesó junto al pretil que termina la calle y subió por la de Leganitos, entrando al punto por la melancólica calle del Río, que tiene al final unas escalinatas tan típicamente de provincia. Torció luego por la de Fomento, y en la esquina, de sopetón, abocóse con Pepito de Bernueces, que salía de la primera casa de la calle.

—Pepe, ¿tú por aquí?—saludó Guillermo jovial.

—Ya ves, chico; salgo de casa de la querida...

—¡Ah! ¿Pero ahora tienes aquí la nenita? Cuéntame cosas... ¿Quién es ella? ¿La conozco?

—¡Oh, no, por fortuna; aún no ha caído bajo tu jurisdicción!...

—Ya caerá, hijo mío—repuso Guillermo, chocarrero—. Pero, bueno, en serio, ¿qué misterio es este que te traes? No sabía nada... y no hay derecho á callar estas cosas á los amigos.

—Pero, ¿no te ha dicho nada Paquito Mazón?... Me extraña. Porque el día que la conquisté iba con él, y el condenado medio cameló á una primita de Leonor...

—¿Se llama así? Lindo nombre... Pues no; el picarón de Paquito no me ha dicho nada... Unicamente una tarde, estando á medias tintas los dos, tomando repetidas libaciones de *cognac* en el Café de San Sebastian, me susurró no sé qué misterios que tú y él os traíais. No le hice caso. Creí que serían fantasías alcohólicas...

—Pues no lo eran, no. Y él no se beneficia, porque no quiere, á la prima de Leonor. Siempre me está preguntando por él. Y la prima es una rubia despampanante, alta y arrogantísima... Pero el pobre Paquito está embobado con Antoñita Castillo. Entre la modistilla y la Analítica le van á sorber el seso...

En este punto de la conversación, interrumpióles una vocecita gorjeante de mujer, que hablaba desde una ventana baja.

—Pepe, chico, llévate el paraguas, que te vas á poner perdido el sombrero...

—Deja, niña, no te preocupes. ¿No ves que estoy al lado de la calle de Leganitos, y ahí tomo el tranvía hasta casa?...

La vocecita, muy turbada por la presencia de Guillermo, aquel importuno, seguramente curiosón

é indiscreto, continuaba lanzando al aire una melodía de quejas y de advertencias.

Guillermo dirigió los ojos á la ventana y saludó cortésmente. Tras una reja de corte andaluz, toda engalanada de macetas de geranios y claveles rojos, sonreía una fresca cara morena, de un moreno mate, que abrillantaban unos negros ojos de árabe refulgencia. Un hoyuelo gentilísimo, nido de besos á buen seguro, agraciaba el semblante sonriente. El cabello negro y lustroso orlaba su cabecita ornitoforme. Estaba la femenil figura toda enlutada, con lo que se agravaba su picante y ambiguo encanto de española devota y sensual, que, después de recibir al amante y oprimirle entre sus brazos y perfumarle de besos y de felicidad, salía de casa en actitud contrita para rezar una novena en las Bernardas á nuestra amantísima Madre de los Siete Dolores.

—¿Esa es Leonor, naturalmente?—preguntó Guillermo á Pepe, un momento en que ella no les miró.

—Claro está. ¿Qué te parece?—replicó sonriente el enamorado, con sonrisa de amor propio satisfecho.

—Sencillamente definitiva. Un encanto. Una perla de querida... ¿Dónde encontráis esas gangas, retrecheros?...

—Ya ves, chico... No se puede ser guapo, no se puede ser guapo, como diría nuestro buen Juanito.

Y se atusaba donjuanescamente—ó donjuanitescamente—el bigote, realmente halagado en su vanidad de muchacho aristócrata, rico, y á quien no tanto ornaban los blasones rancios de su solar asturiano de Manzaneda, como sus cinco mil duros de anual renta, sus trajes flamantes, sus ojos rasgados é insinuadores de agareno y su gitano bigotito negro...

Pepito de Bernueces se despidió zalameramente de Leonor, que, desde la florida reja, en la cual encua-

draba tan pulcramente su figura de Carmen coqueta, perversa é irresistible, le siguió con la mirada hasta que ambos amigos traspusieron la esquina de la calle.

Volvieron á bajar hacia la calle de Santa Margarita, á instancias de Guillermo, que tenía todavía intenciones de pasar por la calle de los Mostenses y esperanzas de ver á María Luisa salir de la casa del fabricante de galletas.

Por el camino, Pepito de Bernueces con su charla frívola y amena de costumbre, habló así á Guillermo:

—Chico, te veo muy elegantón, muy currillo...

—Si fueras una chica guapa, me ruborizaría de oir esas cosas...

—No lo tomes á chunga, porque es verdad. Estás hecho un dandy. Con ese chalequito de fantasía, completamente fantástico, y ese traje azul de trencillas, estás epatante, sencillamente... Un Brummel... Ahora no te falta más que la neurastenia, y andas á la última moda.

Guillermo sonrió suavemente.

—Bien, hombre, bien—dijo Pepito, pasándole la mano por el hombro...—¿Y qué? Con esa indumentaria harás muchas conquistas, ¿eh?...

—Regular, regular...

—Vamos, no te dejes dominar de la modestia, que es vicio feo. Anda, pillín... Cuéntame cosas...

—Nada... Por ahí, por los barrios bajos, tengo un pequeño negocio. Una niña rubita, menuda, muy cariñosa... No vale gran cosa, pero no está mal... Calla, si creo que la conoces tú... Se llama Lola Martín y vive en la calle del Salitre...

—Sí, hombre; lo que es que yo no sabía dónde vivía. La conocí una temporada en que ella vivió con Carmela... Sí, sí... ¡Ay, hombre muy notable!...

Buena muchachita, tipo finito... pero es demasiado sosa; parece que de tan sosa se cae...

—Sí, pero cuando se cae, procura siempre caer debajo...

—Está bien, hombre, está bien... ¿Y qué haces con ella? ¿Le sacas numerario?...

—¡Hombre, por Dios, actuar de chulo!... Bastante es que no la doy un céntimo...

—Pues si tú quisieras, la sacarías numerario en abundancia. Es una infeliz, una bobina, como las de allá de Asturias... A mí me gustó únicamente esa muchacha porque estaba en un día de nostalgia de la tierrina y me dió la sensación de las niñas de por allá...

—Es verdad. Así, rubita, poca cosa y fina... Sí, sí, parece una niña de Fabricia ó de Ablanedo. Mira tú, hasta me recuerda á Clarita Rubín...

—¿Quién? ¿Aquella muchacha de Ablanedo que se fugó con su novio, que era un periodista de Madrid?

—La misma. Tenía todo el tipo de Lola.

—Sí. Pero Lola es más sensual que nuestras paisanitas...

—Según y conforme. En Fabricia las hay que son fieras... Bueno, chico; hemos llegado á la Plaza de los Mostenses. Yo me quedo aquí, si tú no mandas otra cosa...

—¡Ah! ¿Tienes combina aquí con alguna chirlanga?...

—Ya se ve. Imagínate.

—Pero, ¿no será con Lolilla, eh?... Porque entonces me quedo yo también.

—No es con Lolilla.

—Entonces, ¿otra cosa que te tenías guardadita, eh, pillín?...

—Sí; una cosa muy seria y muy honda.

—¡Hola! ¿Te pones sentimental y ridículo?... Te abandono entonces. Imposible estar á tu lado. Bueno, adiós... ¡Ah! Se me olvidaba. ¿Y aquella gachí tan chulona con quien te vi un día por la calle de Pontejos?...

—¡Ah, de salud, buena, á Dios gracias! De lo demás, ná...

—Adiós, muchacho. Que te dejes ver...

—Adiós, Pepito...

Quedó solo en la vasta desolación de la plaza, con su mercado de cubierta color ceniza, que más ceniciento y triste parecía en la tristeza del día plomizo. El mercado parecía á esa hora indecisa del crepúsculo, bajo la pesadumbre del cielo encapotado y entre los velos flotantes de la lluvia, una estación desolada de ferrocarril, una estación de alguna gran ciudad de Francia, de Lyón ó de Marsella, de esas estaciones que todos hemos visto en oleografías del año 1850...

Guillermo paseaba arriba y abajo por la estrecha acera que da frente á las escalerillas del mercado, en el ángulo perfecto que la plaza forma entre la calle del Alamo y la Travesía del Conservatorio. Esperaba que apareciese la ansiada y gentilísima María Luisa, con su cuerpo esbelto, sus grandes ojos castaños y su cabellera rubia, en la que apetecía hundir la mano como en un ramillete de rosas frescas. Era lo que más agradaba á Guillermo de María Luisa: el pelo rubio, de ese rubio legítimo, de oro puro, que no es el desvaído rubio pajizo ni el albino ó rubio claro, que dan la sensación de mujeres flojas ó linfáticas. No, sino el rubio fuerte y duro, el rubio de amazona, el rubio que hace de la cabellera un casco guerrero, el rubio de Brunhilda, de Isolda y de Ofelia; el rubio de las duquesas venecianas y de las princesas rusas; el

rubio de las embajadoras y de las *cocottes* austriacas; el rubio del *champagne* y de las cenas del segundo Imperio; el rubio de la vida alegre y elegante...

¡Y los ojos de María Luisa!... Unos ojos castaños, á veces oscuros, de una intensa claridad cuando los irisaba el sol, con puntitos de oro en lo profundo... Unos ojos enigmáticos y tentadores que nada decían é invitaban á escrudiñarlo todo. Unos ojos de santa y de pecadora...

Eran los ojos y el pelo de María Luisa lo que á Guillermo fascinaba... Sin olvidar (¡oh, qué cúmulo de perfecciones!) la boca fresca y aromosa como una granada, la boca de dientes grandes y nítidos, dientes maravillosos, como nunca los había visto Guillermo en ninguna muchacha del pueblo bajo; dientes agudos de leopardo, dientes incisivos de criminal, dientes esmaltados y bellísimos de gran *cocotte*... ¡Ay, aquella boca grande, roja, fuerte, valía un tesoro; boca de labios fresquísimos, boca que brindaba la apetecida fruta del árbol prohibido!... ¿Y el hoyuelo que se le formaba en la mejilla al reirse, aquel hoyuelo tentador como nido de besos, aquel hoyuelo sandunguero y graciosísimo?... ¿Y el cuerpo retrechero de chula?...

Y la gentilísima no aparecía. Guillermo chapoteaba entre el fango acumulado por la lluvia en las aceras de aquellas calles descuidadas. Pasaban transeuntes, todos con cara triste bajo los paraguas goteantes. Iba anocheciendo, con un anochecer alevoso y sombrío, de tarde de lluvia. La gentilísima no salía... ¿Qué le pasaba á María Luisa? ¿Sabía que estaba allí Guillermo y quería atormentarle? ¿O no se había dado cuenta de la espera?

Fuese como fuese, Guillermo no podía esperar más; estaba nerviosísimo, en un estado de excita-

ción muy frecuente en él durante las esperas amorosas. Decidió marcharse y subió calle de las Beatas arriba, cuando comenzaban á tremelucir, entre la lluvia que los empañaba, los faroles del alumbrado público.

Ya iba á doblar la esquina de la travesía de las Beatas cuando volvió hacia atrás el rostro y le pareció ver una figura semejante á la de María Luisa saliendo de un portal. Era, en efecto, la gentilísima rubia, más esbelta y más guapetona que nunca, con su traje de levita morado y su velo, que suavizaba más el casco de la cabellera rubia. Avanzó hacia ella resuelto y febril...

—Hola, María Luisa, ¿cómo sigue usted?

—Bien, ¿y usted, Guillermo?—contestó ella displicente.

—Cuando no la veo á usted, lo paso muy mal; ahora cuando estoy como ahora, cerca de usted, perfectamente bien...

—¿De verdad?—contestó ella burlona, clavando en él los puntos de oro de sus ojos oscuros.

—Claro que sí...

—¿Qué? ¿Le ha dicho á usted su íntimo amigo Paquito algo de la merienda que hemos preparado para el próximo jueves?...

—Sí, y no sé si iré...

—¿Por qué?—preguntó un poco sorprendida—. ¿Es que nos tiene miedo?...

—Le tengo miedo á usted sola y me da mucha rabia verla con su esposo...

—No sé qué mal le ha hecho á usted el pobrecito—; volvió á repetir con cierto desdén, como en el memorable día de Viernes Santo.

—Bastante mal me ha hecho: quitármela á usted.

—¡Qué culpa tiene él si ha llegado usted tarde!...

—Nunca es tarde si la dicha es buena, María.

Pero yo sufro mucho con verla á usted en compañía de ese hombre.

—¡Bah, bah!... Tonterías de la juventud; es usted demasiado romántico, Guillermo...

Y dijo la frase y pronunció el nombre con tal entonación de dulzura, que el estudiante, extasiado, quedó contemplándola para sorprender en ella un gesto amoroso. Los ojos, inteligentes y profundos, mirábanle enigmáticos, no sabía si con pasión ó con recelo; la boca, la bella boca roja y lasciva, se fruncía en un mohín inexpresivo...

—Es verdad que lo soy y eso me pierde... No se debía ser tan romántico cuando las mujeres no saben agradecernos esos romanticismos.

—Algunas hay que los agradecen, y, sobre todo, nunca se deben perder las esperanzas—dijo María Luisa, sonriendo con una sonrisa seria y amarga, á la vez de coquetería para alentar al amante y de resignación para ella misma.

—María, si yo le dijese á usted una cosa que tengo aquí muy guardadita, ¿me la oiría?—dijo Guillermo con voz temblorosa.

—Guillermo, sepárese de mí, por Dios, que nos van á ver... Me da usted miedo...

—Un momentito nada más...

—No, que estamos ya en la Plaza de Santo Domingo y nos va á ver algún conocido... Ya me dirá todo lo que quiera decirme, el jueves... en la merienda.

XIII

En el silencio solemne de la madrugada, una voz clara y dulce rasgó el aire, entonando una copla andaluza, copla cálida de pasión y de fatalidad...

En un cuartito los dos,
veneno que tú me dieras
veneno tomaba yo.

Luego el eco devolvió la cadencia final más apagada, temblorosa entre aquella calle dormida, de edificios arcaicos. La voz vibrante y clara tornó á cantar, matizando más la copla, marcando más insinuadora los finales:

¡Ay, en un cuartito los doooos,
veneno que tú me dieraaaas
ay, veneno tomabaaaa yo!...

Era la noche, de luna, que se mostraba redonda y en creciente, argentando las viviendas vetustas é imponentes de aquellas calles provinciales dentro de Madrid...

Guillermo bajó por el Pretil de los Consejos y vió cómo la luna bañaba en fulgor de plata la romántica iglesia de Santa María. Entró por la calle del Sacramento, de nombre tan católico y tan español, con caserones solariegos á uno y otro lado, que dan la impresión exacta de una calle de Segovia ó de Avila. En aquel ambiente romántico, Guillermo se sentía más romántico aún de lo que era de ordinario...

Penetró por la calle del Rollo tarareando los alegres compases de los bailables del *Fausto*, que tanto le emocionaban por recordarle sus días de Llanada y los ojos de Carmen Roldán...

Me parlava d'amor
un bel signor...

En una rinconada de esta calle quebrada é irregular se levantaba una casa estrecha, aplastada en otra, con la cual formaba ángulo. Un balcón volado sobre un portón ancho le daba aire más característico de casa antigua. La luna envolvíala aquella noche en nimbo de leyenda...

Allí vivía María Luisa, la rubia y gentil casadita de la cual andaba cada vez más enamorado Guillermo. Cuando pasó por allí el estudiante eran las tres de la madrugada y las casas cerradas tenían un aspecto solemne de camarines recónditos, cerrados á los ojos profanos. Daba una intensa sensación de tristeza el recogimiento de las fachadas que argentaba la luna con su fulgor pálido. Cuando Guillermo pensó que allí estaba María Luisa quizá en los brazos... sin brazos del marido, le sobrecogió una emoción dolorosa.

¡Sí; aquella mujer merecía otro destino más venturoso que el de ir á caer en brazos del torpe y tullido esposo!... Y Guillermo pensaba en lo feliz que él hubiera sido al lado de María Luisa conociéndola antes del matrimonio, cuando ella era una alegre y frívola modista madrileña.

¡Ah, y pensar que su felicidad estaba detrás de aquellas vidrieras hostiles, de aquellos balcones herméticos, y que una palabra de aquella mujer que dormía allá adentro podía ser la clave de su destino!... Y bajo la luna, bajo las claras estrellas que

titilaban como pupilas de mujer romántica, Guillermo maldijo la fatalidad que separaba á las almas destinadas á ser felices... Nuevamente resonó—ahora en su memoria—la copla andaluza que se había perdido poco antes calle abajo:

En un cuartito los dos,
veneno que tú me dieras,
veneno tomaba yo...

Guillermo quedóse contemplando la casa de María Luisa en éxtasis, como haciendo á las piedras mudas testigos de su dolor y de su locura. ¡Oh, si él hubiera podido escalar el balcón en escala de seda, como el enamorado de Verona, y ascender á la alcoba donde penetraría el rayo de la luna, más dichoso que él, á besar la boca y los pechos tibios de María Luisa, dormida en el lecho nupcial, donde sus ensueños de soltera no habían tomado carne, donde en vez de trocarse en realidad, se habían convertido en dolorosa desolación!... ¡Oh, aquel rayo de luna que lograba besar la carne palpitante y dorada de María Luisa, cuya cabeza rubia envolvería en un cerco de plata, como á una santa, como á una mártir..., sí, mártir del deber conyugal, mártir de la fidelidad jurada al torpe y tullido esposo!...

Guillermo seguía parado ante la casa de María Luisa. En un momento de alucinación morbosa, le pareció que tras las vidrieras curioseaba una sombra. Era un efecto de luna, un rayo que jugueteaba en los cristales. Como las puertas de los balcones no estaban entornadas, las vidrieras tenían una oscuridad que daba á la casa más aire de algo impenetrable y misterioso, cerrado como un santuario á las miradas profanas.

Sólo la luna fisgoneaba en aquel recinto inaccesible á los ojos de Guillermo; la luna, lasciva y curiosa como una golfa del cielo... Asomaba entre cortinas de nubes, y tan pronto se ocultaba como desaparecía, á manera de una vagabunda insolente. La luna era una golfa que paseaba por el firmamento en litera y de vez en vez acercaba á la ventanilla su rostro picaresco...

Un solar vasto y enorme que había frente á casa de María Luisa estaba todo bañado en luz de luna. Allí daba de pleno mientras que á casa de María Luisa sólo asomaba por momentos, ya posándose en las ménsulas que ornaban la base del balcón, ya deslizándose entre las vidrieras.

Guillermo comprendía que aquella pasión suya, loca y disparatada como era, apagaba la sensación de vacío que deja el paso de la vida cotidiana y rutinaria en un espíritu romántico. «Sin este amor por María Luisa, ¿qué sería mi vida?... Una vida estéril y sin contenido espiritual. El cariño pegajoso y lascivo de Lola no basta á mi sed amorosa; y el amor de Matilde tampoco es un calmante de mi fuego romántico... Necesito para sostenerme en la vida una pasión como ésta, que no se satisfaga con los jugueteos de alcoba que me brinda Lolita, sino que aspire á la posesión espiritual y material del objeto amado... El platonismo, tal como yo lo entiendo, no es el embebimiento bobo en una persona, sino la fusión completa del amor material y del amor espiritual. Yo amo á María Luisa porque soy plenamente hombre y la amo como no puede amarla jamás el torpe y tullido esposo, porque no es un hombre completo; pero á la vez que la amo con un deseo muy humano de su carne joven y ardiente, sería por ella capaz de los mayores sacrificios, de las más exquisitas locuras y de los más

divinos disparates. Este es mi romanticismo. No me contento con pensar en ella como en un amor imposible; aspiro á la posesión total y única, que llegará algún día... aunque ese día esté lejano, difícil y casi inaccesible... En esto consiste precisamente el agridulce de platonismo que hay en mi pasión...»

Echó á andar calle abajo, abandonando aquel lugar de tormento donde todo le recordaba el triste tálamo y la desolada vida conyugal de María Luisa. ¡Oh, tras aquel balcón, qué drama mudo y sin gritos, qué tragedia aparentemente tranquila y silenciosa se desarrollaba cotidianamente!... ¡El marido, torpe y triste, que no satisfacía los apetitos jóvenes de la esposa; y la mujer, hermosa, sana y fuerte, callando su dolor y resignándose á su vida frustrada, con un sello de tristeza en el semblante bonito, sobre los ojos llameantes, sobre la boca roja y fuerte, bajo el casco de oro de amazona!...

La calle del Rollo es tortuosa y pina, con mil recodos y ensenadas, y al extremo de ella, cuando ya va á terminar ante una especie de puente de piedra (desde donde se otea la alta baranda del Viaducto y las sinuosidades de la calle de Segovia, que se prolonga en la carretera de Extremadura, con su doble hilera de luces trémulas), hay una casita misteriosa en cuyo portal arde toda la noche una lámpara como pupila vigilante. Cuando Guillermo pasó ante ella, iba pensando que bien triste es—¡ah, sí, una de las mayores tristezas de la juventud!—tener que buscar en alcobas y en amores de alquiler la saciedad del ardor que consume á las almas jóvenes. Bien triste era que no se entregase al amado una mujer como María Luisa, adorada con toda el alma y que, en cambio, se le entregase una desconocida de las que comercian con su cuerpo. ¡Oh, era bien dolorosa esta separación de

lo material y de lo espiritual en todos los órdenes!... Las mujeres que deseamos con toda el alma y con todo el cuerpo no nos entregan más que el alma á lo sumo... y en cambio, nos entregan su cuerpo aquellas á quienes no deseamos con toda el alma!... Allí, en aquellas alcobas profanadas por tantos amores volanderos, estarían ahora besándose dos seres que acaso se repelerían espiritualmente y á quienes habría juntado una excitación fisiológica; y en cambio en la casa de más arriba, el torpe y triste esposo que no podía abrazar á María Luisa, no le cedía el puesto á él, á Guillermo, joven, sano, fuerte y que adoraba á María Luisa!... ¡Estaba el tullido malgastando un tesoro que no le pertenecía!...

En el silencio de la calle desierta, milagrosamente blanca bajo la luna, oyó Guillermo resonar nuevamente la copla:

> En un cuartito los dos,
> veneno que tú me dieras
> veneno tomaba yo...

¡Sí, él apuraría el tósigo del amor si se lo sirviese María Luisa, la gentilísima rubia!... Encerrado en una habitación con ella, él tomaría veneno si veneno le diera la adorada.

En el extremo de la calle, apoyándose en el pretil de piedra, detúvose á contemplar el Viaducto, que se erguía enfrente, majestuoso y fatídico. La luna clareaba los jardinillos que se extienden debajo de la gran armazón de piedra y hierro, y en larga hilera parpadeaban las luces de la calle de Segovia y de la carretera de Extremadura, que se perdía á lo lejos en una imprecisión de ensueño...

Bajó Guillermo la empinada cuesta que finaliza la calle del Rollo y se encontró frente á la iglesia

de San Andrés por su fachada posterior. Delante se extendía una plaza ancha, destarlada y sin urbanizar; plaza típicamente provinciana, con faroles mortecinos entre árboles raquíticos, y bajo ellos, bancos de un barniz verde deslustrado. La luna envolvía la plaza en un claror opalino; enfrente se erguía la mole severa y oscura de la iglesia, con sus escalerillas de piedra; y á la izquierda negreaba el arbolado frondoso del palacio del Príncipe de Anglona. Una calma solemne reinaba en aquellos lugares, que recordaban á Guillermo las plazoletas abandonadas de la capital de provincia donde vivió de niño.

Subió por la calle que ensombrece la fachada lateral de San Andrés y, saliendo frente á la calle de las Tabernillas, en aquella ancha plaza á la cual afluyen la calle de San Pedro y la Carrera de San Francisco, atravesó la solitaria Plaza del Humilladero y salió á la calle de Toledo, y por la de la Ruda penetró en la Plaza del Rastro y entró en un cafetín económico, donde dormitaban sobre los veladores astrosas parejas de golfos. Tomó allí un *recuelo* infame que le envenenó la garganta y le quemó las entrañas y salió á la calle de Embajadores.

Frente á San Cayetano, el violín de un pordiosero ciego gimoteaba en desafinación el vals *Quand l'amour meurt...* El quejido del violín, á aquella hora y en aquellas calles, tenía una singular amargura. Guillermo se acordó de Carmen Roldán... no sabía por qué... y de sus ojos gitanos, en el palco de la plaza de toros y en la platea del teatro de Verano. Rememoraba con intensidad todos los episodios de su amor de adolescencia.

Descendió por la empinada cuesta de la calle de Embajadores, que, á medida que acentúa su pendiente, se va abriendo en forma de abanico hasta

terminar en la Ronda. Frente á la Fábrica de Tabacos se detuvo y dudó en pasar por la solitaria calle del Tribulete. Mas le entró una nostalgia momentánea de los amores de Matilde y penetró en la angosta calle, por la acera que ocupa el sombrío edificio de la casa de las Escuelas Pías. Los faroles allí estaban apagados y sólo un farol-guía brillaba al extremo de la calle, hosca y tenebrosa como un túnel.

Al pasar delante de la casa de Matilde Rey, la evocación de todos los amores pasados le sobrecogió. Recordaba aquellas noches frías de invierno en que él volvía á las doce con Matilde, que salía del taller á esa hora después de velar para concluir la labor que apremiaba. ¡Cuánto más claras y benignas fulgían las estrellas en aquellas noches de Enero, frías y tristes!... Hasta le enterneció la figura sórdida del sereno, que meses atrás tanto le molestaba cuando se detenía frente á ellos á verles despedirse en el quicio de la puerta, como velando por la pureza de Matilde. ¡Qué impertinente y fisgón le parecía entonces el vigilante nocturno!... ¡Y qué idealizado se lo figuraba ahora, pensando que había sido testigo de su dicha!... El oprimía los pechos fuertes de Matilde y besaba su boca descolorida y sus párpados ojerosos por las noches de insomnio. Y ella, dulcemente emocionada, le besaba diciendo:

—No me olvidarás nunca, ¿verdad, riquín mío?...

En la Plaza de Lavapiés vió avanzar hacia él una sombra que le abrazó afectuosamente. ¡Oh, sorpresa! Era Juanito Marco, que á esas horas volvía del lecho de alguna de sus conquistas callejeras...

—¿Tú por estos andurriales á estas horas?—le interrogó el frívolo y alegre joven...

—Ya lo ves; vengo de pasear por ahí románticamente...

—¡Valiente tonto!... Yo vengo de aquí, de la calle de Valencia. He dejado caliente la cama de una casadita... de una malcasadita... El marido es telegrafista y vela por la noche... Yo entretanto me ejercito en el Hugues con la señora... El mundo está muy bien organizado...

—¡Feliz tú, que te diviertes!...

—¡Si vieras esta conquista, qué notable ha sido!... La encontré un día en la calle del Príncipe y la dije que era actor de la compañía francesa que está ahora en la Comedia representando *Chantecler*. Me lo creyó, naturalmente, y me preguntó qué papel hacía. Yo le dije que *Le Coq*. Me prometió ir á verme al día siguiente... y claro, se convenció de que no había tal cosa. Pero como le gusté, me acosté con ella á los dos días, que me la encontré en la Carrera. Ahora, siempre que entro en su casa á la una de la madrugada, me saluda irónicamente: «*Voici le coq*...»

Como contestando á la alusión, un gallo saludó irónicamente al alba desde un corral cercano.

XIV

Guillermo temía que el vehículo pasase por la calle del Tribulete, poblada de comadres á las puertas y de tertulias en los comercios, en esa clara y cálida noche de Mayo. La luna envolvía la calle en un nimbo de luz plateada, clarificando los objetos como si fuese de día...

El estudiante, que tan canallescamente había abandonado á Matildita, presentía los improperios de todo

un barrio confabulado contra él; le parecía que aleteaban sobre su cabeza insultos de fuente pública, denuestos de casa de vecindad, palabrotas de mancebía...

Al pasar junto á la taberna del *Mengue*, oyó que un anciano decía con voz airada:

—Si un señorito cursilindo de éstos viniera á quitarle la honra á mi hija, lo mataba como á un perro...

Poco más allá, junto al taller de planchado, una de las oficialas (¡que antes, cuando él hacía el amor á Matildita, le miraba con tan pícaros é incitantes ojos, como convidándole á cambiar de novia!) musitó con deje sarcástico:

—Miren el pollito líquido, ¡qué satisfecho va de la hazaña!...

Una comadre musitó por lo bajo:

—¡Ahí va el panoli ese que habló con la Matildita!...

—¿Cuál, la del siete?—preguntó otra fisgona que estaba al lado.

—Sí, la hija del guardia...

—¿Y qué, hubo algo, verdad?...

—Ya se ve, mujer. Estos señoritos son todos unos frescales... y se aprovechan lo que pueden de las pobres trabajadoras...

—Mira que también ella es una calentona... que ya, ya...—agregó la otra como paliativo.

No todo eran diatribas y censuras para el estudiante; también hubo flores entre los cardos... La portera del cinco, á cuyas dos nenitas rubias, de tres y cinco abriles, tantas veces Guillermo había repartido caramelos, dijo á una vecina que estaba sentada á la turca en el umbral:

—Mira, Trini, ahí va ese chico tan rumboso que fué novio de la Matildilla...

—Y es simpático de veras el pillín. Así encandiló á la niña del guardia...

Guillermo sonreía agradecido, como, al oir los insultos, había bajado la cabeza resignado. Al fin, iba en coche, un poco más alto que los vecinos de la calle, y todas estas inmundicias del arroyo apenas le salpicaban... El no quería pasar por allí, y en la Plaza de Lavapiés había advertido al cochero que de ningún modo entrase por la calle del Tribulete; pero el auriga no le oyó ó se hizo el sordo, acaso por conveniencias particulares, y siguió á capricho este itinerario para salir á la Fábrica de Tabacos, donde Guillermo iba á saludar á un amigo. El hubiera querido pasar por la Ronda para evitar los comadreos del barrio; pero, en fin, á lo hecho, pecho. Afortunadamente, á la puerta de Matildita no había alma viviente, á pesar de la clara y tibia noche, que convidaba á tomar el fresco.

Guillermo iba elegantísimo, tal como le había encontrado días antes el Marquesito de Bernueces, como nunca había ido cuando bajaba por aquellas calles acompañando á Matildita. Entonces sentaba bien la gorrita chula y el gabán, de buen corte, pero que encubre las otras prendas y no deja ver si son flamantes ó astrosas. Ahora llevaba un traje azul nuevecito, guantes de hilo color ceniza, sombrero Frégoli de buen género, bastón corvo con anilla de oro y un clavel blanco en el ojal, que armonizaba tan etiqueteramente con el color serio del traje...

Al pasar ante la tienda de ultramarinos, una mocita apostada á la puerta gritó en voz bastante alta para que él la oyese:

—¡Qué majo va Guillermito!...

De la acera de enfrente, otra muchacha, que le conocía, corroboró·

—Anda y qué elegantón se ha puesto desde que no viene por estos barrios...

—Ya no es tan chulo como antes—agregó la primera interlocutora.

Guillermo recordaba otras noches como aquella, de luna, pero de fría luna de Enero, en que había paseado la calle arriba y abajo en compañía de Matildita, tarareando arias de ópera, vestigios de un mundo que la costurera no conocía... Mientras ella le cantaba al oído, rozándole amorosamente la mejilla con el pelo, *couplets* plebeyos de zarzuela

«Manolito es el muchacho
más travieso de la escuela...»,

él le canturreaba con énfasis y voz de tenorino italiano:

«Celeste Aida,
forma divina...»

Ordinariamente, Matildita solía comentar estos desahogos líricos de Guillermo diciéndole:

—Pero, chico... ¿para qué cantas ahí esas cosas, que yo no te entiendo una palabra?...

Guillermo solía responder:

—Ya lo entenderás cuando nos casemos y estemos juntitos y yo te lleve al Real á todas las funciones de la temporada...

Matildita entreveía al arrullo de estas palabras, pronunciadas con amorosa inflexión, un mundo nuevo, un horizonte futuro que se abría ante ella, una vida llena de delicias extrañas, que ella no sabía cómo eran, pero que de fijo serían encantadoras...

¡Siempre el mismo crimen de hacer soñar á las pobres muchachas algo que luego no realizarían!... ¡Sembradores de vientos emocionales, que luego

recogerían tempestades de maldición!... Guillermo se declaraba reo de este delito incalificable: haber hecho soñar á la pobre Matildita con un mundo que no era el suyo, para despeñarla, desde las alturas de la ilusión, á los pantanos cenagosos de la realidad inmunda y cotidiana...

Y como él, tantos estudiantes canallas é infames que dañaban el alma de las infelices trabajadoras, haciéndolas entrever una redención posible, que luego no habría de llegar... ¡Pobres nenas, engañadas no tanto en su honra como en su fantasía!... ¡Pobres nenas, que vivirían siempre esclavas, irredentas, sin que ningún Lohengrin rubio y fascinador viniese á desencantarlas!... Madrileñitas avispadas que buscáis el amor de los estudiantes provincianos para libertaros de vuestra incansable laboriosidad, para dejar la aguja por el abanico, ¡no soñéis en vano, que ya en la realidad los príncipes jamás se casan con las pastoras, como en los cuentos de hadas!...

Vuestros novios os dicen cosas ricas, que no saben decir los artesanitos bobalicones; os evocan un mundo y una vida que desconocéis... pero nunca os llevarán á él, porque la sociedad les ha encadenado con férreos grilletes... Cuando se alejan de vosotras, no quieren saber nada de ese mundo mísero en que estáis empozadas, y se ríen de vuestro papá, jornalero zafio, y se burlan de vuestra mamá, comadre parlanchina y marisabidilla, y, acaso, comentan irónicamente en el café, ante la tertulia de amigos, vuestras confidencias, vuestras ternuras y vuestras intimidades...

Guillermo pensaba todo esto, mientras el coche daba la vuelta á la calle de Embajadores. Al llegar á la puerta de la Fábrica de Tabacos, pagó al cochero y se apeó. Entró en la Fábrica por la puerta

central y preguntó al conserje por su amigo Antonio Gómez.

—Ya se ha marchado, señorito...

Soñoliento y sin rumbo, encaminóse por la calle de las Provisiones, calle angosta y chula, cuya acera derecha ocúpala toda la mole blancuzca de la Fábrica. Aquella calle le recordaba intensamente sus amores con Matilde, pues allí solían hacer parada los dos amantes cuando ella volvía á casa por la noche. Calle solitaria y oscurísima desde el anochecer, calle por donde apenas solía pasar más que otra pareja amorosa, que se les quedaba mirando con la natural curiosidad y simpatía que á todos los enamorados inspiran otros enamorados... ¡Cuántos momentos felices había pasado allí con la dócil y sensual modista, que ansiosamente mordía sus labios jóvenes!... Mientras, él acariciaba las palomas de sus pechos y se miraba en sus ojos castaños, pícaros y bonitos, un poco cansados del trabajo continuo y de las veladas, estrábicos en el dulce momento del placer. El mutismo elocuente del amor se apoderaba de ellos y callaban, callaban, inquietos, jadeantes, mirándose fijamente á los ojos y sorbiéndose en los labios el néctar del amor...

Aquel era el verdadero amor, el amor de la pobre virgen que no se había entregado á otro y que deseaba entregarse al estudiante truhán y embustero que la enmielaba con palabritas tiernas... Aquel era el verdadero amor, no el amor febril y semiimposible de la coquetuela María Luisa, que se estaba burlando de él mientras el torpe y triste marido la estrechaba entre su seno sin brazos; ni el amor lascivo y empalagoso de la vulgar Lolita, que se entregaba á él por capricho, por lujuria, como se hubiera entregado á un mozo de cuerda si un mozo de cuerda le hubiese agradado...

¡Ah, Matilde era la verdadera amada, la buena, la dócil, la pura... en medio de las impurezas consentidas por la tiranía del cariño!... Aquella era la amada de verdad, la que se entregaba á él desinteresadamente, sin lascivia y á la vez sin coquetería, sanamente, como las mujeres quieren á los hombres, con toda el alma primero y después con todo el cuerpo, si es necesario... ¡Aquella era la pobre novia destinada al abandono, la pobre novia que, mansamente, dócilmente, se iba convirtiendo en querida, prestándose á complacencias é intimidades que el cariño disculpaba!... ¡Aquella era la niña buena y triste, que se quedaría allí sufriendo y llorando por él cuando él se marchase!...

En la vida de Lola, ¿qué representaba él? Nada más que un capricho más, pasajero y olvidado en cuanto la ilusión carnal cesase. ¿Y en la vida de María Luisa?... Un adorador platónico, con quien ella coqueteaba para espolearle más en aquel amor difícil, y sabroso por lo difícil.

Matilde era la verdad y á ella había que volver, como al manantial puro del amor. Allí estaba el amor en su expresión completa, á la vez carnal é idealista, sensual y romántico.

XV

Cuando volvió Guillermo á pasear la requetesimpatiquísima calle del Tribulete, un nuevo aspirante á la mano de Matildita ocupaba su puesto. Relativamente nuevo, porque en el barrio era bien conocido de muchos años antes. Sólo que, durante las relaciones de Matilde con Guillermo, se había eclip-

sado discretamente tras de aquel astro de primera magnitud. El pobre muchacho comprendía su insignificancia de asteroide y dejaba el sitio á aquella estrella de luz propia...

Ahora reaparecía, viéndose solo en el firmamento, aunque sin esperanzas de conjunción. Era demasiado gusano para la estrella... El bien comprendía que muchachas de la calle, tan vistosas y bien acomodadas como Matildita, le hacían carocas y le ponían buenos ojos, convencidas de que era un gran chico, guapo mozo, trabajador de verdad y sin vicios...

Fabián era madrileño neto, nacido y habitante en la calle de las Provisiones, y ejercía el oficio de cerrajero mecánico. Ganaba un buen por qué, pues se había establecido por su cuenta, y era huérfano de padre y madre. Para una muchacha de la clase de Matildita representaba una proporción admirable. Y las vecinitas del barrio, que, como todas las mujeres, sabían dónde ponían el ojo, le hacían gatadas y lindezas, pareciéndoles poco todo el gancho y el cebo que pusiesen para pescar pez tan sabroso...

Fabián era un apuesto mancebo, rubio, gentil y de buena presencia. Robusto, curtido por el trabajo y algo tosco por su condición y linaje, pero al fin y al cabo un buen chico. Hasta ciertas casaditas livianas le miraban codiciosas, acaso musitando entre dientes:

—¡Vaya un buen chico!...

Desde niño sintió una desmedida afición por Matilde Rey. Cuando la veía de corto correr por aquellas irregulares y mal empedradas calles, con su falda por las rodillas y su trenza colgándole sobre la espalda, todos los ensueños fermentados durante su adolescencia de jornalero precoz refluían hacia ella. Los hijos del trabajo, que no pueden permitir-

se el lujo de soñar como los nacidos en buena cuna, aman y en el amor concretan todos esos ensueños, ocios de rico, que su vida ajetreada no les permite.

Matilde nunca le hizo caso, aficionada como era desde pequeña á los señoritos. Jamás se le pasó por las mientes que ella pudiera enamorarse de aquel galancete desmañado y sin finuras. ¡Ella, que gustaba tanto de las galanterías de los pollitos!...

El pobre chico mordióse el amor mal pagado y encerróse en una misantropía mal razonada, pero no sentida. Rehuyó hablar de la ingrata. Un cerrajero mecánico no es un poeta elegíaco, y si éstos desahogan sus cuitas amorosas en variedad de metros, los menestrales, quizá más poetas sin saberlo, cállanse y guardan en el corazón su resentimiento. En vez de poner en solfa ó en rima el nombre de la amada, no lo vuelven á pronunciar más; y cuando se ven obligados á ello, la voz sale velada de emoción...

En un taller de cerrajería se construyen cerrojos, pero no poemas, aunque puede haber muchos secretos poéticos encerrados. Fabián amaba cada vez más fuerte; su pasión avanzaba en razón directa del desprecio ó más bien de la indiferencia de Matildita, que ya ni le miraba siquiera con desdén como antes (lo cual había llegado á ser un consuelo para la infeliz), sino que se hacía la distraída ante él, aparentando no verle.

Fabián solía apostarse al anochecer, terminadas sus tareas cotidianas, á la puerta de la tienda de comestibles situada en la casa de Matildita. Era la única hora de solaz en su vida «aperreada», como él decía. En ciertas noches, solía pasar Matildita, ya sola, ya acompañada de un galán; y de todos modos, para él siempre era... Matildita, su único amor.

Cuando Matilde estaba en relaciones con Guiller-

mo acertaron á pasar los dos novios delante de la tienda una noche en que estaba Fabián. Matilde, pellizcando á Guillermo el brazo, le dijo, señalando al mozo:

—Ahí tienes á mi pretendiente...

Guillermo quedó pensativo y, mirándole, se dijo: ¡Pobre chico!... Pero cuando le daba verdadera compasión del cerrajero, era ahora, después de la ruptura. Comprendía (porque no era injusto consigo mismo) que Fabián quería á Matilde más que él y le parecía una crueldad robarle aquel cariño... Sin embargo, pensaba que la chulita no quería al cerrajero; por lo tanto, ¿qué importaba que él le cediera el puesto?...

El pobre Fabián, animado al no ver al estudiante rondar la calle, y comprendiendo que acaso entonces, viéndose defraudada, le haría caso por resignación, había reanudado el ataque con duplicado empeño. ¡La quería tanto que aceptaba las migajas de su corazón, las sobras de cariño que el otro había dejado!...

Cuando vió de nuevo al estudiante pasear la calle, el pobre jornalero perdió toda esperanza de éxito. Ya sabía él que aquella chica tenía una endemoniada afición á los señoritos y miraba por encima del hombro á los de su clase. De modo que, en metiéndose por medio el estudiante, derrota segura le amagaba.

Los vecinos, que estaban al tanto de su pasión perenne y de las oscilaciones que sufría, le daban vaya en cuanto veían el perfil elegante de Guillermo asomar por la esquina de la calle.

—Ya te están haciendo la competencia—le decía el tabernero del 12.

—No te quiere, rico—gritaba la portera del 8, abriendo su boca bestial y sarcástica.

—Mal te veo, Fabián—voceaba el jabonero del 10.

—¡Pobrecito!—susurraba alguna mujeruca de los aledaños.

Guillermo le miraba con lástima, poniéndose en su caso. ¡Dios mío, que mal anda repartido el mundo!—pensaba—. No sólo en el orden material, sino en las necesidades espirituales, todo está mal equilibrado. Las mujeres aman al que no las quiere y desprecian al que las adora... Quien más pone, pierde más en el juego del amor...

Aquel pobre muchacho, que adoraba á Matilde, era despreciado por ella; y en cambio él, truhán y embustero, que la había fingido amor, era siempre mimado y bien acogido. Bien acogido, ¡ah! eso sí que no...

Matilde se había puesto seria y altiva y hasta á ratos, desde el balcón tras el cual cosía, se permitía dirigir una que otra mirada á Fabián para dar «achares» á Guillermo. El balcón estaba abierto al aire tibio de la tarde primaveral. Guillermo solía pasear por delante de la casa todas las tardes, de siete á ocho. Pensaba encontrar una ocasión para hablar á Matilde y renovar con ella las antiguas intimidades...

Guillermo evocaba las noches de Enero y Febrero, en que el viento sutil del Guadarrama amorataba los rostros y hacía frotarse las manos frías. El las llevaba bien abrigaditas bajo el recio mantón de Matilde, y sus dedos sabios oprimían las fuertes caderas de la chula ó cosquilleaban en sus pechos erectos y en el nido suave de las axilas... Generalmente solían entrar en el Café de Barbieri, casi desierto á esas horas. Se sentaban siempre en las mismas mesas, y el camarero de turno ya los conocía y saludaba muy finamente á aquel señorito tan rumboso que dejaba buenas propinas. Allí Guiller-

mo y Matilde charlaban animadamente, repasando y contándose uno á otro los menudos incidentes del día. ¡Les parecía tan largo aquel espacio de veinticuatro horas que pasaban sin verse!... Los camareros, espoleados á la curiosidad por el fastidio que causaba aquel café poco frecuentado, les fisgaban y cuchicheaban entre sí, cambiando á veces sonrisas y miraditas burlonas discretamente. Parecían decirse: «¡Vaya, ese gavilán pronto se va á echar encima de la palomita!»

¡Y aquella tarde lluviosa y plomiza de Marzo, en que fueron al *Coliseo Imperial* á ver *Los hijos artificiales*, y Matilde se rió tanto con las escenas de la obra y Guillermo supo de más recónditas y tibias intimidades, ignoradas hasta entonces!... Sus ojos fingían distraerse con lo que veían en el escenario; pero cuando se volvían hacía él, de tarde en tarde, estaban llameantes de lascivia, y con ellos Matilde parecía darle las gracias por el goce intenso que le proporcionaba con el escurrirse de su mano traviesa entre las medias caladas y más allá de las ligas de color rosa!...

Y ahora, ¿podría él vivir sin aquellos dulces coloquios y aquellas más dulces exploraciones en el cuerpo cálido de Matilde, consentidas por el cariño en complicidad con sus veinte años bravos y sedientos de macho?... No; no era posible. Así como María Luisa era su ideal platónico, Matilde era su ideal carnal. No podía pasar sin una y sin otra.

¿Dónde encontrar otra mujer como Matilde, que asociase las ternuras de una novia con las perversidades de una querida?... Lo que sentía ahora con más tristeza era la abrumadora ausencia de una mujer soñada que no había llegado. O tal vez alguna había pasado por su vida y la había rechazado

con desdén ó por tedio. ¡Quién sabe si en los días de los goces sensuales, á la salida de los infectos burdeles, donde huele á tabaco picado y á heliotropo barato, había tropezado con su alma gemela! Tenía el recuerdo trémulo de una mañana en que notó estas sensaciones imprecisas. Fué en una casa de compromiso, en una calle tortuosa de un barrio bajo; una casa de retorcida escalera, con un pasillo donde varias puertas escondían escenas de torpe lujuria. En las habitaciones había, pegadas con engrudo, bárbaras estampas representando escenas de majas y chisperos, y un cuadro grande, formado con fotografías de matadores en moda, recortadas de alguna colección de cajas de fósforos. Asqueado de aquel ambiente plebeyo, de aquel olor á mancebía para menestrales, salía Guillermo con precipitación por las escaleras. Era una mañana friolenta, de últimos de Marzo, una mañana de cielo bajo y turbio y de inminente lluvia. La tristeza del cielo de agua aplicaba á las fachadas viejas y desencuadernadas de la calle una capa de desolación grisácea, como si allí se diese la condensación de todas las escorias del vicio ciudadano. Al salir Guillermo hubo de alzar el cuello del gabán; el airecillo de la mañana le picaba el cutis y hacíale cerrar los ojos, que conservaban aún esa ligera inyección propia de los excesos de gula y de sensualidad. Al franquear la puerta, que estaba aún medio entornada, enfrontó la figura virginal de una modista moviéndose con gracia por las losas mojadas de la calle estrecha. ¡Oh, qué aspersorio, qué bendito hisopazo de regeneración, qué purificadora agua lustral, la de aquel bonito semblante moreno, aquellos picaruelos ojillos, aquel fino pelo castaño, caído en gracioso desgaire sobre la frente, aquel talle quebrado que á veces mostraba sus hechizos

al agitar el mantón de paño; toda aquella figurita elegante y movible, recortada en el aire húmedo y frío de la hora matinal, como una encarnación de la gracia! La vió tan graciosa, tan hechicera, tan bonita, tan conmovedora y tan íntima, que no podía resistir la tentación de seguirla. Y ella, ¡qué mirada también le había dirigido al encararle en el umbral de aquella casucha torpe, cuyos misterios ya no se podían ocultar á su semi-inocencia de virgen de barrio bajo, cercenada por los dicharachos de patio de vecindad y por las veladas conversaciones de las compañeras de taller!... ¡Una mirada que era medio de desdén, medio de compasión; la mirada de la honradez que está segura de sí misma, y la mirada de la ternura femenina, que siempre aspira á suavizar heridas, á cerrar cicatrices, á ser caritativa enfermera!...

¡Cómo se parecía á Matilde aquella muchacha que le miró intensamente hasta que dobló la calle!... Le entró una tan irreprimible nostalgia de la chulilla morena y simpática, que decidió volver aquella misma tarde á verla y reanudar las pláticas íntimas por las callejucas lóbregas que circuyen la iglesia de San Lorenzo, «la parroquia de las chinches», bajo cuyo amparo se cobija la flor y nata del Madrid chulo y picaresco...

Todo concurría y conspiraba á recordarle las horas de amor y de goce incompleto pasadas junto á la chulilla...; horas que algún día habían de ser de voluptuosidad suprema si él se proponía reanudar las relaciones con Matilde, abandonadas por un sórdido egoísmo de muchacho rico que no quiere verse envuelto en trapicheos de consecuencias fatales...

A los pocos días de su ruptura con Matilde, cuando aún paseaba las calles con el rostro en una contracción de dolor, en esa actitud impasible y dis-

traída por la que difícilmente se despintan los que sufren desengaños de amor, Guillermo se encontró á su amigo y condiscípulo del bachillerato en Llanada, Manolo Baquero, frente á la calle del Desengaño—en ese lindo recanto de vía moderna, estridente del continuo trepidar metálico de los tranvías, por donde pasan las guapas modistas que viven en los barrios altos y nuevos de Chamberí y Vallehermoso—. Manolo estaba más pálido, los pómulos más cavados, los ojos más hundidos, la mirada más fosca y falsa, como deleitándose ya en escudriñar legajos de pleitos.

—Parece que estás reclamando una toga—llegó á decirle Guillermo en un festivo trueque de saludo.

—¡Hola, barbián!—cumplimentó Manolo.

Y con una sonrisa forzada que le dilató el rostro lúgubre:

—Es á lo único que aspiro...

Manolo había sido un estudiante de los más truhanes y desaplicados de Madrid durante toda la carrera de Leyes, que aprobó á trompicones, y ahora, próximo á terminarla, le entró el prurito de la formalidad. Dejó de concurrir á los salones de baile, de los cuales hasta entonces fuera asiduo visitador. También había abandonado las timbas, en las que dejaba gran parte de la crecida mensualidad que le remitían sus padres, acaudalados ganaderos de Llanada. Se recluyó en su hospedaje como en una Tebaida y pasaba los días y las noches estudiando con verdadera saña, con la misma saña que antaño había puesto en sus calaveradas.

Guillermo no le había visto lo menos en seis meses, y le encontraba desconocido. No era el mismo Manolo, jaranero y burlón, que piropeaba á todas las modistas que pasaban á su lado. Era un muchachito formal, serio, con rostro de jurisconsulto...

—Manolito, buenos ojos te vean... Pero, ¿quién te conoce, hijo mío?

—Algún día me había de entrar la seriedad. Estoy sentando la cabeza...

—Bien, hombre, bien. ¿Y dónde te hospedas ahora?... ¿Cambias de posada con tanta frecuencia como antes, que mudabas cada ocho días?

—No, hijo, no; esas son cosas de la juventud, que ya me va pasando.

—Adiós, sexagenario. Cualquiera diría, al oirte, que tienes cuarenta años.

—No, pero voy para los veintiséis... Y alguna vez hay que enseriarse...

Manolo no era el mismo de antes, no; hasta hablaba con un tono de voz más engolado y enfático. ¿Quién reconocería en aquel leguleyo en agraz al punto de baile de la Costanilla y de la Flor, que hacía dos años perseguía modistas y tenía por amantes muchachas alegres, de las que van á la cuarta de Apolo?... Hasta en el traje se había modificado: antes vestía siempre con gorra inglesa, trajes azul marino—de buen corte, eso sí—chalecos de fantasía y la típica capa española, en la cual se embozaba gallardamente. Ahora iba todo de negro, con sombrero hongo y botas de brodequín, estirado, rígido, como un curial prematuro.

Hizo una transición en su plática y preguntó á Guillermo con tono algo zumbón:

—¿Sabes quién se casa dentro de unas semanas, en Llanada?

—¿Quién?

—Tu adorado tormento de otra época... Carmencita Roldán...

—¿Con quién? ¿Cómo?—murmuró Guillermo algo cohibido y balbuciente.

—Con un empleado de Correos, un pobre hom-

bre... Ya ves; esas niñas de tantos humos siempre acaban así, apencando con un cualquiera.

—¡Ah!—murmuró Guillermo sin saber decir más.

—¿Y tú qué te haces ahora por ahí? ¿Amas mucho? ¿Andas en algún trapicheo?... Hombre, á propósito—añadió, como recordando algo. El otro día conocí á una ex novia tuya por casualidad. Me encontré con una antigua novia mía... novia y algo más, ¿eh?... que iba por la calle del Príncipe en compañía de esa muchacha. Por cierto que es muy guapilla y muy simpaticona... Me parece que dijo que se llamaba Matilde, ¿verdad?...

—Eso mismo.

—Pues, chico, te felicito, porque la muchacha lo vale...

Guillermo sonreía, algo de satisfacción y algo de ironía. ¡Si sabría él bien lo que valía Matilde!...

—Por cierto—continuó Manolo—que la chica está chalada por ti... En cuanto supo que era amigo tuyo... porque mi ex novia, con toda intención, me preguntó si te veía alguna vez... ella me preguntó también con mucho interés detalles de tu vida y de familia... Yo te hice el artículo... como comprenderás...

—Gracias, Manolo; pero lo mismo me da, porque no pienso seguir con esa muchacha...

Algo le murmuraba allá muy en lo hondo que mentía y que tenía unas ansias atroces de volverse á encontrar con Matilde para que se le ofreciese ocasión de reanudar las relaciones...

—Pues tonto serás si no sacas partido de esa conquista... Porque la chica merece la pena...

—No me conviene...

Manolo recobró por un instante su sonrisa irónica de estudiante corrido y conocedor de las modistas madrileñas.

—¿No te conviene?—replicó—. ¡Tonto!... ¿Tú crees que te puede traer algún perjuicio ni contraes responsabilidad alguna aunque te acuestes con esa muchacha?... ¡Si fuera una burguesita, bueno!... Créeme á mí, que las conozco. El bello ideal de las modistas madrileñas es tomarles el pelo á los jornaleros, á los de su clase, dejarse deshonrar por un estudiante que les alegre los años de la juventud... y acabar casándose con un hortera... que los hay para todo... Consulta á todas las que pasan por aquí de una á una y media... y verás cómo te contestan que es verdad lo que te digo...

Cruzó ante ellos, trepidante y atestado de gentes, un tranvía... Manolo corrió desalado hacia él, separándose de Guillermo.

—Chico, te dejo; que voy á coger ese tranvía aprisa y corriendo. Tengo que almorzar al vapor para irme luego á la Universidad. Ahora vivo en la calle del Divino Pastor, 6. Allí me tienes. Adiós, Guillermo.

—Adiós, Manolito...

XVI

Era una noche lluviosa y retrasada de invierno, á pesar de ser ya mediado Abril. Las siete daban en el reloj de Santa Cruz cuando Guillermo doblaba la esquina de la calle de las Huertas por la iglesia de San Sebastián. Es aquél un rincón de Madrid característico y legendario. Pudiera considerarse como uno de los puntos tangenciales donde el viejo Madrid de los chisperos y las manolas con-

fluye con el Madrid de los tranvías eléctricos y de las calles asfaltadas. Ante la fachada trasera del templo, desnuda y fría como una fe que no se siente, extiéndese un ancho patio enlosado, circuído de una herrumbrosa verja sin hiedra y sin poesía. Allí se expenden flores en los días fragantes de primavera, y algunos traficantes canónicos regatean menudencias eclesiásticas á las devotas del barrio: rosarios, escapularios, estampitas de imágenes coloreadas profusamente... Enfrente está el Centro del Ejército y de la Armada, con su pared seria y sin colorines, como un artículo disciplinario. En el balcón central se ven con frecuencia militares de empinados mostachos y empinado orgullo, sonriendo fachendosamente, con ese horrendo donjuanismo militarista, tan satisfecho de sí mismo porque sabe que gusta á las mujeres. La plaza del Angel, con su gran farola en medio, aún presenta cierto aspecto recogido, como el centro de una capital de provincia de segundo orden. Por el ángulo del edificio que ocupa el Centro, vienen en invierno frías bocanadas de la desabrigada Plaza de Santa Ana, cuya arbórea densidad compacta de un verde negro contrasta con los vivos resaltos de los focos incandescentes del Teatro Español. Se siente en aquella rinconada de las Huertas un hálito de vida tranquila, sólo turbada por el estrépito intermitente de los tranvías que cruzan la calle de Atocha. Atrás queda una población ruidosa y festiva, cosmopolita, iluminada, desde aquí se desarrolla el Madrid típico y goyesco, que tiene por centro de animación la Plazuela de Antón Martín y la bajada de Atocha.

Guillermo habíase apostado allí á las siete en punto, sabiendo que de siete á siete y media cruzaba Matilde. Le agradaba más abordarla allí que en su propia calle, donde un desaire hecho en el

primer momento de rabia por la chula sería pasto y comidilla de las comadres de la vecindad durante mucho tiempo. Le enteró de la hora en que Matilde salía á entregar una vecinuca de aquellas que conservaban por él cierta simpatía, engendrada por los caramelos que el estudiante repartía á algunos chiquillos de su especial predilección. Guillermo había dado bastante que hacer á una confitería de la calle de Lavapiés, donde, durante el invierno, cuando bajaba á ver á Matilde, se surtía de caramelos y bombones para los pequeñuelos del arroyo que le eran simpáticos. Las mamás le agradecían el regalo, como es natural, en nombre de los pequeños, apenas capaces de balbucear en su media lengua un «gracias» tímido y torpe. Luego, en justo pago á su almibarada munificencia, le hacían servicios de otra índole: alcahueteos hechos de buena voluntad y con efusiva palabrería; alcahueteos más frecuentes de lo que se cree entre esta gente de los barrios bajos, buena en el fondo, de corteza un poco áspera, y sobre todo, de espíritu pícaro y zumbón, pero que no desprecian al señorito más que cuando el señorito es tímido en demasía y merece ser objeto de la rechifla pública por su cortedad, ó cuando es sobradamente petulante y orgulloso y trata de humillar con sus modales á estas buenas gentes.

Ni de lo uno ni de lo otro adolecía Guillermo, pues, por el contrario, para adaptarse más al ambiente en que quería moverse, llevaba gorra y á veces gallarda capa española, dando así su indumentaria una impresión fluctuante entre la del señorito chulo y la del jornalero acomodado. Por lo cual, todo el vecindario le estimaba, guardando las debidas distancias de posición social, pues bien sabían que, cuando le daba la ventolera de ponerse de gala,

usaba el vestuario que le correspondía como á señorito acomodado...

Era frecuente, cuando paseaba la simpática calle del Tribulete, que una vecina se le acercase para decirle con aire de misterio:

—La Matilde se ha marchado...

O bien era otra que decía á una compañera con la que parloteaba en el portal, hablando alto y como si no fuese con él la cosa:

—Pues ese pollo se va á helar ahí esperando... A las seis he visto yo salir á la Matilde, que iba á entregar hoy más temprano, porque han acabao antes la labor...

La que le comunicó ahora la interesante noticia de que Matilde salía todos los días á entregar á las siete y pasaba por la Plaza del Angel de siete á siete y media, fué la Micaela, mamá de dos niños muy rubios y muy monos, con quienes Guillermo dilapidaba la calderilla á manos llenas en caramelos. La Micaela era una chulona bravía y guapa, como de unos treinta á treinta y dos años, sastra de oficio y capaz de cantarle las cuarenta al gallo de la Pasión y de tenérselas tiesas con el Sursumcorda, especie de personaje mitológico y antropomórfico á quien ella apelaba en última instancia é invocaba en las grandes solemnidades, que solían ser para ella los días en que su esposo venía de pítima y las reuniones que celebraba el gremio de sastras en el Centro Republicano de la calle de los Abades...

¡Oh, allí había que ver á la egregia chula, vociferando contra los salarios mezquinos, increpando á los patronos avaros, fustigando á todo bicho viviente!... ¡Y cuándo desataba la trompetería de su cólera y los trenos de su indignación contra el cuitado concejal del distrito ó socio del círculo, que presidía el acto, con atribuciones de poder moderador,

ejerciendo de Romanones de aquellas Euménides, más temibles en verdad que los diputados de la minoría republicana en el Congreso!...

Había que ver entonces á la Micaela, porque allí era donde estaba ella en sus glorias... Aquella mujer había nacido para la oratoria; y si en la castiza calle del Tribulete prendiesen y encarnasen algún día los delirios de las sufragistas inglesas y el voto femenino fuese una realidad, nadie con más bríos que la gentilísima Micaela para representar en Cortes el distrito de la Inclusa... ¡Y á ver si su marido, el linfático y haragán Manolo, ebanista de oficio, tenía riñones para divorciarse de ella, como prometió hacer Proudhon el día en que su esposa llegase á ser elegible y electora y gozase sin restricciones de las prerrogativas inocentes que da el sufragio universal!...

La Micaela sentía un desprecio profundo por su esposo, alcohólico, indolente y necio, con quien se casó, según confesaba ella misma, por casarse y, además... por «la fachada», pues ha de advertirse que Manolo, á los veintitrés años—edad en que celebró sus bodas—era un arrogantísimo mozo de pelo rubio, cuerpo esbelto y semblante correcto y señoril, que luego el alcohol, las privaciones y los disgustos de la vida conyugal—sobre todo el alcohol—fueron consumiendo y estropeando. Tampoco era costal de paja la Micaela, garrida moza, de frondosa cabellera negra, ojos bonitos, boca encendida, pechos de sirena y fuertes caderas de mujer prolífica. Como no se casó con Manolo más que por «el palmito», y el palmito aburre y hastía á los diez meses de vida en común, la ilusión de los tiempos de noviazgo se trocó en repulsión y desdén profundo. ¡Le veía tan perezoso, tan desmadejado, tan poco viril siempre y más en los duros trances de la

existencia, sin más refugio ni más consuelo ni más solución que la taberna! De ahí, por una lógica viciosa, dió en sentir un gran desprecio por todo el sexo masculino, que le parecía menos denodado y menos... viril que el sexo á que ella pertenecía, ¡como si su esposo resumiese las cualidades y los encantos del sexo fuerte!... ¡A tal punto llegó este tácito desdén de la Micaela hacia los machos, que, á vivir en un centro de civilización gastada, como París, hubiera dado días de gloria á los anales de esa aberración torpe y extraña que llaman lesbianismo, que, afortunadamente, no ha llegado á los escondrijos del Madrid chulo, donde moran estas mujeres castizas!...

Su aversión hacia el sexo feo se traducía en una frase extremosa, que solía usar cuando las discusiones subían de punto en el caserón de la calle de los Abades y el presidente la llamaba al orden. Entonces la Micaela, con el bonito rostro congestionado, apoyando las manos en la cadera, bellísima como una leona joven, solía gritar, dirigiéndose á sus compañeras:

—¡No tenéis reaños pa na!... Si es lo que yo digo... Paecéis hombres.

Sin embargo, no se crea que la Micaela era mujer de instintos perversos y crueles. Con Guillermo fué siempre panal de miel y arropía, porque el estudiante mimaba á los hijos de esta Pentesilea de los barrios bajos y la hería en su flaco sensible, que era, como es en todas las mujeres, por fieras que ellas sean, el amor materno. Por esto consentía en dar á Guillermo noticias de su Matildita, sacrificio que era doblemente de estimar en tan valerosa é invulnerable dama, poco dúctil á complacencias y debilidades femeninas.

El día en que Guillermo esperó á Matildita en la

Plaza del Angel no tuvo que impacientarse mucho. El reloj de Canseco, colocado en la esquina de la calle de San Sebastián, marcaba las siete y cuarto cuando la chulilla apareció por la embocadura de la calle de Espoz y Mina. Venía más ágil, más maja, más... chulilla que durante el invierno; el mantón de chal, menos pesado y recio que el mantón tremendo de las épocas invernales, la hacía más esbelta, más castiza, más madrileña. El peinado onduloso y complicadísimo también la favorecía mucho.

Al verla, Guillermo recordó un capricho que él había tenido muchas veces durante los cuatro meses y pico de relaciones con Matilde. Era levantarla en vilo como á una niña y sentir palpitar bajo sus dedos los pechos fuertes y duros de la chula. Ella se resistía al principio, no comprendiendo esa manía de Guillermo; pero cuando ya consintió los primeros besos y las primeras caricias del novio audaz, no pudo rehusar ese favor menudo. Y por la melancólica travesía de San Lorenzo ó por la pina calle de San Cosme ó por la sombría calle del Doctor Fourquet, ¡cuántas veces Guillermo la levantó en alto como á una chiquilla y ella se estremeció de júbilo pueril al sentir la presión del amado en su cuerpo y al rendirse al atractivo de la fuerza, de la virilidad!... ¡Qué francas y sonoras carcajadas lanzaba Matilde en estas calles, por donde á esas horas apenas circulaba un transeunte!...

Ahora, al verla llegar, pensó Guillermo que, sin el mantón recio y pesado del invierno, con aquel mantoncito de chal, suave y ligero, pesaría menos que una pluma la leve figura de Matilde. Y sintió unos deseos enormes de abrazarla y de levantarla en vilo...

Avanzó hacia ella y la paró en seco, interpelándola:

—Matildita, ¿qué tal te va, hermosa mía?...

—Bien, ¿y usted? — contestó ella, displicente y seca.

—¿Qué es eso de usted? ¡Pues no te has vuelto poco ceremoniosa!...

Sonrió levemente la chula y replicó:

—No sé por qué voy á gastar confianza con quien se porta como tú te portas conmigo...

Esto de tutearle á la par que le reprendía, era ya un armisticio y á la vez una manera de entrar en combate. Guillermo lo comprendió así y replicó:

—Yo no me he portado mal contigo. Tú eres la que has interpretado mal mi manera de obrar...

—Está bien, hombre, está bien. Yo tengo la llaga y tú te pones la venda...

—No es eso, hija mía. Es que tú no me quieres entender. Yo dejé de ir á verte porque... porque vi que tú estabas más arisca y más tonta que los primeros días...

—Es natural; con las cosas que me contaban de ti, ¿cómo iba á estar? ¿No me decían que te habían visto con una pendón por la calle del Salitre y que ibas á su casa cada pocos días?... Pues ó el pendón ese... ó yo...

—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? Esa es una amiguita mía á quien voy á ver alguna vez... porque necesito ir á verla... y tú eres la novia á quien quiero de verdad... para casarme...

—Pa mí que nieva... Vamos, hombre, si te habrás creído que yo me las trago tan gordas...

—Ya las tragarás, ya...

Sonrieron ambos, picarescos, maliciados del doble sentido, y prosiguió Matilde:

—Como que yo me creo que tú te vas á casar conmigo... Tú te casarás con una niña cúrsile de esas

de tu pueblo. ¡Valiente gilí estás hecho tú pa que no te cace una de esas bobonas de tu tierra!...

Soportó con calma el insulto á las dulces niñas de su tierra natal, que, efectivamente, son bobinas y hasta *bovinas*, por sus ojos tranquilos de vaca; tan distintas en todo de las alegres y pizpiretas madrileñas.

Matilde prosiguió:

—¡Como que yo no me lo figuro! Ya te la tendrán preparadita en tu casa. Buena se pondría tu mamá si le llevaras allá una modistilla, una chula madrileña... Se figurará que todas somos cualquier cosa, cuando menos...

—No digas esas cosas, niña. Cuando yo vaya á mi pueblo y enseñe por allí tu retratillo, vestida de mantón de Manila, descacharras á aquella gente...

—¡Como hay Dios que sí!—dijo Matilde irónicamente—. ¡Bastante les importa eso en no habiendo *parné*!...

—Ya verás, ya verás cuando yo acabe la carrera y nos casemos y te lleve á mi pueblo...

—¿Es pequeñito tu pueblo?—interrumpió Matilde, embebida en la nostalgia de lo desconocido...

—Sí, es muy pequeño, pero muy bonito. Todo él encimita del mar; desde mi casa al mar hay dieciséis escalones... Cuando nos bañemos, tú no tienes más que sentarte en uno de aquellos peldaños de piedra, y cuando está la marea alta te cubre el agua...

—¡Ay, qué miedo!... ¿Y si me ahogo?...

—Yo te salvaré, que sé nadar... Verás qué bien lo pasas en mi pueblo... Corre un airecillo más fresco...

—Como los niños de allí...

—¡Pillina!...

—Sí, pillina... Ya te cazará alguna otra más pillina que yo y de allí, de tu mismo pueblo...

—¡Por Dios!... Si son más sosonas... más bobas... Les tengo una antipatía á las niñas de mi pueblo... Al lado de una madrileñita bien peinada y bien calzadita, como tú, un poco chula, ¿qué valen aquellas pavisosas?...

—Sí, sí, será verdad, pero allí tu familia te tiene un matrimonio preparadito para el día en que termines la carrera...

—Bueno; déjate de pensar en esas tonterías y piensa en que nos queramos mucho y volvamos á ser tan buenos amigos como antes...

—¿Para qué? Para que me la estés jugando todos los días con cualquier golfilla de la calle?

—Eso ya sabes que no es verdad, pues sólo me han visto un día con esa amiguita mía, que la conozco hace mucho tiempo y no puedo menos de acompañarla cuando me la tropiezo por la calle, porque me compromete...

—Pues si ahora haces eso, cuando vayas á tu pueblo, allí, que no te veo yo, acompañarás á todas las que te dé la gana.

—Ya te he dicho que les tengo *incha* á mis paisanas... No acompaño más que á algunas muy amigas de mi familia ó medio parientas. Porque allí todos somos parientes.... Además, en mi pueblo no hay esa clase de socias tan comprometedoras como Lolita...

—¡Ah, se llama Lolita tu amiga!... ¡Qué nombre tan bonito; seguramente como la dueña!... ¿Y dónde vive esa prójima?...

—S'ha mudao—contestó Guillermo chulescamente.

—¿A que acierto yo dónde vive? ¿A que vive en la cae del Salitre?...

—No sé por dónde lo puedes tú saber...

—Porque no se necesita mucha pupila para averiguarlo... Porque dos ó tres veces que he querido que pasásemos por esa calle, no has querido de ningún modo... Y la última vez que te quise llevar por allí, recuerdo que te pusiste hasta pelma...

—No me acuerdo de tal cosa...

—Es que eres tú muy frágil de memoria...

—No tanto como tú, que á los dos días de enfadarnos, ya no te acordabas del santo de mi nombre, y aquel día que te encontré en la calle del Mesón de Paredes no quisiste ni mirarme á la cara...

—Hombre, me hace gracia. ¡Pues mira que tú te portaste bien!... Porque tuvimos un disgustillo pequeño, por lo que me dijeron de que te habían visto con esa golfa, ya no apareciste por mi calle... Yo me quedé tan tranquilita en mi casa y me dije: Si es de ley, ya volverá...

—Y ya ves que volví... Pero me recibiste de ole. Acuérdate de aquel día que te tropecé en la calle del Ave María y me despachaste con cajas destempladas. Necesitaba yo no tener amor propio para haber vuelto. ¡Como ahora!... No tengo vergüenza cuando me acerco á ti...

—Pues anda, lárgate, que yo no quiero sinvergüenzas á mi lado...

—Calla, tontina, si eso es una broma mía... Anda, antes de llegar á casa, dame un beso, de aquellos besos tan ricos que me dabas en el invierno...

Estaban los dos novios en el cruce de las calles de Miguel Servet y del Amparo, en una rinconada sin luz y sin gente. Guillermo cogió entre su mano la barbilla suave de Matilde y estampó un beso rotundo en su boca encendida. La chula gritó, entre esquiva é incitante:

—Quítate de ahí, golfo, tunante, que no sé cómo tengo vergüenza para hablar contigo...

—Porque sabes que yo te quiero mucho y tú me quieres á mí un poquitín...

—Sí, unas miajas... Ya; buen truhán estás hecho tú... ¡A cuántas habrás engañado así como á mí!...

Por toda respuesta Guillermo volvió á apretar á la chulilla contra su pecho y la besó de nuevo, plenamente, ávidamente, con la impaciencia del que ha estado esperando mucho tiempo unos besos que recordaba con fruición. Y la chulilla, rendida, dócil, buena, se dejó besar de aquel estudiante tunante que nunca sería suyo totalmente, porque otras muchas mujeres le habrían de robar su cariño.

Daban las diez en el reloj de San Lorenzo cuando Matilde, emocionada por la reconquista de aquel chiquillo golfo tan idolatrado, penetraba en su casa de la calle del Tribulete.

—¡Qué sofocada vienes, hija!—le gritó una vecinuca que estaba en el portal aguardando á «su hombre»...— ¡Parece que has andado á la greña con tu novio!

—Al contrario, me he arreglado con él...

—¿Con cuál? ¿con el estudiantillo?...

—Con el mismo. Para que rabien algunas panolis de la vecindad...

—Supongo que lo dirás por las planchadoras, ¿eh?, que te tienen una rabia... porque ellas no son quiénes á sacar novios señoritos como tú...

—Pues claro está, hombre... ¡Si no le dejan á una vivir esas *pagüés!*... Que si el novio de la Matilde para arriba, que si el novio de la Matilde para abajo... ¡Lo mismo que el día que pasó mi novio por aquí en coche!... ¡Como que yo no sé todo lo que ellas dijeron!... Pues si viene en coche, es porque tiene para ello, y el que tiene, lo gasta... no como ellas, que no comen caliente la mitad de los días...

—Ya se ve, hija. Y que lo digas. ¡Son más coti-

llas esas niñas! ¡Yo les tengo un asco!... Si pudieran, nos quitarían á todas los hombres... Pero ¿á quién van á conquistar ellas con esas caras que Dios les ha dao?

—Y con esos cuerpos. ¿Usté se ha fijao, señora Engracia? Sobre todo, la mayor es cabalmente doña Rasa...

—Bueno, chica, te dejo, que por ahí viene mi adorado tormento. Nos vamos á Lo Rat Penat, á ver una seccioncita...

—Que se divierta, señora Engracia.

—Igualmente, Matildita. Y que sigas con ese jovencito tan fino y tan simpático.

—Gracias, señora Engracia. Adiós...

—Adiós, rica.

XVII

Todos los enamorados madrileños conocen á ciegas—á ciegas y tropezando anda siempre el niño del carcaj—los escondites umbrosos de la Moncloa y del camino del Pardo. Por allí han paseado en tibias mañanas de primavera ó en tardes de domingos del invierno, y cada árbol les recuerda un episodio de su amor y cada banco de piedra ó de madera guarda el secreto del cuerpo cálido de la amada...

Hay un caminito ancho y umbroso que va desde la Granja Agrícola al camino del Pardo, donde Guillermo había paseado muchas veces. El suelo ocre del camino y los ramajes crecidos de los árboles le recordaban á Guillermo las carreteras asturianas. Los árboles que doselaban el camino parecían cas-

tañedos frondosos de los que sombrean las pinas callejucas de su tierra...

Allí se citaron á las cuatro de la tarde de un jueves abrileño y florido, Guillermo Luaces, Paquito Mazón, Antonia Castillo y María Luisa Cano... A través de los ramajes de los árboles se veían trozos de cielo intensamente azul y el sol doraba las praderas cercanas. A lo lejos, bien marcadas en el aire claro, sonaban las notas entre dulzonas é irónicas de *El método Gorritz*. Guillermo, que estaba solo, impacientado en la espera de los compañeros, paseaba arriba y abajo, entreteniéndose en tararear lo que el piano lanzaba en sus notas metálicas y agudas:

«Pampero,
si me olvidaste, zalamero,
déjame entornar los ojos
pa decirte que te quiero...»

Cuando terminaba de canturrear este danzón criollo por tercera vez, apareció al extremo del camino la gentil figurita de María Luisa, seguida de la menuda personilla de Antoñita y de la esbelta y enjuta traza de Paco Mazón. Los dos novios iban emparejados, á cierta distancia de María Luisa, que delante de ellos correteaba alegre y traviesa como una colegiala en libertad. Toda su persona respiraba ese aire de satisfacción que es común á las mujeres casadas — sobre todo á las casadas á disgusto — cuando están lejos del esposo tirano.

Avanzó Guillermo hacia la adorada con una efusión juvenil y romántica.

—¡Oh, María Luisa! ¿Qué tal?...

—Bien, ¿y usted, Guillermo?...

—Bien, gracias, aunque siempre sufriendo al acordarme de usted.

—Se atormenta usted porque quiere...

—No, porque quiero, sino porque me obliga á ello el cariño que le tengo...

—¡Oh, ustedes los hombres son muy fáciles en prometer y muy difíciles en cumplir!—dijo ella.

—Serán algunos; pero quien la quiere tanto como yo á usted no puede jurar en vano...

—Pero usted no se ha fijado en que si se entera mi marido se arma la de San Quintín...

—Lo mismo me da. Lo arrostro por usted todo, todo, todo...

Ella, notando el tono apasionado de su voz y queriendo desviar la conversación, dijo:

—Pero, ¿y esos tórtolos? ¿Dónde se han quedado?

Volvió Guillermo la cabeza y dijo:

—Vienen ahí detrás...

—Claro, como hoy todo el día están de monos, no querrán que nos enteremos...

Paco y Antonia venían detrás; él con su esbelta y flexible figura, que de tan flexible parecía troncharse; ella, con su figurita menuda y primorosa, como un *bibelot*. Los dos, manojos de nervios, discutían acaloradamente y no se arañaban por milagro, ó, mejor dicho, por el respeto que la otra pareja les inspiraba. Guillermo envidiaba la felicidad amarga de aquellos enamorados, que no podían estar juntos sin reñir, pero tampoco podían estar un día separados. Señalando hacia ellos, dijo á María Luisa:

—¿Cree usted que no son dichosos esos dos hasta cuando riñen? Buena envidia les tengo, y bien quisiera que una mujer me diera motivos para estar riñendo todos los días, porque era señal de que nos queríamos mucho:

Quien diga que ha enamorado
sin sufrir ni padecer,
ó siempre ha sido muy necio
ó nunca ha querido bien...

—Sí; la gente dice eso—contestó María Luisa—, como dicen también que «los amores reñidos son los más queridos» y «quien bien te quiere, te hará llorar»... Pero eso no es verdad. A mí me parece que los enamorados verdaderos son los que siempre se llevan muy bien...

—Si hay perfecta armonía entre los dos caracteres...

—Esa nunca la hay completa; pero hay que ser tolerante, pasar por muchas cosas...

—Hay cosas por las cuales no se puede pasar...

—¡Ay, Dios! Pues si una no pasara por tantas cosas como pasa y no se resignara, ¡cómo andaría el mundo!...

Al decir esto, María Luisa ponía en la inflexión de voz un tono de amargura íntima que hablaba de grandes desengaños y grandes tristezas padecidas en silencio. Habían salido ya al camino del Pardo y caminaban delante, muy cerca uno de otro, mientras la pareja amorosa les seguía los pasos, gritando desaforadamente. El cielo era de un azul límpido, bruñido; los árboles estaban quietos, serenos, con sus ramajes frondosos dando sombra al viandante; se aspiraba el aroma de las últimas violetas y de los primeros claveles. Los prados que hay al borde de la carretera, iluminados por el sol, le recordaban á Guillermo los prados cercanos á Puertuco, donde él iba de niño á perseguir mariposas, coger nidos de calandrias y arrancar velloritas ó margaritas silvestres. ¡Qué clara, qué suave y qué aromática estaba la tarde!... Reía el sol sobre

los prados; los árboles brindaban sombra propicia á descansar y á soñar...

Y bajo un álamo esbelto se sentaron los cuatro, en espera de los restantes invitados á la fiesta. Aquel caminito umbroso y largo, que parecía perderse en el infinito, daba la sensación de una alameda de provincia, callada y recogida...

Guillermo se acordaba de la alameda de Llanada, extramuros de la ciudad, allí donde el río claro retrata en su fondo los trozos de murallas ennegrecidas por el tiempo y los árboles esbeltos que crecen en las márgenes. Allá iba el soñador adolescente á llorar por su amor mal correspondido, en los comienzos de la pasión que sintió por Carmen Roldán.

Guillermo miraba á María Luisa, que estaba sentada á su lado, y le parecía más embellecida por el aire del campo y por el ambiente pastoril que la rodeaba. Corría un ventecillo fresco entre los árboles y seguían sonando á lo lejos metálicas notas de organillos. Paquito y Antonia estaban arrinconados bajo un árbol, discutiendo y manoteando acaloradamente.

A lo lejos, por la carretera polvorienta, aparecieron unas figuras que la distancia empequeñecía. Luego, según iban acercándose, se marcaban los contornos y pronto los cuatro expectantes las conocieron y lanzaron un hurra de satisfacción á su llegada. Eran los restantes invitados á la fiesta, que formaban un grupo encantador con sus vestiduras polvorientas y sus rostros sudorosos, como exploradores del Sahara.

Componían el grupo doña Rafaela, la menuda y vivaracha mamá de Antoñita Castillo, retrato fiel de su hija en el tipo, en la voz y en los modales; don Carlos, papá de Antonia; doña Petronila, hermana

de don Carlos; Pura, la hermana menor de Antoñita, y don Nicasio, un amigo de la familia...

En un abrir y cerrar de ojos se organizó la juerga. Todos ellos eran gente animada. Don Carlos, el papá de Antonia, era un artesano madrileño de buena cepa, de lo castizo, de los que gozan con ir de rumbo á San Antonio de la Florida y comer churros con aguardiente. Era regente de una imprenta en la Cava Baja y vestía siempre de señorito: con sombrero hongo (éste á perpetuidad, aunque llevase encima la azul y honrada blusa de tipógrafo), y cuando se endomingaba, lucía un terno adquirido en El Aguila, donde hay ropa hecha tan maravillosa, señores; ¡que los niños gomas se pierden cada ganga!... Cuidábase mucho del calzado, que siempre llevaba nítido y «á la dernière», como él decía—pronunciando todas las letras—, comprado invariablemente en «La Perfecta», zapatería castiza de la Plaza del Matute. El compraba allí el calzado desde que se casó, ¡ya iba fecha! Presumía de pie chiquito y, en efecto, lo tenía casi microscópico, inverosímil, digno de una princesa china. Por lo demás, él era viril y robusto; de mediana estatura, el rostro moreno tirando á cetrino, los ojos vivos é inteligentes, muy negros y muy penetrantes en el mirar, las facciones casi correctas, el pelo y el bigote brillantes como el azabache. Era, en fin, un tipo exacto de hombre meridional, de una fuerza condensada en una talla mediana.

Su hermana doña Petronila era igual que él, aparte de las diferencias de sexo. Un poco más bajita, como mujer, pero al fin de mediana estatura dentro de la proporción del sexo; con los ojos incisivos y taladrantes, la nariz aquilina, la boca ni grande ni chica, la dentadura nítida, el cutis áspero, el color cetrino y el pelo lustrosísimo, más brillante

aún que el de su hermano á fuerza de cosméticos y pomadas. El cuerpo era algo disforme dentro de la regular estatura; demasiado abultados los pechos, que rebosaban del corsé, como un mar que no se contiene en un dique; las caderas excesivas, ¡demasiadas caderas, Señor! ; ¿para qué tantas, si además no cumplían la misión noble de todas las caderas de mujer, no eran unas caderas *teleológicas* (y valga la pedantería), no servían de arca á las vidas futuras? Una soltería prolongada y llevada á disgusto había ajamonado á doña Petronila, que, entre paréntesis, se indignaba de que le antepusiesen el respetuoso doña. También se avergonzaba de tener unas sobrinitas casaderas, como Antonia. «¿Cómo se arreglarán estas chiquillas?—pensaba ella—. ¿Cómo embaucarán á los hombres? Ahí tiene usted esa quisquilla de mi sobrina, que es talmente una quisquilla, y con novio desde los quince años, cuando aún mamaba, y ahora que tiene veinte ya casi para casarse...» Porque Paquito iba con buen fin y se casaría, quisiera ó no... que sí quería. ¡Y ella, que se había pasado los treinta y cuatro años de su vida (treinta y cuatro, decía ella para autosugestionarse, para engañarse á sí misma y convencerse de la verdad de aquella mentira piadosa, lo de los treinta y cuatro que por todas partes divulgaba y en los cuales había permanecido estacionaria... pero que, en rigor de verdad, y según las cuentas del calendario, eran cuarenta cumpliditos)... treinta y cuatro años echando el gancho y nada, que nadie picaba... si acaso, alguno había mordido el anzuelo y había escapado después, como esos peces listos, que saben latín, según los marineros de Fabricia... La carnada era fresca y tentadora y gustaba á los peces ¡buenos peces! de la Plaza de Cabestreros y aledaños—porque ella siempre había

vivido en la calle de Caravaca, con su hermano Carlos... Pero no había quien tragase el anzuelo. Con lo cual, doña Petronila andaba desasosegada é inquieta, con unas ansias feroces de macho que asomaban á sus ojos vivos y negros. Pero se contenía por respeto á su hermano, y jamás tuvo en su vida una sombra, de lo cual se envanecía muy mucho. Gustar... le gustaban casi todos los hombres... pero cuando veía que no había posibilidad de enganche, se apartaba de ellos para no caer en la tentación.

Don Nicasio, gran amigo de Carlos, era un hombre delicioso y jovial. Gordo, de una obesidad regocijante, con una panza digna de un maestro de ceremonias y unos mofletes que causarían envidia á un sochantre, paseaba por aquellos barrios su jovialidad y su vientre. Era viudo y sin familia, ebanista de oficio y filarmónico entusiasta. La pobre mujer, no pudiendo soportar sus bromas perpetuas, había tenido á bien morirse en el primer parto, dando á luz un niño muerto también. Todo esto era motivo de cruel hilaridad para don Nicasio.

—Miren ustés si tendré potra—solía decir—, que se me murió la mujer, y pa no dejarme ningún engorro, ella misma mató al mamoncillo antes de marcharse al otro mundo... La podía haber procesao por infanticidio; pero ¿pa qué? ¡Como no fueran á tomarle declaración á la autosia!...

Y se reía disparatadamente, abriendo la boca, que parecía de goma por lo elástica, y dándose grandes palmadas en el vientre rotundo. Había sido muchos años acomodador en el paraíso del Real; había oído cantar á la Patti, á Gayarre, á Tamberlick, y había presenciado aquí las primeras batallas que libró el wagnerismo. Le había quedado de aquellos años una afición enorme á la música, afición bien cultivada y dirigida, pues le gustaba la

música exquisita y conocía todas las óperas de Wagner y todas las sonatas de Beethoven. A Guillermo le encantaba y le sorprendía aquel menestral que á lo mejor, tomando unas copas de morapio en una taberna infecta de la calle del Amparo, vociferaba:

—Que te quites, niño... *El dúo de la Africana* es una gansada y el Meyerbeer un maleta... El Berlioz, ese es un genio... A ese hay que oirle en *La condenación de Fausto.*

Con esta afición á la música emparejaba Nicasio una afición excesiva al mostagán. Aquella tarde no venía tan bebido como de costumbre por respeto á doña Rafaela, á Petronila y á Purita, que le habían contenido, impidiéndole entrar en todas las tabernas del camino, como había sido su intención.

Marcharon los comensales hacia la orilla izquierda de la carretera y entraron en un merendero fúnebre, denominado *Los Cipreses*, que predispone á la melancolía ó, por irónico contraste, á mayor jovialidad. Pidieron una ración de callos y vino en abundancia y se agruparon alrededor de una mesa plana y ancha, toda cubierta de lacras y lamparones. Estaban solos; no se veía por allí más que á los camareros. El organillo estaba enfundado; pero en cuanto les vió entrar, surgió como de la Nada, de lo Invisible, un ser afeminado y ridículo, de pantalones de odalisca y pañuelo rojo al cuello, que empezó á manipular en el manubrio con harta delectación de su ánimo.

Inmediatamente se organizó un baile «para hacer boca», como dijo don Nicasio. El organillo tocaba una habanera dulzona y pausada, de esas que se bailan solas. El papá de Antonia se acercó á María Luisa y bailó con ella; don Nicasio se agarró á la robusta humanidad de doña Petronila, y Guillermo

tuvo que bailar con Purita, la hermana menor de Antonia, una chicuela de quince años, flacucha y sin atractivos, toda ojos, con las piernas muy delgadas y las faldas por las rodillas.

Guillermo, mientras bailaba sin entusiasmo, agarrado á Purita como á una escoba, miraba con fijeza á María Luisa y con envidia á Carlos, que, en su calidad de hombre casado y respetable, y amigo íntimo del esposo de la rubia (que no había podido venir por quehaceres), parecía ejercer sobre ella una especie de protección paternal.

Cesó el organillo y cesó el baile. Era bastante como aperitivo. ¡Ya estaban allí, sobre la mesa, los caracoles, en una fuente humeante! Antoñita y Paco estaban sentados á un extremo de la mesa, riñendo todavía, interminablemente, sin dejarse convencer ninguno de los dos, mientras doña Rafaela los espiaba desde el otro extremo, con sus ojos bonachones de mamá complaciente.

Comenzaron á comer y las conversaciones se fueron animando á compás de la manducatoria.

—Lo que yo te digo, Patro—gritaba don Nicasio—, es que, si tú me quiés á mí y hacemos changa... vamos que ni el Silvela nos va á ganar á vivir bien... Poquito que te vas á divertir cuando yo te lleve al paraíso del Real á oir al Wagner y al Puccini...

—Si á mí no me gustan esas latas de óperas—contestaba doña Petronila con ingenuidad.

—Pues te llevaré al cini pa que te diviertas viendo las películas.

—No me convienes tú á mí, Nicasio. Eres muy viejo...

—Vamos, quítate pa allá. Si m'han quitao ayer por la mañana del biberón... ¿O es que tú aspiras al príncipe de la Caraman-Chimay? ¡Miá tú ésta!...

En otro extremo de la mesa se oía discutir á Paco y Antonia:

—Ya te he dicho mil veces que eres un pelma y que no y que no... Yo para eso no hablo contigo. ¡A ver si tú vas á mandar en mí y quitarme la libertad de ir á la *kermesse*!...

—Yo no te quito de que vayas; yo, lo que digo, es que voy contigo y que no bailas... porque no consiento á nadie que te saque...

—Pues yo, para eso, no voy. A ver, mamá, si no tengo yo la razón. A ver si porque á este niño gótico se le haya metido en la cabeza, no he de bailar yo en la *kermesse* de Atocha...

La mamá, mirando por el porvenir de la hija y no queriendo al mismo tiempo ensoberbecer al novio, terciaba conciliadora:

—Hija, yo creo que se puede ir á las *kermesses* y, sin embargo, no bailar más que con el novio. Eso hacía yo cuando hablaba con tu padre. ¿No es verdad?

—Es claro—contestó el papá, á quien molestaban estas discusiones de los novios...

Al acabar la comida iba anocheciendo. Los ánimos estaban encendidos y los rostros congestionados. Todos habían bebido más de la cuenta, en especial don Nicasio, que «la había cogido», según dijo doña Petronila. El organillo comenzó á sonar de nuevo y preludió un *schotis*. Guillermo tomó de pareja á María Luisa, y llevándola en las vueltas del baile hacia un rincón oscuro, la comenzó á decir:

—Ahora ha llegado la ocasión de decirle todas aquellas cosas que usted me mandó dejar para hoy...

—Pero el caso es que yo no sé si se las oiré todas con paciencia—contestó ella algo ásperamente.

—Nada de lo que yo le diga la puede ofender...

—Es que usted olvida que yo soy casada, y á una casada se le ofende desde el momento en que se le quieren decir cosas que sólo se pueden decir á una muchacha soltera... ¡Mire, ahí tiene usted á Petronila, dígaselas!...

Y riéndose sarcástica, se desprendió de sus brazos, con pretexto de estar cansada, y sentóse al lado de doña Rafaela, como acogiéndose á su protección.

La tarde acabó tristemente, como todas las tardes de juerga. Hecho el balance, resultaba que don Carlos, doña Rafaela, doña Petronila y Pura, cada uno por su estilo, no se habían divertido, no habían sacado nada en limpio, que se llevaban á casa la indiferencia y el aburrimiento; Antonia y Paco se llevaban á casa un disgusto grave, de esos que les duraban ocho días, ¡una eternidad para ellos! ; Guillermo, unas calabazas tremendas de María Luisa, y don Nicasio, una *trúpita* regular. ¡Era el que mejor lo había entendido!...

XVIII

Era domingo, domingo de sol madrileño, domingo de modistas y de merenderos, domingo de bailes y de blusas claras, domingo de organillos y de excursiones á las afueras. El cielo era de un azul tan puro que emocionaba como un objeto familiar. Corría un aire abrasador de desierto africano.

Paco Mazón y Guillermo salieron de casa meditabundos y hoscos, con un acre gesto de protesta contra todo lo existente. El enfado de Mazón con

Antoñita y el fracaso de Guillermo ante María Luisa habíanles dejado á uno y á otro entristecidos. No les divertía la vana locuacidad de las modistas de blusas claras, optimistas y risueñas, mostrando la dentadura blanca y la lengua lasciva. En balde los organillos lanzaban metálicas y bulliciosas disonancias. ¡Oh, qué veinte años más vacuos é inútiles, que no servían sino para vivir en perpetua hostilidad contra la vida y en eterno desencanto de todo!...

Cuando salían de casa habían oído en el piano de una vecina aires andaluces, de esos aires tristes y desgarradores que hablan de pasiones fatales y que pasan como ramalazos de pesadumbre sobre las almas yertas y estériles.

«¡Oh!—pensaba Guillermo—¿dónde estaba aquel inmenso y único amor que el piano evocaba, aquella pasión que podía conducir al crimen ó á la felicidad, al presidio ó al hogar manso?... ¿Dónde estaba, sobre todo, la mujer capaz de inspirarla?...»

Guillermo se decía á sí mismo que si aquélla era la edad florida, maldecía esa edad y deseaba la vejez con sus reumatismos y sus canas y su frente ceñuda y sus ilusiones deshechas...

El piano, entretanto, se quejaba lastimero, con trémolos y *pizzicati*, cantando un amor extraño y avasallador que no existía ni existiría jamás para él, condenado al suplicio eterno del fastidio... «¿Para qué sirve ser joven del modo que yo lo soy?—reflexionaba Guillermo...—Al menos los ancianos se conformaban con ser como eran y por anticipado se daban cuenta de su desdicha. En cambio los jóvenes vivían en un mundo ilusorio, entre ensueños y ambiciones, ensueños que no habían de realizarse y ambiciones que habían de quedar frustradas... Los jóvenes á quienes la risa loca y la frente

despejada y los ojos vivaces y los miembros ágiles invitaban á los goces de la existencia; luego, por extraña ironía de la suerte, vivían en desconsuelo y en acritud y en desolación... ¡Oh, la edad florida!...»

El viento parecíale á Guillermo un espíritu burlón que le soplaba en los oídos desesperanzas y quejas... «Joven, joven... ¿para qué quieres ser joven si estás de fijo más amargado ahora que cuando llegues á la decrepitud y á la ruina del cuerpo?... ¿De qué te sirven el traje elegante, la risa clara, la voz acariciadora que sabe decir tantas palabras bonitas, si la única mujer á quien tú quieres, la única en quien has puesto toda tu alma, toda tu energía juvenil, te desprecia como á un decrépito, como á un inútil?...»

«¡Como á un decrépito!...—agregaba la misma voz desconocida, que le hablaba desde no sabía dónde, tal vez desde el fondo de su corazón...—Si tuvieras cincuenta años y una barba entrecana y un rostro severo y una panza respetable y una brillante posición, que hasta ahora no has podido conseguir, quizá esa mujer que hoy te desprecia, te abrazaría anhelante, fingiendo espasmos de placer... fingiéndolos, pero deleitándote á ti, que es lo que hoy no consigues por tu bigote incipiente y tu rostro moreno claro y vivaracho...»

Se habían sentado los dos amigos en el Hórreo, frente á una tapia que enlazaba dos merenderos. Por delante de su vista cruzaban parejas enamoradas diciéndose ternezas, frente á la maravilla del sol poniente. En las mesillas que rodean el Hórreo, bajo las acacias, menos opulentas que los próceres castaños de Asturias, una gaita gemía cuitas montañesas, dulces tonadas que un gaitero vestido al uso del país canturreaba, acompañándose de la ge-

mebunda y monorrítmica gangosidad de la gaita... Tonadas de paz y de amor que Guillermo había oído tantas veces en tardes doradas de sol y de estío, en suaves romerías asturianas...

El cielo se cambiaba de túnicas como una cortesana coquetona. Primero se vistió de púrpura regia, incendiando las arboledas de la Casa de Campo, desvanecidas en la distancia é irreales como una decoración de teatro... Luego una tonalidad amarilla parecía recordar el traje onduloso de una virgen prerrafaelista... El amarillo se fué atenuando lentamente y quedó una coloración crema, acariciadora y delicada, que espejeaba entre los árboles frondosos... Tenía aquel ocaso una idealidad extraña, visto así, á través de una arboleda, y lejano, casi desvaído...

El ramaje irregular de los árboles se recortaba en la maravilla celeste, clavando su verde lustroso en la amarillenta decoloración del crepúsculo—crepúsculo largo y dormido de primavera, casi de verano, prolongado en éxtasis de colores... como si la Naturaleza se complaciese en sí misma...

Guillermo miraba las parejas pasar y advertía que, en la mayoría de ellas, la mujer era joven y el hombre maduro, cuando no de edad provecta. Y meditaba con qué extraño sarcasmo misterioso, ideado por un déspota invisible, estaba constituída esta sociedad dislocada y torpe que al viejo caduco le ofrecía todos los manjares de la felicidad y al joven le arrojaba con desdén las migajas, las sobras del anciano... «¡Ay!, ¿para qué sirve ser joven si nosotros, siendo joviales y dicharacheros, hacemos el balance de nuestra vida y tenemos un enorme debe de placeres contra un haber aterrador de dolores?...»

Comunicó sus observaciones á Paco Mazón, que

estaba también como si le hubiesen dado cañazo, paladeando á disgusto la copa de sidra achampanada.

—Vamos, déjame en paz, so pelma... No estoy yo para filosofías...

—¿Quieres que sigamos á dos muchachas para aliviar nuestro malhumor?...

—No lo llames así; llámalo aburrimiento, que no es lo mismo.

—¿Vámonos?

—Bueno, como quieras...

Lo dijo con un acento de desolación tal, como si nada le importara nada, como asistiendo con indiferencia al espectáculo de la vida, igualmente trivial y fastidioso en todas sus manifestaciones.

Pagaron con gesto displicente y se fueron. Por la alameda en que termina el camino del Pardo venían parejas de enamorados mudos, mirándose á los ojos, grupos de modistas dicharacheras y frívolas, familias burguesas que volvían de meriendas campestres... El airecillo burlón azotaba las faldas de las mozas, suscitando equívocos pensamientos de lascivia...

El cielo adquiría una tonalidad más perlina y más suave. ¡Ah, cielo esplendoroso de España, cuántas tragedias se desarrollan bajo tu inmenso manto, indiferente y sereno!...

—¿Vamos á estas que van delante?—preguntó Guillermo.

—Como quieras—repitió Paco, con su sonsonete escéptico.

Eran dos chulonas netas, sin duda del riñón de Lavapiés, con mantón de chal que desdibujaba los relieves del cuerpo, mostrando sobre el zapatito de tacón alto la media pícaramente calada, incitante y sensual...

Una era alta y esbelta, y se movía con garbo; la otra era pequeñita y menuda, y tenía un andar juguetón y movido. Se acercaron y ¡oh, dulce sorpresa! Guillermo, á la media luz del crepúsculo, advirtió que la pequeñita era Lolita Martín, á quien no veía desde su reconciliación con Matilde. Lolita llevó también una gran sorpresa y un gran alegrón, que manifestó en sus saludos.

—¡Hola, Guillermito; buenos ojos te vean!... Cualquiera contaba contigo por aquí esta tarde... Parece que te has olvidado de las amigas... ¡Oh! ; y á propósito, te presento á mi amiga Mercedes Ramírez... Un amigo asturiano, estudiante.

Se inclinó Guillermo, galante:

—Tanto gusto...

Luego dijo, volviéndose á Lola:

—Ahora quiero yo presentarte á mi amigo y compañero de casa, Paco Mazón...

—Tanto gusto en conocerle... Mi amiguita Mercedes Ramírez—dijo Lola, para que el esbelto Paco se apropincuase á la otra chulilla sin cuidado.

Emparejaron Paco y Mercedes, cuyas figuras, las dos altas, flexibles y esbeltas, entonaban muy bien, y Guillermo quedó al lado de Lolita. ¡Tenían tantas cosas que decirse! ¡Hacía tanto tiempo que no se veían!...

El domingo acababa fúnebremente, como todo fin de fiesta; los excursionistas volvían fatigados de los bailes y de las meriendas, y un hastío intenso pesaba sobre todas las frentes. Los grillos crepitaban incansablemente, y en las copas de los árboles oíanse algunos arpegios lastimeros de pájaros. Pasaba el tranvía de vapor del Pardo, pesado y sórdido, todo ennegrecido por el carbón, con un trepidar de hierros viejos. A intervalos cruzaban los rieles tranvías eléctricos, veloces y ruidosos, que devolvían

la gente á la población, á la urbe inmensa y absorbente, que la devoraba en su seno... Las linternas dejaban un rastro de luz rojiza sobre el camino polvoriento.

Lola y Guillermo hablaban.

—Oye, mira, nosotros nos separamos de éstos en cuanto podamos, pues yo tengo que ir á casa de una amiga y quiero que me acompañes... Tengo muchas cosas que decirte...

—¡Tantas son, que no vas á acabar nunca!... Pero ¿cómo quieres que dejemos solos á éstos, que apenas se conocen?

—Pues dejándolos, hombre... Les damos esquinazo...

—No, Lolita, eso no está bien. Más vale avisarles.

Atravesaban el camino que va de San Antonio de la Florida á la estación del Norte, cruzado por gentes sudorosas, jadeantes y hastiadas como ellos. Lola, aprovechando la oscuridad, echó la mano al hombro de Guillermo y le dijo:

—Vamos, hombre, anímate, que parece que te han dao cañazo... Dime esas cositas que tú sabes decir cuando quieres.

Guillermo, por toda contestación, puso un beso sonoro en su boca y le estrechó la cintura, balbuceando:

—¡Vidita!...

Mercedes y Paco, que iban delante, se volvieron al chasquido del beso y les gritaron:

—Vamos, parece que no se pierde el tiempo...

—Hay que aprovecharse—dijo Lola—. Oye, Mercedes, ahora, en la estación, tenemos que separarnos, pues yo voy á tomar *el cangrejo* que va por las Rondas... Y éste me acompañará. Voy á casa de la modista.

—Ya, ya—dijo Mercedes con sonrisa maliciosa—. Por eso no te apures, hija. Márchate cuando quieras, que yo no me pierdo... Sé andar sola por Madrid...

—Además, yo no consentiría que se perdiese—dijo Paco—, porque la acompañaré á usted...

—Es claro. Me voy con este joven, que es muy simpático.

—Gracias, rica.

Se separaron frente á la estación, llena de luz y de traqueteo de coches. Silbaba un tren ásperamente, con el chillido de un niño caprichoso que llora...

Lola y Guillermo tomaron *un cangrejo* á la entrada del Paseo de la Virgen del Puerto. El tranvía cruzaba aquel paseo sombrío y largo, donde la luz de su linterna abría una llaga roja en las sombras. Luego atravesó las Rondas, oscuras y mal olientes. Al detenerse el tranvía ante la Puerta de Toledo, Lola y Guillermo se apearon. Subieron cogidos del brazo la agria cuesta de la calle de Toledo y, al llegar á la Fuentecilla, se internaron por aquellas callejuelas equívocas y chulescas. Flotaba en todas ellas un olor peculiar, olor malsano de suburbio antihigiénico, olor mezclado de vino y de frituras, vaho de sexo y de alcohol, característico olor de los finales de domingo en las grandes ciudades.

En la calle del Carnero, tortuosa y sombría, se detuvieron ante una casucha infecta, de un piso. Dentro de la casa se oía un acordeón que gemía un vals, un vals frenético y ardiente, mal interpretado por la gangosidad primitiva y lenta del instrumento. Era un vals incitador y diabólico, no un vals elegante de casino, sino un vals de lujuria y de alcohol, un verdadero vals de barrio bajo.

Era una casa de mala nota, y la dueña de la casa, amiga de Lola y que había sido su peinadora mucho tiempo, al ver entrar por las puertas á aquel seño-

rito, les hizo pasar á una habitación empapelada de un verde subido, la mejor pieza de la casa, según dijo. De las paredes colgaban cuadros obscenos representando malamente escenas mitológicas. Lola y Guillermo, al quedarse solos, se abrazaron, oyendo abajo el quejumbroso gañir del acordeón y el movimiento de unas parejas que bailaban. En un rincón de la alcoba, el lavabo mostraba la impudicia de una toalla colgante, y frente al lecho de alquiler había un espejo elipsoidal picado por las moscas. Una colcha sucia cubría la cama. Guillermo, de gustos señoriles, se sintió asqueado de todo aquello y resistió con náuseas la hora de amor en aquella habitación hedionda. Abajo, el acordeón gañía incansable, como un grillo...

.....

.....

Por la noche, después de cenar, Guillermo y Paco salieron de paseo sentimental por los barrios viejos de Madrid. Era una costumbre muy arraigada en ellos la de estos paseos estériles, sin objeto y sin rumbo, con una parada, á veces, en alguna mancebía infecta. Aquella noche hicieron alto en una casa de compromiso de la calle de los Ministriles.

Volvían á casa, dadas ya las dos y media, mustios y cabizbajos...

—En el fondo somos unos románticos impenitentes, querido Paquito — dijo Guillermo pasando la mano por el hombro, cariñosamente, á su amigo.

—Sí, lo somos, Guillermo; nos emocionamos demasiado...

—Ya ves; si ahora supieran María Luisa y Antonia que andábamos á las dos de la madrugada por estos andurriales, se creerían que veníamos cuando menos de acostarnos con dos golfas...

—Y no saben ellas, las pobrecitas, que las quere-

mos demasiado para que nos diviertan esas desgraciadas que andan por la calle...

—Somos unos románticos, hijo mío; somos unos románticos...

Hubo un silencio penoso. El cielo azul, de un azul claro, con claridad de luna, les cubría como un palio. Selene, blanca y lasciva, como una golfa del cielo, sonreía picarescamente. Guillermo quedóse mirando á la luna con ternura, como á una novia, y le parecía encontrar semejanza entre ella y la vaga visión femenina, que, tras la puerta á medio abrir de la casa de compromiso de la calle de los Ministriles, les había sonreído incitante y fugitiva, más tentadora por lo fugitiva, como la Galatea mitológica... Sí; la luna se parecía extraordinariamente á la golfa de la calle de los Ministriles, que sonrió un momento tras la puerta entornada, con los pechos rosados mal sujetos por el encaje de la camisa y el rostro encendido en la embriagadora sugestión de la media noche; que asomó apenas, mostrando sus dientes burlones y sus ojos llameantes y rechazándoles con risueños modos:

—Vamos, niños pelmas, que no tengo ganas de música... Estudiantillos tunantes, á estudiar, á casita...

Quedaron tristes de aquella repulsa inesperada en una golfa callejera, como les hubiera sofocado y herido la negativa de una nena honrada. Ascendieron por la calle del Calvario, pina é irregular, con multitud de casas de compromiso mezcladas entre dos ó tres viviendas honorables.

Guillermo, medio sonámbulo, dejándose mecer en una vaga penumbra de ensueño que le anegaba el alma, comenzó á recitar, con voz insegura, una rima de Bécquer:

En la clave del arco mal seguro
que el tiempo enrojeció,
obra de cincel rudo, campeaba
el gótico blasón...
Penacho de su yelmo de granito,
la hiedra que colgaba en derredor
daba sombra á un escudo, en que una mano
tenía un corazón...
A contemplarle en la desierta plaza
nos paramos los dos.
«Y ese—me dijo—es el cabal emblema
de mi constante amor.»
Será verdad lo que me dijo entonces,
verdad que el corazón
lo llevará en la mano... en cualquier parte;
pero en el pecho... no.

Su voz resonaba vacilante y temblona en el silencio imponente de la calle desierta. Paquito iba adelante entretanto, molineando con su bastoncito de junco y tarareando con su voz aguda de contralto—voz blanca y singular que hubiera emocionado á graves eclesiásticos desde el coro de una catedral —la overtura de *Tannhauser*.

Cesó Guillermo en su recitación, durante la cual iba acalorándose según avanzaba, finalizándola con entonación y ademanes de actor trágico. De pronto Guillermo comenzó á silbar el segundo tiempo de la *Sinfonía fantástica* de Berlioz, aquel lindo motivo de vals que nunca se cansaba de recordar. Paco, por espíritu de contradicción, innato en él, pero muy acentuado en sus divagaciones de noctámbulo, clamó con voz llena un soneto de Villaespesa:

Bajo los encajes de alguna mantilla
he visto entre sombras brillar tu mirada,
no sé si en un viejo patio de Sevilla
ó en algún florido carmen de Granada...

—¡Por favor, cállate ya con el dichoso soneto á Carmen, que ya sabes que me emociona más de lo conveniente!—dijo Guillermo.

Al entrar en casa, mientras hacía girar la llave en la cerradura rechinante, Paco dijo, aproximándose al oído de Guillermo como para hacerle una confidencia trascendental:

—Guillermo, estoy pensando que nuestra vida es más triste de lo que algunos se imaginan...

—Tienes razón, Paquito; la juventud no es tan alegre como la gente se cree...

—Al contrario, quizá es la época más triste de la vida...

—Es verdad. Cuando se tienen pasiones, se desean los períodos frívolos sin inquietudes... y cuando se vive en esa frivolidad indiferente, como ahora nosotros, la existencia parece vacua y sin finalidad alguna...

—¡Ay, hijo mío, qué desconsoladoramente estamos perdiendo la mitad de la juventud!...

—Acaso toda la juventud—murmuró Guillermo, fatídico y vacilante.

Y los dos amigos subieron las escaleras de su domicilio, pausadamente, como dos ancianos que se cansan pronto y que no tienen prisa por nada...

XIX

El crimen se consumó entre cuatro y cinco de la tarde; una tarde de sol y de cielo azul. El cielo esplendoroso y el sol dorado de España son cómplices en muchos delitos de amor, los más impunes de los delitos y los más perversos, porque desgarran un alma á más de desgarrar unas entrañas.

Matildita, la dócil, la buena, cayó, porque tenía

que caer, una vez puesta en el resbaladizo sendero de intimidades y complacencias. No era necesario ser un Don Juan refinado para poner sitio á aquella fortaleza ya derruída á golpes de arcabuz. La ocasión propicia era lo que faltaba; y la ocasión llegó una tarde de fines de Mayo...

La primavera de aquel año fué maravillosa. Sucedíanse los días espléndidos; los brotes nuevos florecían con más lozanía que otras veces. La primavera fué también instigadora del crimen cometido con la pobre Matilde al robarle su único tesoro. Verdad es que, en tardes como aquella, en que todo convidaba á un *panerotismo* sutil, daba casi vergüenza ser virgen...

Guillermo había invitado á Matilde la noche anterior á comer en «Parisiana». La niña se resistía, rehusaba; pero el estudiante estuvo enérgico y dominador.

—Matilde, á la una menos cuarto te espero en la esquina de tu calle...

—Que te he dicho que no...

—Bueno; ni una palabra más...

—Bueno, vete; pero te darás un paseo en balde...

—He dicho que ni una palabra más, niña...

Guillermo sabía por intuición que, á pesar de sus negativas, estaría... y estuvo. Apenas esperó el novio diez minutos cuando ya la gentil figurita aparecía al extremo de la calle, taconeando fuerte, con el paso garboso de una madrileña castiza. Al llegar á la esquina, Guillermo la observó. Estaba algo pálida y ojerosa, como si temiese algún acontecimiento emocionante. Llevaba una falda de alpaca azul marino, que la hacía muy airosa, y una blusita blanca de batista fina, con calados en los brazos y en el nacimiento del seno. El velo transparente apenas le cubría las ondas castañas de su pelo, el or-

gullo suyo... ; aquella cabellera vasta, fuerte y flotante, lustrosa y fina. Se había puesto los trapitos de cristianar. Tras los calados del seno asomaban los encajes de la camisa y un paraíso de carne dorada.

Subieron presurosos por aquellas angostas y pinas calles de los barrios bajos, todas anegadas en sol, y por la del Olivar salieron á Atocha y descendieron hacia la Plaza de Antón Martín. Allí, Guillermo, con ademán imperativo, llamó á un coche y subieron á él, á pesar de las protestas de Matilde que se manifestaron dentro del vehículo. El coche era una berlina, de las pocas que iban quedando ya en las paradas de carruajes, en ese mes de Mayo caluroso. Guillermo corrió las cortinillas y dió un beso rotundo en la boca á Matilde, que, ya habituada á estas intimidades, después que el novio inició el besuqueo, se puso mimosa y le correspondió con creces. Estaba desconocida aquel día esta muchacha, de ordinario tan arisca : hasta por un momento se sentó encima de las rodillas de Guillermo. Le echaba el brazo por el hombro, le retorcía el bigotillo incipiente, mostrábase juguetona y alegre.

A intervalos, Guillermo descorría las cortinillas y rápidamente se entreveía un trozo de ciudad: una calle ruidosa, donde destacaban los escaparates de los comercios y las siluetas apenas dibujadas de los transeuntes, que caminaban presurosos. Luego, pasaron calles anchas de barrios extremos, con grandes solares y trozos de campo. Las fachadas de aquellas casas altas y blancas esplendían al sol como grandes relicarios...

Habían llegado. La comida fué un poco triste al principio. Matilde estaba cohibida en aquel cuartito reservado, demasiado lujoso para ella, y ante

aquellos manjares que ella, francamente, nunca había probado. Las paredes blancas y estucadas, el espejo oval de frente, la sillería modernista, la mesa nítida, con su mantel inmaculado y el jarrón de flores en medio, el camarero correcto y frío, poco hablador... todo aquello le daba miedo. Ella no había comido en más restaurant que en el de San Luis, oscuro y sucio, cuando sus parientes de Vallecas venían del pueblo y la convidaban.

Guillermo estaba también algo encogido, no por las cosas que le rodeaban, sino por las cosas que bullían allá dentro de su mente. Estaba ideando el plan que había de seguir para llevar á su término la seducción aquella tarde. Allí, en el restaurant, no convenía expansionarse demasiado, ponerse sátiro, precipitarse, mostrar excesiva fogosidad; no, aquello destruiría todos sus planes. Más bien convendría sentirse respetuoso, un poco taciturno, quizá, como dolorido de algo muy hondo que no se pudiera decir; ponerse interesante, en fin. Según iba avanzando la comida, la confianza iba siendo mayor.

Cuando el mozo sirvió los postres y Guillermo pidió la cuenta, pagándola en seguida, sacando varios billetes amontonados en la cartera (acababa la madre de mandar la mensualidad para el próximo Junio, acrecentada aquel mes por los gastos de matrículas y derechos de examen), Matilde quedó un poco deslumbrada. El espejo oval y reluciente, la sillería modernista, le bailaban en la cabeza... Se acordaba, sin saber por qué, de Vallecas, de las mañanas de sol en que ella iba á la Plaza del pueblo con su prima y de los piropos que le dirigía el hijo del Secretario del Ayuntamiento cuando la encontraba por las callejuelas, al anochecer. El vinillo de Riscal le había quemado un poco la frente,

y cuando Guillermo se levantó para correr el pestillo y cerrar la puerta después de la salida del camarero, estaba dispuesta á todo. Bebió otro vaso de Riscal, mezclado con cerveza, que le ofreció Guillermo, y se sentó sobre las rodillas del novio. Estaba divina, con las rosetas artificialmente encendidas, en el encanto de la semiembriaguez femenina. Se había quitado el velillo, y el pelo ondoloso, dorado por el sol que penetraba en el gabinete, tenía irisaciones maravillosas. Guillermo besó repetidas veces aquella cabellera y la oprimió entre sus dos manos. Matilde le daba besos en la boca y canturreaba tímidamente:

Tengo yo una prima hermana,
que la quiero tanto y cuanto...

Cuando salieron, dadas las tres y media, tuvieron que subir hasta la Cárcel Modelo, para encontrar un coche, bajo un sol urente que les encendía el cerebro. Guillermo iba fumando un gran cigarro puro, y se colgó del brazo de Matilde. En el fresco trecho de sombra que había ante la Cárcel, llamaron á un carruaje desalquilado que pasaba velozmente, y Guillermo, mientras subía Matilde, dió unas señas misteriosas al auriga.

Se detuvo el vehículo en un trozo de calle angostísima, donde apenas cabía un carruaje, ante una casa torva, de portal oscuro y extraño, sin portería. Calle abajo, tres casas más allá, se veía la fachada rojiza de un monasterio. Guillermo descendió y cogió del brazo á Matilde, que lloraba plácidamente, con lágrimas tibias de embriaguez tranquila. Una dueña acudió solícita á la llamada del señorito y les dejaron solos en una habitación amplia y fresca, con las persianas corridas y las

maderas de los balcones entornadas. Un gran armario de luna esplendía en medio, y al fondo había una cama vasta y regia, de madera fina, con una colcha azul muy limpia. Una elegante mesilla de noche, un lavabo muy pulcro y un diván amplio y forrado de reps verde completaban el mobiliario.

Guillermo echó á Matilde sobre el diván y la abrazó ávidamente. Luego la fué desnudando con lentitud, besando los rincones de carne dorada que iba descubriendo, y, en volandas, como á una niña, la condujo al lecho.

—Déjame, por Dios, que me matas, Guillermo mío...

—Calla, hermosa, que ya sabes que yo te quiero mucho.....

.....

Media hora después Matilde lloraba desesperadamente, como no había llorado desde que era niña. Un plañido continuo salía de sus entrañas: «¡Ay, madre mía! ¡Ay, madre mía!...» Guillermo la consolaba besándola y mimándola tiernamente; la besaba con besos ya purificados y casi castos; besos largos en los ojos y besos callados en el pelo ondeante y sedeño...

Guillermo recordaba ciertas tardes de Llanada, cuando los compañeros de Instituto y él comenzaban á frecuentar las casas de mal vivir. Con más precisión evocaba una tarde en que él había sentido mucha envidia y un deseo enorme de emularle, porque Manolito Baquero había dicho ante los contertulios asombrados:

—Chicos; si vierais... Ayer pasé la noche en el cuarto de mi criada... una serranita más buena... sin estrenar... Chicos, eso es el delirio.

XX

Hay en la calle de la Verónica una poesía de callejuela provinciana, un aroma de arrabal viejo, de judería-lazareto. La casa donde se afincaba el hospedaje de Guillermo era una casa arcaica y sombría, á la cual sólo faltaba la convencional hiedra, no tan poética como á primera vista parece, pero que tiene el prestigio de una leyenda lírica, muchas veces secular. Tampoco las becquerianas golondrinas se posaban en los aleros del tejado, que, á falta de nidos olorosos y tibios, ofrecían á las curiosas miradas del transeunte inmundicias y detritus almacenados por el tiempo y mal barridos por la lluvia. Pero, de todas suertes, la casa, sin esos atractivos, un poco artificiosos, guardaba un hondo misterio de poesía..., de poesía realista, que es la poesía más conmovedora. No hay en la más alta concepción lírica nada equivalente á la poesía de una casa cerrada, tras de cuyos balcones parpadea una luz mortecina en avanzadas horas de la noche...

Cuando Guillermo entró en casa aquella madrugada, miró como de costumbre al primer piso de la casa. Tras de los balcones refulgía vigilante y misteriosa la luz de un quinqué. El cielo palidecía y las estrellas iban apagándose gradualmente, como llamas de un tenebrario en Miércoles Santo. Hacia el Oriente una franja violeta rompía la divina monotonía azul celeste. Cacareaban gallos madrugueros en un corral cercano y pasaban hortelanos, pre-

gonando hortalizas frescas y panaderos, con grandes cestos á la cabeza, de los cuales se exhalaba un vaho oloroso á pan caliente, bendición de Dios y regalo del paladar. Algunos mercaderes de la calle de Atocha, en mangas de camisa, abrían los cierres metálicos de sus tiendas. Se oían silbar los primeros trenes en la estación del Mediodía, y, sobre las arboledas del Retiro, aparecía la mañana con su velo rosado de virgen... La Aurora ha sido calumniada por los poetas; la Aurora no es esposa del fiero Titón; la mitología ha mentido de buena fe; la Aurora es una púdica vestal que ha hecho voto de virginidad perpetua...

Penetró Guillermo en casa, sombrío y taciturno. Cerró las vidrieras para que el claror del alba no le quitara el sueño y se tumbó en la cama sin desnudarse. A las diez y media se había despertado ya, y con los ojos cansados y el semblante macilento, salió á la calle. En la plazuela de San Juan—melancólico rincón provinciano, con una típica fuente en medio—se tropezó á Pepito de Bernueces.

—Hola, chico; ¿qué tal te va?—saludó el mozo alegre y decidor.

—No bien del todo... ¿Y á ti?...

—Muy bien, hijo mío. ¿Qué te pasa? Te veo desmejorado y mohino. ¿Qué tal has librado de los exámenes?

—Mal, chico; me han suspendido en todas. Ayer me espetaron el último *cate*.

—Vaya, hombre, vaya; pues lo siento. ¿Y qué piensas hacer?

—Ya ves tú: marcharme á Asturias...

—¿Y tus señoras? ¿Cómo las dejas? Oye: ¿has vuelto á ver á Lolita?

—No, chico; ni maldita falta que me hace.

—Te encuentro misógino...

—No; no son filosofías; es la realidad que le hace á uno ver claro...

—¿Qué me cuentas de aquella casadita, por quien andabas chalao?...

—Pues... me resultó una estúpida como todas...

—Hay excepciones, hijo... Mi Leonor...

—Porque estás tú delante te diré que sí... Pero todas son iguales... La mujer es falaz y voluble...

—Ya lo cantan en *Rigoletto:*

La donna e mobile...

—Pero esta verdad, vieja como Eva, es inútil como la experiencia.

—Veo que estás elocuente á pesar de tus suspensos...

—El tribunal no ha sabido apreciar mis dotes oratorias.

—Bueno, vamos á bebernos una cerveza en el Café de Zaragoza... para desengrasar tu murria.

—Vamos, pues; la cuestión es pasar el rato...

—Mira, lo mejor en esto de mujeres es divertirse lo que uno pueda con ellas...; y á otro asunto. Y, sobre todo, no apropiarse ninguna... sino buscar las de otros. Acuérdate del proverbio inglés: «No tengáis jamás periódicos, ni querida, ni casa de campo; hay siempre imbéciles que se encargan de tenerlos por vosotros...»

—Según esa teoría tuya, la querida ideal sería Lolita Martín...

—Si no fuera tan poquita cosa, claro que sí...

—Pues, chico, á mí me ha dado malos resultados... Y á propósito, ¿no sabes el notición?... Lolita se ha marchado hace días á Barcelona con un viajante de comercio, dejándonos plantados á don Manolo y á mí...

—Ahí el que más pierde es don Manolo... ¡Pobre hombre! Después de tantos sacrificios como ha hecho por ella...

—Y que ella ha preparado bien el terreno para la fuga... Este último mes de Mayo, don Manuel le había regalado una porción de alhajas y de trajes... Y además le pidió adelantada la mensualidad de Junio, que él le dió, como es natural.

—¡Vaya con la niña!... Es aprovechadita... Ahí el que sale ganancioso es el viajante... Será viajante en chicas, *commis-voyageur* de muchachas alegres...

—Puede ser... El es un tío alto, rubio, con unos grandes bigotes... Muy buena planta... según me han dicho las vecinas...

—A ti, en último caso, poco te importa... Tú te has aprovechado y, ya sabes, mientras dura, vida y dulzura...

—Pero, chico, si voy á mirarlo, el balance de este año es desastroso... Un fracaso amoroso ante una mujer adorada...

—¡Ah, la casadita aquella! ¿No sacaste nada en limpio?...

—Nada, hijo... Que me mandase con viento fresco...

—Son muy coquetas las condenadas mujeres...

—Tienes razón. Todas iguales... Pues, como te digo, este curso me ha salido... colosal. Atroz, chico, atroz... Ese fracaso... mucho tiempo perdido en balde con Lolita... y una seducción que me está remordiendo la conciencia... ¡Ah! Y tres suspensos, que se dicen pronto... ¡El delirio!...

—Ya te consolarás ahora con la deliciosa temporadita veraniega... ¿Te vas pronto á Puertuco?...

—En seguida, en cuanto me mande el dinero mamá...

—Estará indignadísima contigo...

—Y con razón...

—¿Qué se le va á hacer, hijo? Otro año saldrá mejor...

—Vámonos, ¿eh?

—Cuando quieras...

Se despidieron á la puerta del café, en medio del bullicio de la ruidosa Plaza de Antón Martín ..

—Hasta Asturias, chico.

—Adiós, hasta muy pronto...

Guillermo volvió á casa y se echó á dormir, mandando que le despertasen á las cinco.....

.....

.....

... Guillermo leyó aquel párrafo y cerró el libro, que era *La señora Cornelia*, de Cervantes. El párrafo decía: «Que el querer cobrar la honra perdida á toda demasía da licencia...» Quedó meditabundo, con las manos apoyadas sobre el libro y la cabeza inclinándose en tronchamiento de dolor...

Hacía días que los remordimientos, asediándole, no le dejaban dormir, y en vano había querido aprovechar aquellos estériles insomnios para estudiar y repasar textos, bien descuidados en aquel agitado curso de aventuras. No retenía una palabra de nada y en su oído zumbaba una sílaba única, como un gusano que le roía las entrañas: «Tú...; tú fuiste el que has seducido á esa pobre muchacha, víctima de su cariño por ti; tú has sido el que le arrancaste su único tesoro; tú pagarás la culpa...»

A la madrugada se revolvía sudoroso en el lecho, y cuando á las cinco la patrona tocaba con los nudillos en la puerta de cristales, según orden que él había dado desde mediados de Abril, al oirle removerse, solía decir:

—Me paece que ya no es menester llamarlo... Se despierta usted por sí solo hace unos días...

Ahora holgaba ya el madrugueo... Había terminado—y bien desastrosamente—el curso académico, y ya sobraba el estudiar asignaturas que no había de aprobar en Septiembre por mucho que trabajase. Recordaba el adagio que solía decirles á últimos de curso, cuando estaban próximos los exámenes, el profesor de latinidad en Fabricia: *Non oportet studere, sed studuisse*... El no había estudiado durante el curso y ahora venía ya tarde el remedio, después de tres suspensos en las tres asignaturas del primer grupo, conviene á saber: primer curso de Anatomía descriptiva con Oloriz, Histología é Histoquimia con Cajal y primer curso de Técnica Anatómica con don Florencio de Castro...

Sentía una intensa pena al pensar en aquel año perdido, en el cual tantas aventuras se le frustraron y tantas bellas cosas, que pudo realizar, no realizó. *Les hommes perdent bien du temps quand ils sont eveillés*, recordaba haber leído en un autor francés, Charles Nodier. «Los hombres pierden mucho tiempo cuando están despiertos... y despiertos sueñan», pensaba él, ampliando ese pensamiento. «Si yo no hubiera soñado despierto tantas veces en este año; si no hubiera emprendido la casi imposible conquista de María Luisa, para mí imposible del todo; si no me hubiera enfangado en el tremedal de los amores con Lolita; si no hubiera iniciado la comprometedora seducción de Matilde, que me ha de acarrear tan funestos resultados... ¡qué hermoso curso hubiera pasado, divirtiéndome á mi modo y estudiando algo! Y, sobre todo, ¡qué contento iría ahora á Puertuco, con buenas notas, para mostrárselas orgullosamente á mamá, que tan á gala tendría propagarlas por el pueblo, envanecida

de la aplicación de su hijo!... Y ahora, ¡qué vergüenza voy á pasar en Puertuco! Todo el pueblo se enterará de mi derrota académica; me harán rechifla los jóvenes de mi edad; me mirarán de reojo las muchachas... Me aislaré, me hundiré en la soledad de las peñas y del mar; seguiré el consejo de La Bruyère, que manda al hombre sensato evitar la sociedad *para no aburrirse...*»

Soñoliento, con la cabeza pesada, salió de casa á las cinco y media, cuando un sol refulgente, casi en el cenit, espejeaba en la cristalería de los balcones. La casa inmediata al hospedaje de Guillermo, en la cual nunca había reparado hasta entonces el estudiante, era una casa arcaica de un solo piso, con dos balconcillos pequeños y una ventanuca encima. Entre estos huecos había una hornacina que antaño debió de cobijar á alguna Virgen de los Dolores, menuda y morena, y ahora, enjalbegada y luciente, ostentaba un San Antonio, pintarrajeado de colores chillones. Era una casa que le recordaba á Guillermo muchas casas típicas de los arrabales de Llanada; una casa netamente española, con celosías en la reja del piso bajo, reja florecida de geranios y alelíes, á la cual faltaba sólo el adorno viviente de una novia enlutada y retrechera, cortejando con un galán apuesto, embozado en la capa...

Caminó hacia la calle del Tribulete, donde le esperaba Matilde, á quien había citado para las seis. Se saludaron, y la chula le interrogó á boca de jarro:

—¿Qué tal has salido de los exámenes? ¿Se te puede dar la enhorabuena?

—No, hija mía, no; he salido muy mal...

—Claro... ¡Si no me extraña! Pasándose las noches por ahí de juerga, no se puede estudiar... ¿A que hoy has dormido fuera de casa?

—No es verdad, porque no he dormido...

—Bueno, es igual... Lo que sé es que no has vuelto á casa hasta la madrugada. ¡Si en este Madrid se sabe todo, chico; sin que una pretenda enterarse, le enteran á una!

—Ya lo sé. Madrid es un pueblecillo peor que mi pueblo para esas cosas...

—Pues, chico, como hay Dios que te has divertido con tres suspensos... ¿Qué te va á decir tu mamá?... Buena te espera... Seguramente le echa la culpa á alguna chulilla...

—Y tendrá razón...

—Pero ¿yo te he quitado de estudiar? ¡Si no hubieras pasao las noches por ahí danzando, otro gallo te cantara!...

—¿Qué se le va á hacer, hija?

—¡Ah, bueno! Allá tú te las compongas. Yo no voy á tener que estudiar por ti... Oye, ¿y dónde has estao esta noche?...

—Pues por ahí, paseando con Paquito.

—Parece que estáis medio chiflaos Paco y tú... Pues lo que es yo, he pasao también una nochecita... Ha parido una vecina del cuarto cuarto... una de gritos y de llantos... Luego, un latoso que se ha puesto á tocar el acordeón á las once y lo ha dejao á las tres... Entre el acordeón y los gritos de la recién parida, aquello era un Belén... Nos han dao la noche... Después, esas tarascas del principal, escandalizando...

—¿Quiénes? ¿Las peinadoras?

—¿Quiénes van á ser?... Están hechas unos pingos... Lo que es, la verdad te digo, que vivir en estas casas es un infierno...

En una taberna de la calle del Amparo, un ciego canturreaba un tango pícaro:

Una niña bonita
dijo á su mamá:
—Algo me trae mi novio
bajo la capá...

XXI

Cuando Guillermo hacía rabona, por pasarse la tarde en el billar del Café de Sevilla ó del Café de España, Matildita solía subir á casa de la vecina del segundo derecha, que era una hembra de rumbo, fiadora de oficio, y con toda la señorial prosopopeya que este menester da á las mujeres de los barrios bajos. La señá Clara, que era su nombre, estaba en ese borroso período de la vida femenina en que lo mismo se pueden tener treinta y cinco años que cuarenta y dos. Más se aproximaba á esta última edad la egregia dama, cálida morena de carne apretada y dura, con unos ojazos negros de sultana y una labia atrayente. Hablaba con un candongueo chulapo tan marcadísimo y dando tal retintín y tales inflexiones á su voz pastosa, que, una vez oída, era inconfundible.

Era una hembra de rompe y rasga la señora Clara. Bravía, gitanaza, con dos ojos como dos soles, con una lengua de víbora, con unos modos de chulona, con unas manos bastante largas y poco de fiar (á pesar de ser ella fiadora) si encontraban á tiro cosa que valiera la pena; en suma, un epítome de bellas cualidades, espejo y flor de las damas nobilísimas de Lavapiés.

La juventud de doña Clara había sido harto bo-

rrascosa y accidentada, lo cual no es de plañir ni de extrañar, pues que la vida es océano erizado de escollos... Así como ahora adelantaba dinero á las vecinucas y obtenía pingües rendimientos, en sus lozanas primaveras redituó de su cuerpo y diólo como prenda y garantía válida en muy numerosas ocasiones. Quien la engañó—según ella decía, olvidando que era una lagartona incapaz de ser engañada ni por un diplomático más hábil que Talleyrand y Maquiavelo en colaboración—fué un chulillo resuelto y avispado, que la hizo el amor cuando ella contaba veinticinco años para el Registro civil y veintidós para los amigos de confianza. El seductor, más bien seducido por ella—dicho sea sin desdero de la egregia dama—era un chavalete de dieciocho abriles, guapito y menudo, de un cutis moreno claro, de rufa cabellera y tufos saliéndole bajo la gorrilla de seda... En tres meses dió cuenta de la severidad de la ilustre señora, que, por lo demás, tenía unas ganas horrorosas de perder aquello que Naturaleza le concedió al nacer y que ya va siendo algo quimérico y fabuloso, que acaso sólo se halla nominalmente en vagos latines de arcaicas letanías. La Clara trataba al principio á su chulillo con protección que tenía visos de maternal, manteniéndole así á cierta distancia, por el buen parecer. ¿Quién se podría fiar de una fiadora que fuese, por inclinación, antojadiza y liviana?...

Pero el chavalillo, que era muy barbián y lerdo como él solo, apretó el cerco y dió en tierra con la aparente serenidad de Clara, que parecía aceptar sus efusiones semirrománticas (de un romanticismo muy particular de organillero), á título de homenajes á su palmito de buena moza... Un día, por fin, la Clara, mujer á la postre, y poco de fiar como tal, cayó en los chulescos brazos. Fué una tarde en

que hubo de ir al Monte de Piedad á desempeñar unas alhajas de una parroquiana, que vencían al día siguiente.

Al salir del benéfico establecimiento, con el azoramiento que llevaba, perdió una pulsera, no sabía cómo...; y poco más arriba, en el Postigo de San Martín, pasado el convento de las Madres Descalzas, en una casita misteriosa de dos pisos, sin portería, y con una puerta de cristales esmerilados... allí, allí mismo perdió otra cosa que nunca había de recobrar... Jamás pudo averiguar si la pulsera había ido á parar, por un hábil escamoteo, á los bolsillos del galán; pero *lo otro* sí quedó por allá...

Desde entonces fué desprendida y abierta de genio como pocas. Fué de las vecinas de Lavapiés más prontas en abrir su corazón, su bolsillo y... su regazo á todo aquel que le complacía y le entraba por el ojo derecho. Con lo que el peculio de las fianzas fué mermándose y en la faltriquera de doña Clara hubo filtraciones sospechosas, que trascendieron algunas veces por su mal á recónditos lugares de su organismo. Pasó la época de las filtraciones, ó sea la edad juvenil, y ahora sólo quedaban rescoldos de la hoguera antigua, que de tarde en tarde se reavivaba. Ya era doña Clara más constante en sus amores, y miraba más por el acrecentamiento de su hacienda que por la satisfacción de un capricho. Que nada hay que tanto adoctrine como la experiencia (esa anciana aceda y gruñona), y harto caros le habían salido á la fiadora algunos devaneos de la juventud, entre aquellos aprovechados chulitos de Lavapiés.

Doña Clara vivía ahora una vida relativamente morigerada y honesta, teniendo siempre un amante, su hombre, como ella decía á solas á sus amigas íntimas; «su novio», como decía á las gentes extra-

ñas... Un novio *à perpetuitate*, que nunca acababa de desposarse; y eso que no era doña Clara mujer que tuviese cara de «siempre novia», como aquella de que habla Lope de Rueda.

Guillermo conocía de referencias á doña Clara, por un amigo de Fabricia, don Ladislao, filósofo peripatético y muy dado á las muchachas alegres... Nunca pudo averiguarse bien en que se cifraba la filosofía de don Ladislao (á pesar de que todo el mundo le daba el título venerable de filósofo), como no fuese en barzonear por la playa mañana y tarde, contemplando la euritmia de los cuerpos juveniles y aún ajamonados de las bañistas. Pero él también se denominaba filósofo, y había que creerle bajo su palabra. Don Ladislao había hecho amistad con doña Clara un verano en que ésta fué á Fabricia á tomar quince baños en compañía del *novio* de turno y de su amiga Concha, la huevera de la Plaza de Lavapiés; ¡buena pieza!... Don Ladislao las abordó una mañana en que estaba de buen humor y ellas le dieron *coba* largamente, como buenas hijas de Madrid, adivinando en él un presunto capitalista. El marchó de la playa orondo y henchido de satisfacción, comentando en su fuero interno su buena suerte para con las damas, mientras ellas se reían de él á boca llena. Pero, por no perder su aureola de hombre reflexivo y dado á la especulación metafísica, se creyó en el deber de comentar desfavorablemente este encuentro ante los amigos que le felicitaban irónicamente en el paseo:

—Enhorabuena, Ladis... por la conquista de esta mañana.

—Son dos muchachas madrileñas; buena planta, muy simpáticas en la conversación... pero demasiado frívolas...

Luego, en su interior, se regodeaba de su éxito,

canturreando aquello de *La verbena de la Paloma*, que él había oído á las detestables compañías de zarzuela que van á Fabricia en época de feria:

Una morena y una rubia,
hijas del pueblo de Madrid,
me dan el opio con tal gracia
que no las puedo resistir...

Entretanto, la morena, ó sea doña Clara, y la rubia, ó sea doña Concha, se reían de él á moco tendido, llamándole *no-guila* (don Ladislao era míope), *gilí*, *mochales* y otras lindezas por el estilo, que no son los epítetos más convenientes á la dignidad de la ciencia. Dudo que Sócrates se hubiera congratulado de que le denominasen *gilí*, ni que Epicteto hubiese adoptado su habitual actitud estoica frente á una Aspasia que le hubiera apodado *mochales*...

No obstante, como don Ladislao distaba mucho de ser un Epicteto, y ellas de ser unas Aspasias, el filósofo peripatético no guardó rencor á las dos madrileñitas. Cuando supo por Pepito de Bernueces que Guillermito Luaces iba para Madrid á estudiar, tuvo buen cuidado de despedirle con estas luminosas palabras, dignas de su esclarecido intelecto:

—Si encuentras por allí á aquellas dos muchachas de marras, Conchita y Clarita, les das muchos recuerdos de mi parte... Son muy frívolas, demasiado frívolas... pero son dos buenas cortesanas...

—Hombre, don Ladislao, no tengo el gusto de conocerlas; pero creo que es excesivo...

—Las llamo cortesanas en el buen sentido de la palabra, muchacho...

Partió el tren, empujado por la despedida filosófica de don Ladis, que tenía el cerebro tan relleno

de cosas fuertes, que en todos los restantes cerebros veía solamente serrín...; filósofo singular, que buscaba altas enseñanzas metafísicas en una fiadora de la calle del Tribulete.

Cuando Guillermo, por una de esas raras casualidades que sólo en las grandes poblaciones acaecen, conoció á doña Clara por mediación de Matilde, recordó la encomienda de don Ladis y le transmitió el encargo. El comentario de la ilustre dama no correspondió á la jerarquía filosófica del aludido...

—¿Quién? ¡Aquel gilí de la playa... aquel cuatro ojos y no ve!... Más le valía arreglarse las guías del bigote que acordarse de mí pa nada... ¡Valiente panoli!...

(Consolémonos de la aspereza del comentario, pensando que las almas grandes nunca han sido comprendidas del vulgo...)

... Aquella tarde, cuando Matilde subió á verla, hallábase doña Clara atribulada y casi llorosa; ¡ella, tan denodada en todos los trances de su vida, ya larga, sí, más larga de lo que ella misma había llegado á creerse, á fuerza de engañar á los demás!...

—¿Qué le pasa á usted, doña Clara, que la encuentro así, tan alicaída?—le interrogó Matilde.

El motivo era bien sencillo: se le había ido su hombre, el último hombre que embellecía su existencia de matrona declinante.

—Pues ya ves, chica... el sinvergüenza de mi novio que se las ha pirao... Si es lo que yo digo: tó el que lleva pantalones es un poca lacha... Figúrate...

Matilde se sentó en la silla y comenzó la labor que traía entre manos, dispuesta á escuchar las enfadosas prolijidades de doña Clara, que era pesada como el plomo—y como Rodríguez San Pedro—en cuanto comenzaba á narrar hechos de su vida.

—Figúrate—prosiguió la chula, enjugándose un lagrimón, grueso como una perla, que le caía por la mejilla izquierda...—¡ah, y si hubiese sido una perla, cómo se hubiera ella apresurado á atraparla!...—figúrate que el hijo de su madre... tiene la grandísima sinvergonzonería de hacer la maleta y marcharse pa Buenos Aires sin decirme nada... ¿A quién se le ocurre?...

—La verdad es que los hombres tienen cada cosa...—dijo Matilde por decir algo.

—Gracias á que me da lo mismo... Valiente zampatortas he perdido, hija... Pues nada, que era un tío, que salías de casa con ganas de beber un vaso de agua, y con las mismas te volvías á casa... La mar de gitano el chico, hija... Mira que una vez, chica... En medio de todo me río... Fuímos á Puerta de Hierro, y allí, cerca de uno de los ventorros, le dije: «Oye, Joaquín, parece que tengo un poco de apetito... Me tomaría un bocadillo ó una rajita de salchichón...» ¡Que si quieres!... El tío fresco se hizo el longuis y me dijo, que ya, para lo que faltaba, al volver á Madrid tomaríamos algo en la tienda de las chuletas, en Barrionuevo... Y, efectivamente... hasta ahora... Me trajo por la calle de la Magdalena para que no viese las chuletas ni de lejos... Y, así en todo; no tenía genio ni para tomarse una mala gaseosa...

—Pues vaya un tío rumboso... Como hay Dios que se divertiría usted con él—dijo Matilde.

—Figúrate tú... Un tío tan mohino y tan agarrao como ese, vale más que se las haya pirao... Porque es lo que yo digo... No es que el novio le vaya á hacer á una una hija hembra, como suele decirse... pero, señor, que no sea tan tacaño... Bueno, se las guilló... ¡Vaya bendito de Dios!...

Y la señora Clara, consolada ya, ponía en su

voz inflexiones características del desdén, cuya sinceridad desmentían el semblante mustio y el ceño afligido...

—Pero mira si tiene mala sombra—prosiguió—, que el día antes me dijo, al marcharse de casa: «Puede ser que mañana tenga que irme á Aranjuez á pasar el día para arreglar un asunto con el contratista de obras de la calle del Fúcar, que está allí...» Y yo le dije... digo... Pues, vete... Y se ha ido, pero de verdad... Así como así, le iba yo á dar el pasaporte dentro de poco... Tenía más ganas de encontrar un pretexto para mandarle á tomar vientos...

—Pues él se ha anticipado, señora Clara, y se ha ido á buscar *buenos aires*...

—No has estado pesada, hija—contestó la aludida con una risita falsa de despecho.

—Pues el mío también se me va á marchar—dijo Matilde.

—¡Ah, pero ese se va cerca!...

—Sí, pero á lo mejor se queda por allá... Cualquiera sabe las cosas que se traen estos estudiantes por el verano... Esos hacen lo que las golondrinas; á lo mejor vuelven al otoño siguiente... pero no es al mismo nido...

—Pues á ese pájaro procura no dejarle escapar, hija, que ese es rumboso y simpaticón como pocos...

En ese momento se oyó en la calle un silbido penetrante. Era Guillermo, que aprontaba por allí y que avisaba su llegada tarareando en sus silbos el vals de *La viuda alegre*. Matilde se arregló para salir á dar con él el paseo cotidiano.

XXII

Noches ruidosas de tasca, con barajas mugrientas y botellas de Valdepeñas á la vista, paladeando el vinillo crudo que comenzaba á torcerse, las que gozó Guillermo por aquel entonces... Las que gozó solamente á medias, acosado como estaba por los remordimientos. En su imaginación todo danzaba en confuso vaivén, fuera de aquella alcoba iluminada donde la doncellez de Matilde vino á morir.

Todo el resto del mundo era una sombra ante aquel episodio que tan nítidamente resplandecía en su memoria. Los besos de Matilde, sus frases de cariño, sus *timitos* chulos, sus rugidos de pasión y sus mimosidades de gata, cantaban en el clavicordio del recuerdo. Para olvidarlo todo, quería aturdirse, embriagarse de vino y de pena. Pero nunca lo conseguía plenamente. A la mañana siguiente de las orgías estaba triste y desolado, como después de un viaje inútil á un país remoto. Cuando iba en busca de los paraísos artificiales, se encontraba con el infierno de los remordimientos.

El fracaso de los exámenes y el recuerdo de Matilde le habían puesto verdaderamente amargo y abrumado de dolor. Estuvo así cuatro ó cinco días sin aparecer por la calle del Tribulete para ver si podía mutilarse el corazón y enfriar el afecto vago que sentía hacia Matilde. Pero á ese afecto vago—mezcla de simpatía juvenil y de concomitancia sensual—había sustituído la compasión, ese vínculo más fuerte que el amor mismo. Estaba perdido;

no tenía remedio su enfermedad espiritual. La lástima le encadenaba á la pobre chula.

A los cuatro días de su alejamiento de la calle del Tribulete, una mañana, saliendo de casa, la portera le entregó una carta de Matilde. La misiva era lacónica y triste; la letra torpe y bronca, como de quien ha frecuentado poco la escuela primaria. La caprichosa ortografía de la chula acentuaba más la nota plebeya de la epístola.

La carta decía así: «Guillermo; si crees que porque me has desonrao y hecho desgraciá para toda la vida, puedes reirte de mí, te equivocas. Mi diznidá vale más que todas las joyas que tú puedas tener, y si he sido tonta porque me cegó el cariño, ya buscaré ocasión de que me la pagues sin necesidá de que vaya á buscarte. Se despide de ti ésta que te aprecia,—*Matilde*...»

Aquel día fué cuando Guillermo sintió verdadera lástima de la pobre muchacha plebeya que allí, ante el muchacho acomodado y ocioso que la había desgraciado para siempre, se mostraba magnánima y grande, con la verdadera grandeza, que es la grandeza de los humildes...

Pensó en la tortura interior de aquella pobre nena, que no podía expresar sus anhelos y sus tristezas porque le faltaba instrucción y soltura en el escribir. Por lo demás, aun para las personas ilustradas, la palabra era una bien necia traducción del pensamiento, puesto que él, muchacho culto, tampoco sabía exteriorizar lo que en su interior pasaba en aquellos momentos. ¡Oh, qué pronto quedarían no más que vestigios y sombras de aquella chula garbosa y alegre que era Matilde, un año antes! ¡Qué pronto el embarazo, el parto, las tristezas del abandono, las miserias de una vida abrumada por un pensamiento dominante, metamorfosearían

á la graciosa muchacha en mujer atribulada y pálida, de pechos flácidos y ojos pensativos!...

¡Y allí quedaría siempre sola, siempre triste, pobre novia viuda, novia olvidada en víspera de boda!... Recordaba, porque le hería el alma con más intensidad, una frase, á la vez mimosa y cruel, que ella le había dicho en los días subsiguientes á la seducción, cuando se adormecía sobre su hombro, dejando que la cabellera sedeña rodase sobre la almohada: «Mira, Guillermo, yo nunca podré olvidarte...»

No podría olvidarle, no, aunque él la dejara, porque cuando, al desnudarse delante del espejo, se viera por las noches en su casa, se acordaría de ese espejo, donde por primera vez se desnudó delante de un hombre...

Durante aquellos tres ó cuatro días de faltas de asistencia á la cátedra del amor por parte de Guillermo, una señora... ó cosa así, del piso segundo, letra D, núm. 7, le dijo con mucho misterio al encontrársela por la escalera:

—Matildita, ¿qué es de su novio de usted que nó se le ve estos días por la calle?...

—Pues no sé; hace tres ó cuatro días que no le veo... Estará preparando el viaje á su tierra...

—¡Ah! ¿Se va ahora?... ¿Es estudiante, verdad?

—Sí, señora—dijo Matilde, recalcando mucho las sílabas, como para darle á entender que estaba muy envanecida de la alta jerarquía de su novio.

—¡Pues, vaya un novio que le ha salido á usted!...—contestó con tono de sabihonda la ilustre entrometida—. Ese hace como el perro del hortelano, que ni come las coles ni deja que otro se las coma...

Cuando terminaba de hablar con esta vecinuca, apareció en la calle Guillermo, que venía enfundado

en su impermeable. Llovía aquella tarde á más y mejor; llovía tenaz y sosegadamente, como en Asturias.

Al estudiante, aquel día madrileño le recordaba los días de su tierra en que el cielo encapotado, con tocas de viuda, no deja de verter lágrimas de la mañana á la noche. Le había entrado una nostalgia indefinible y mareante, un anhelo de estar en Puertuco.

—Ya me he puesto tonto, ya me he puesto sentimental—decía para sus adentros.

Cuando llegó á la calle del Tribulete iba canturreando, para echar fuera la morriña, una canción asturiana, que, sin saber por qué, había recordado al acabar de comer. La tonada no tenía relación alguna con su estado actual de ánimo; pero el cuerpo le pedía..., el espíritu, mejor dicho, remembranzas de su tierra natal, y necesitaba forzosamente, para aliviar su tortura psíquica, canturrear y canturrear fuerte, de modo que algunos transeuntes le miraban fijamente, como diciendo: «¡Pobre muchacho! ¡Está chalao!...» La canción que tarareaba era una copla picaresca y sentimental á la vez, como suelen ser casi todas las coplas asturianas; canción que él había oído muchas veces á las criadas de su casa, mientras fregaban ó barrían, en la galería encristalada que da sobre el mar azul y crespo...

Por la calle de la Vega,
por la calle de la Vega
pasan muchos espormanes;
unos van para Colloto
y otros van para Limanes...
¡Ay, libertad,
prenda adorada;

por estar contigo á solas
me dicen que soy muy mala!...
¡Ay, libertad,
prenda querida;
por estar contigo una noche
me dicen que soy una perdida!...

El espíritu se derretía de ternura en la nostalgia de la *tierrina*. Cuando Matilde salió, Guillermo todavía seguía canturreando la copla astur.

—¿Qué gruñes ahí?—dijo la chula.

—Pues mira, un cantar de mi tierra...

Y se lo repitió á Matilde, que lo acogió con júbilo.

—Muy bien, muy bonito... ¡Qué cosas tan mimosas discurren en tu tierra!... Deben ser muy cariñosos todos los de allí...

—Aquí tienes la muestra—dijo Guillermo.

—Ya se ve. Por ti lo digo principalmente...

El estudiante pensó entonces con tristeza en la evocación de Asturias, que había suscitado en Matilde con el cantar, como otras veces con sus frases... Y pensó que ese era su mayor crimen, más doloroso aún que el de la seducción material: haber hecho soñar á esta muchacha con una vida que luego no había de vivir...

¡Cuántas veces habría soñado Matilde, en sus horas de confianza y de ilusión, cuando el cariño del estudiante le inundaba el alma, en vivir, después de casada con Guillermo, en aquel pueblo cantábrico á la orilla del mar!... ¡Y en ser la señora de un médico y tener el *chic* especial que da en un pueblo pequeño la condición de ser madrileña!... ¡Y en que todos la llamasen señorialmente: «Doña Matilde, la señora de don Guillermo, el médico»!...

Porque el estudiante, en sus ratos de cansancio amoroso, cuando se habían hartado de decirse mi-

mosidades y tonterías, generalmente sentados uno enfrente de otro en la oscura trastienda de una pastelería de la calle del Mesón de Paredes, ó ante un velador del Nuevo Café de Barbieri, solía evocar la vida en su pueblo, desplegando ante la imaginación atónita de la chula las perspectivas de una existencia que no conocía y que quería presentir.

A veces hasta le describía su casa punto por punto. La casa era alta, de una edificación vetusta y descuidada, con estrechos balcones de baranda, pintados de un color café fuerte y feo. Con sus grandes aleros sombríos donde hormigueaban desde Abril, después de la Pascua, y donde colgaban, para Octubre, destrozados, muchos nidos de andarinas; con su canalón dislocado, lleno de gruesas abolladuras, por donde el agua, en los días de lluvia, se escurría con un saltarín murmurio de perlas vertidas sobre cristal, la casona—antiguo solar de la familia Caunedo—tenía un aire típico de provincia, de casa de villa del Septentrión, tristona y húmeda.

De frente, toda encogida, como una vieja haraposa que se espulga, estaba la casa de don Miguel, el farmacéutico, surcada de grandes lamparones, con su tejado medio caído, rebosante de goteras, por donde entraba la fuerza del aguacero, filtrándose hasta la rebotica. Al lado, en el palomar de don Ramón Loredo, se arrullaban los *zoritos;* salía de esa casa continuamente el clangor metálico de un reloj de pesas...

Los días laborables eran de una desesperante monotonía en Puertuco. Tampoco solían ser muy alegres los domingos; había las mismas diversiones que suele haber en estas villas marítimas. Siempre hay cuatro instrumentos destemplados que desgarren una habanera; siempre hay cuatro muchachas divertidas y tres rapaces brincadores

que se embriaguen de animación ó de cariño, siguiendo con languidez el compás de la charanga desafinada. La banda municipal (que así llaman pomposamente á esa charanga en Puertuco) sitúase en el campo de la Iglesia, ó bien, á los acordes de un paso doble, toma el camino de *Valparaíso*, una taberna, con huerta para jugar á la llave y patio para bailar, donde desde tiempo inmemorial se reúnen las parejas de mozos enamorados ó *sidreros*. Los muchachos reparten la tarde en aquel retiro campestre, mitad huerta y mitad establecimiento de bebidas, entre la sidra y las buenas mozas. En las calles tortuosas del pueblo, á las puertas de las casucas bajas, juegan á la brisca las viejas que no se atreven á pasear, vociferando y salivándose los arrugados dedos para coger carta. A veces, una de ellas, que tiene la boca reseca, grita á cualquier chiquilla que ha quedado al cuidado de la casa:—Vete por una cachada de agua, neña...

Guillermo refería todas estas cosas á Matilde con la voz algo velada por la emoción. Y la chula le oía también algo emocionada, contagiada del misterio nostálgico de aquella nueva vida que se abría ante los ojos de su espíritu y que ella soñaba en vivir algún día... ¿Qué? ¿No se merecía ella un bienestar mayor que el que ahora disfrutaba? ¿No era ella buena, cariñosa y sumisa con el novio, y pensaba ser fiel y obediente al esposo? Pues qué; ¿otras de su misma clase, pero de condición más liviana, de cascos más ligeros que ella, no se habían casado con muchachos de carrera?...

Mientras esto iba pensando, habían subido la cuestuda calle del Ave María, habían atravesado el trozo de la calle de la Magdalena, que desemboca en la Plaza de Antón Martín, y, siguiendo por la

calle de Atocha, habíanse detenido ante la puerta del café de San Sebastián. Entraron por invitación de Guillermo. El café, largo y angosto, muy bajo de techo, estaba silencioso, desolado y oscuro en aquella tarde de lluvia, que recluía en sus hogares á los parroquianos. A Guillermo, este café misterioso y sombrío le evocaba los cafés solitarios de Ablanedo, frecuentados por él en tardes melancólicas y monótonas de lluvia. Esos cafés sólo á temporadas tienen un encanto poético: es cuando hay una orquesta, que lanza al aire sus notas vibrantes ó quejumbrosas. Suele ser á la hora en que la campana de la catedral posa con insistentes y plañideras campanadas. Los canónigos avanzan por las calles sinuosas y angostas. Hora propicia para sentarse sobre el diván granate ó verde, frente á los espejos cuadrangulares de uno de esos cafés provincianos, vastos y oscuros, casi siempre desiertos... Entonces se evocan los cafés poblados y rumorosos de Madrid, con el zumbido de las conversaciones y la alegría de las modistas vivarachas, vistas á través de las vidrieras... En esos misteriosos cafés de provincia, la pequeña orquesta suele tocar un *Vals Boston* ó una *Patroulle galante*, que á los muchachos románticos hace evocar, mientras su espíritu se mece en vaivén de cuna, aquellos ojos negros que una tarde de lluvia les miraron con dulzura detrás de un balcón, al pasar por una calle desierta...

En el silencio del café, resonaron las teclas del piano, que un pobre muchacho, sórdidamente vestido, pulsaba. Era la *Rêverie* de la *Suite algerienne* de Saint-Säens, esa maravillosa creación del genial francés, llena de una poesía oriental, enervante y cálida, que adormece como el opio... Guillermo sen-

tía agolparse á su alma un tropel de emociones indefinibles...

Se acordaba de Puertuco con insistencia y siguió hablando á Matilde de su pueblo. Le recitó otro cantar juguetón:

Ba, ba,
arrímate p'acá...
Be, be,
que yo me arrimaré...
Bi, bi,
dime, dime que sí...
Bo, bo,
no me digas que no...
Bu, bu,
mi amor eres tú...

—¿Qué te parece?...—preguntó á la chula.

—Muy bonito, muy bonito, como todo lo de tu tierra... Hasta los chicos, que son muy salaos...

—¿Es pitorreo, señorita?

—Es justicia, caballero...

Y quedó el estudiante pensativo, considerando que, sin la mujer y la música, la vida sería un estorbo y una carga pesada. «¡Oh, sin estas encantadoras modistas—se decía Guillermo mirando la imagen de Matilde reflejada en el frontero espejo cuadrangular—qué tediosa y estéril sería la vida del estudiante en Madrid!... Ellas nos dan las horas del tormento; mas también nos dan las horas del placer. Debemos estarles agradecidas y adorarlas por sus zapatitos elegantes y por sus peinados primorosos, y, sobre todo, porque se calzan y se peinan para nosotros, los estudiantes... La coquetería de estas nenas es un arte, provisto de reglas, como otro cualquiera: el arte de saber hacer-

se valer... Por eso pueden hacer uso de ella sin rubor. Sólo los misóginos, los amargados y los caquéxicos detestan la coquetería sabia y risueña de estas adorables gatitas de Madrid... En mi pueblo, las niñas valen la mitad menos de lo que debieran valer, porque casi ninguna sabe ser coqueta...»

Penetrado de estos eutrapélicos pensamientos, convencido de que el amor es la única salsa y la única belleza de la vida, musitó un ruego en el oído de Matilde, que lo acogió con una sonrisa de benevolencia sensual. Salieron del café y Guillermo se llevó á la chula á una casa misteriosa de la calle de Santa Polonia, con un portal iluminado por una lámpara azul celeste; ¡oh sarcasmo del simbólicamente inmaculado azul!... Allí se amaron ardorosamente durante dos horas, y ya de noche cerrada, Guillermo llevó á Matilde á la calle del Tribulete.

XXIII

A última hora, después de las intimidades de la alcoba, prodigadas en aquellos días con vehemencia, Guillermo quedaba pensativo, considerando que, sin querer, Matilde se le estaba entrando alma adentro y llegando á lo más hondo é insondable del corazón. No era ya el amor-placer, el amor-capricho que sentía en el invierno, cuando deseaba á Matilde con toda su alma y todo su cuerpo, pero no la quería. Ahora, por milagroso fenómeno, después de la posesión, el corazón se le iba ilusionando por la chula, tan cariñosa, tan suave, tan adorable en los minutos de placer.

Todos los síntomas que iba advirtiendo en sí mismo, ¡buen Hipócrates del alma, él, que llevaba trazas de ser un desastroso Galeno del organismo!..., eran síntomas del amor-pasión. Tenía presentimientos fatalistas de encontrarla en tal ó cual sitio y la encontraba. ¡Y la impaciencia, el hervor de verla!... Durante el invierno, pasaba perfectamente seis ú ocho días sin verla, y no sentía que se le desgarrase ninguna fibra interior; ahora no podía estar más de cuatro horas sin hablar con ella.

Afortunadamente, el desgraciado fin de curso le había dejado en libertad. Podía dedicar todo el día á Matilde, libre ya ¡y á costa de cuán lamentables suspensos! de las asignaturas hórridas. Las horas que no pasaba con la chula dedicábalas á la holganza más nirvánica que darse puede. El calor apretaba de lo lindo en este estuoso comienzo de verano madrileño. Durante las horas de sol, daba miedo pisar las aceras calcinadas. El vaho asfixiante y pegajoso que se aspira en las calles de la gran capital, compelía á quedarse en casa. Guillermo se tumbaba sobre el lecho, víctima de una galbana amodorrante, y allí pasaba horas enteras, en mangas de camisa, estirando los brazos, bostezando, leyendo alguna novela ó forjando los más desatinados planes respecto á su chula, en la que continuamente pensaba...

—Pues, sí, señor, me estoy enamorando...—decíase á sí propio—. Con una complacencia especial repetíase las frases que en el lecho de alquiler, durante las horas de abandono erótico y de laxitud, pronunciaba Matilde. Recordaba, sobre todo, una que, á pesar de su prosaísmo notorio, le emocionaba, y que la chula solía decirle siempre que quedaba en sus brazos, mirándole fijamente á los ojos, después del agotamiento del goce: «¡Eres

feúcho!... ¡Eres feúcho; pero tan salao y tan cariñoso!...» Esta frase se clavaba en su memoria con doloroso ritornelo.

¡Oh, sí, estaba encantado, ilusionado, quizá enamorado de la chula, después que la conocía íntimamente! Tenía la obsesión de sus palabras cariñosas, casi pueriles, más balbuceos que palabras... «Ricura, monín, gitano...» ¡Y luego, cuando la dejaba en su casa y volvía él á flanear por las calles, creía verla en todas las mujeres, siempre temiendo un encuentro fortuito!... El corazón de Guillermo, corazón puro y virgen aún, se había gastado en banales conquistas, olvidadas al día siguiente, en frivolidades vertidas al oído de las modistillas alegres que cruzan las calles, en flores y gansadas vertidas al minuto, que no habían dejado huella honda en ningún pecho femenino. Desde su pasión de adolescencia por Carmencita Roldán, no había querido á nadie de verdad. Y, al fin, el corazón se había cansado de tanto fingimiento, de tanta frase romántica dicha sin sinceridad, de tantas margaritas de pasión arrojadas á las *cerdas* callejeras; se había cansado, sí, como un figurante á quien se ha hecho trabajar en demasía.

Soñaba disparatadamente en sus horas de languidez canicular; soñaba en una fuga descabellada con Matilde...; una fuga á Llanada, donde se alojaría en el «Hotel Peninsular»—en aquel hotel, á las ventanas de cuyo elegante comedor tantas veces se había asomado desde la calle de la Paloma, cuando era niño, soñando en ser hombre... y en tener mucho dinero para comer como aquellos señores elegantes que fumaban cigarros Bismarck y Henri Clay después de la cena, en la gran pieza iluminada maravillosamente. ¡Oh, qué encanto sería llevar á la chulilla, en calidad de querida guapa,

á la ciudad donde había amado tanto á la novia primera, al único y verdadero amor de su vida!... Y pensaba en la elegancia picante de escandalizar á Llanada, ciudad levítica é hipócrita, ciudad de santurrones y de beatas, paseando por sus calles sórdidas á esa madrileñita vivaracha y alegre, de quien sabrían (porque él se encargaría de comunicarlo á los antiguos amigos, en el Casino) que no era su esposa legal, y á quien hasta en el olor conocerían que era amante las sagaces comadres de Llanada!...

¡Y ya, descarriada la imaginación, acariciaba la sacrílega idea de llevarla una mañana á la catedral en las horas de coro—una mañana clara y tibia, de cielo azul y fúlgido sol castellano—y besarla allí mismo, en una recóndita capilla, mientras los seises, de voz asexual, entonaban antífonas que los canónigos respondían con zumbido rutinario, en un bello y dulce latín salmístico que él comprendía!... ¡Oh, besar á la querida allí, en la catedral, donde él tantas veces había rezado, cuando su madre le llevaba á misa de siete los domingos, ó los sábados por la tarde á confesar con el Penitenciario!...

En aquellos días de indolencia, una de las novelas que leyó con más avidez fué *La tribuna*. Veía en aquella admirable obra de la Pardo Bazán una historia semejante á la suya, mudadas las naturales circunstancias. El era también, como Baltasar, el señorito despreocupado y vicioso que, aprovechándose de las ventajas de su posición, seducía á la muchacha plebeya. En Matilde contemplaba un retrato fiel de Amparo. Y cuando pensaba en esto, se turbaba un poco, en parte de emoción y en parte de horror al influjo de la literatura. Meditaba si él estaría inficionado de endémico literatismo, y si vería el mundo á través de las lentes que le pres-

taban las novelas. El mundo exterior estaba poblado para él de fantasmas literarios. La señora Concha era Anita; ¡y quién sabe si la vida había de preparar á estos amores un cauce idéntico al que siguen en aquella novela!... No; pero él no haría pasar á Matilde por todos los amargos trances por que pasó Amparo, la brava é indomable hija del pueblo, brava para el cariño como para los ideales...

Pensaba en la herida que iba á abrir para siempre en el alma y en la existencia de la chula. No tanto era de execrar la seducción física, al fin disculpable por el enardecimiento de la sangre cálida y moza, como la seducción moral, el engaño horrible que suponía hacer soñar á Matilde con una vida que luego no habría de vivir. ¡Oh, el enorme desencanto, la decepción, el abatimiento que infundiría en el alma de la chula el abandono de Guillermo!... ¡Cómo execraría desde entonces á «los señoritos», á todos en conjunto, simbolizados y resumidos en él... á los señoritos que hasta ahora le habían gustado tanto, pero á quienes forzosamente había de tener cierta prevención, como ante un adversario, aunque no fuese más que por atávicos prejuicios de clase!... El venía á representar el desairado papel de esos contrabandistas de ciertas comarcas andaluzas, que, para preparar bien su infame comercio, comienzan por disfrazarse un día de carabineros y filosóficamente, con toda la sangre fría del mundo, apalean bárbaramente á sus perros para que éstos tomen horror á los uniformes y huyan ó se abalancen en cuanto ven individuos del benemérito cuerpo!...

El ahuyentaría para siempre á los señoritos de la vera de Matilde, que, al maldecirle á él, maldeciría á toda la clase...

Por fácil asociación de ideas, al pensar en el daño que él había hecho á Matilde, evocaba una historia dolorosa que había oído un día en Puertuco á la cocinera de la casa, la zafia y parlanchina Antona. Estaba junto al fogón, en una noche de verano, charlando copiosamente, con esa facundia de las mujeres de los puertos cantábricos. Su interlocutora era una amigota suya, sabia comadre de los aledaños. Antona contaba «una desgracia» que le había acaecido á una sobrina suya lejana.

—¿Quién te quiere decir, neña, que el día del Carmen, en la romería, yo llevaba un vestido emprestao de mi hermana y véola bailando con un mozo toda desmandada?... Voy pallá y dígola: «¿Qué faes aquí, pendona del diaño...?»—«Ay, tía Antona, aquí tienme bailando con Colasín...»—«Más te valiera estar cuidando del puchero, perico, que tar dejándote masuñar de los mozos como una muyer mala... Buena la tienes con tu madre, cuando vuelvas pa casa, como yo lo diga.» ¡Lo que yo lloré aquella noche, neña!... porque vi que aquella rapaza estaba perdida; y una mujer perdida, ¿pa qué sirve?... Bueno, pues poco tiempo después voy pa Fabricia y tópome con Angelina, la Candasa, y, dízme que la mi sobrina tá en una casa de muyeres... Yo ya sabía que aquel mozo habíala engañado. ¡Quién te diz que topei dos cartas en el bolso un día que ella fué á coser fuera!... Daban ganas de llorar, muyer... Yo siempre dijei á la madre que esa rapaza acabaría mal...

Siguió hablando Antona en el tono en que hablan siempre las mujerucas de ese pueblo, tomando las narraciones *ab ovo Ledæ*, empleando circunloquios y elipsis frecuentes, buscando asociaciones extrañas entre cosas que no las tienen, poniendo una nota picaresca y práctica en un diálogo polí-

cromo. Pero Guillermo no quiso oir más; le bastaba con lo oído. Ahora evocaba con singular nitidez aquella conversación oída años atrás y que le había quedado muy grabada en la memoria. ¡El era culpable de que algún día, no muy lejano, fuese Matilde una de esas desgraciadas de quienes las ancianas hablan con misterioso sigilo en las cocinas!...

Algunas veces, sin embargo, predominaba en él el cínico que hay dentro de nosotros y que va creando la vida sobre el sentimental que subsiste desde la infancia, sobre el ingenuo, que es, en último resultado, todo hombre. Y quería despojarse de los remordimientos de conciencia (cobardías de un espíritu débil y apocado, decía él, sintiéndose nietzschiano, sin haber leído á Nietzsche) y pensaba que aquella chula no merecía al fin otra suerte ni otra gloria que la de ser amada por él. En aquellos momentos de *esprit fort*, solía venirle á la memoria un muy gráfico y muy escéptico cantar del pueblo;

A las mujeres quererlas
con los pensamientos malos;
al que no lo hiciese así
ellas le darán el pago.

Quizá el pueblo, misógino por instinto y no por reflexión filosófica, tenía razón; quizá era mejor querer á las mujeres «con algo de mal fin»... ¿Acaso, si él hubiera abandonado á Matilde sin seducirla, intacta y enterita, no se entregaría ella, espontáneamente, lasciva y cálida, á otro cualquiera, que quizá valdría menos que él?... Y en último resultado, el amor era la única belleza de la vida, el único aroma que aquí abajo dejaba fragancia perenne; y el amor sin la sensualidad era incom-

pleto, no llenaba el vacío del alma... ¡La sensualidad era una justificación del amor; en el coito empieza el ideal, lo Infinito!... ¡Qué misterioso era el encanto de unos labios femeninos! ¿Cómo cabían en unos labios tantas ilusiones?...

Mas por otra parte, ¿no era un crimen abandonar á estas pobres muchachas con quienes se llegan á tener intimidades inolvidables? ¿No era un crimen que otros recogiesen las piltrafas? Y pensaba en el encanto de la vida conyugal, en la poesía del mantel blanco y del lecho níveo que esperan dulcemente, con ese gesto resignado de las cosas mudas, la llegada del esposo... «Lo que buscamos todos—se decía—, que en el fondo somos unos sentimentales y unos ingenuos á pesar de nuestros devaneos (devaneos que á veces concluyen en canalladas, como ahora va á concluir este mío) es la tranquilidad monogámica, la dulzura conyugal, la tierna compañera que nos besa y nos cuida... Todas las mujeres se resumen en una cuando nos lo proponemos...»

Indicios de pasión eran todos estos, de pasión violenta y avasalladora, de esas que se dan tres cuatro veces en la vida de un hombre. En la de Guillermo, no había habido hasta entonces más que una; de ahí que su corazón estuviese poco gastado... aunque Carmencita Roldán le había abierto una herida que no se cicatrizaría jamás por completo. Casi podía aplicarse á sí mismo lo que decía el cantar del pueblo:

El primer amor que tuve
se me llevó el corazón;
no hay amor como el primero,
que se lleva lo mejor...

Aquella noche fué Guillermo en busca de Matilde. Era noche de luna clara, que le recordaba al estudiante otras noches de luna y de verano sobre el negro mar salado, sobre el Cantábrico bravío que había mecido su infancia. El claror de gloria de la casta Diana inundaba de poesía las calles quietas de aquellos barrios extremos. Las comadres vociferaban á las puertas de las casas, cortando sayos á todos los que pasaban por allí. El estudiante iba triste, pensando en que la luna de Enero era más tibia y más clara y más propicia á los enamorados que la luna de Junio. Entonces los portales están cerrados á las diez; cruzan rápidos los transeuntes bien abrigados. Nadie les impedía gozar á solas de su amor por aquellas calles tranquilas bañadas de gracia lunar, donde no se oía nada más que á ratos los pasos del vigilante nocturno. ¡Oh, Selene, casta y dulce, de cuántos crímenes amorosos, de cuántas seducciones sinuosas eres cómplice!...

Cuando Guillermo bajaba por la pina y solitaria calle de San Cosme, ¡tan grata en invierno para reconciliaciones cariñosas y picardihuelas eróticas!, vino hacia él desde un balcón de un piso segundo un son mimoso, suave y tierno; un son doliente de piano pulsado por núbil romántica. El piano matizaba dulces melodías asturianas, y toda la poesía de su tierra afluyó á la mente de Guillermo, sensibilizado ya en aquella noche de luna por la influencia benéfica de Selene y por el recuerdo de otras noches de Puertuco.

Inconscientemente, como un sonámbulo, Guillermo canturreó la tonada que el piano preludiaba. Era una tonada á la vez pícara y sentimental, como son todas las tonadas cantábricas:

¡A mí me gusta una gaita!
¡Vaya una gaita!
¡Vaya un gaitero!...
A mí me gusta una gaita
que tenga el forro
de terciopelo...

El mimo estaba en la música, no en la letra, generalmente prosaica en estas tonadas; ¡ah!, pero la música... una música de terciopelo como las praderías de la tierra, una música suave como las nenas rubias de «por allá»... Luego, el piano atacó otra canción asturiana. Guillermo se detuvo melancólico y nostálgico bajo el balcón de donde tan dulces notas volaban. Y tarareó esta copla:

¡Santa María!...
Que á ti te quiere la madre
y á mí me quiere la fía...
Que á ti te quiere de noche
y á mí me quiere de día...

Guillermo oía extático el piano. ¿Quién sería la que arrancaba tan dolientes notas al mágico instrumento? Sería joven, bella de seguro... acaso paisanita suya, que sentía el hechizo de aquella música regional, porque quizá, como él, había sentido el encanto de las romerías y de las carbayedas y de las nenas modositas... ¿Tendría los ojos azules de madona ó los ojos negros de gitana? ¿O acaso tendría esos ojos plácidos que tanto abundan en el Norte y en el Noroeste de España, los ojos castaños ó de color tabaco que tanto le gustaban á él, los ojos de ternura conyugal, los ojos de madre de familia?... Recordó súbitamente un cantar portugués, que él había leído no sabía dónde.

«Olhos pretos sâo falsarios,
os azues sâo lisonjeiros;
antes quero olhos castañhos,
sâo os leaes, os verdadeiros...»

Era verdad; los ojos castaños son los ojos sinceros, los ojos ingenuos, los ojos buenos...

Siguió por la cuestuda calle abajo; mas al llegar frente á la travesía de San Lorenzo, le entró una tan irreprimible nostalgia de Puertuco y un desdén tan grande por la chula madrileña, que, á pesar de querer tanto á Matilde como en aquellos días la estaba queriendo, volvió sobre sus pasos. Se sentía sin ánimos para ir hasta la calle del Tribulete; comprendía que no podría decir aquella noche á Matilde frases sinceras de cariño. Estaba tremendamente emocionado por el influjo de la luna clara y del piano doliente...

Ascendió de nuevo por la calle de San Cosme, y se internó por la calle de la Esperancilla. Entró en el café de Sevilla, donde en tantas noches de Enero había ido con Matilde á decirle «cositas lindas», como ella las llamaba, en un rincón del local solitario. Un mozo barbilampiño tocaba en el piano de cola un *Nocturno* de Chopín.

XXIV

Guillermo decidió pasar la temporada de verano en Madrid y no irse á Puertuco, á pesar de las repetidas instancias de su madre. Fué entonces una monótona sucesión de días iguales—y una suce-

sión de estados de alma que no se diferenciaban—. Por las mañanas, era el resol sobre los cristales, la luz cegadora é hiriente, la molestia de lo deslumbrante que no dejaba leer ni trabajar en las asignaturas, con aquel testigo, ¡el sol!, frente á los ojos; á los mediodías, era el aplanamiento total, la laxitud absoluta, la pereza suprema, la galbana meridional, las largas horas de la siesta que se pasan con las piernas estiradas sobre una mecedora, sin hacer nada, sin pensar en nada, feliz de sentir que la vida se detiene, orgulloso de verla estancada ante nosotros, contento de sentirse vivir, nada más que de vivir, de respirar, de circular la sangre, de hacer la digestión, de obrar fisiológicamente, animalmente... Y luego, por las tardes, en los anocheceres tibios, muchas veces aún cálidos, era todo el calvario horrible del Tedio, cotidianamente recorrido. ¡Ah; si los que pasan la vida quejándose de sus prójimos, en odio continuo con sus semejantes, hubiesen sondeado este alma en aquellos comienzos de noches estivales, bien hubieran comprendido que aún les faltaba camino por andar; que toda la enorme fealdad y toda la pungente tristeza de la vida no se cifran en la hostilidad agresiva ó declarada de una persona, ni siquiera de una institución; que el gran tormento está en sufrir por todo, en sentirse cansado de todo!... Grande congoja y fiera penalidad es el vivir oprimido por el odio circunflejo y bestial de algunos seres ó por la indiferencia de los otros; pero el supremo grado de dolor es sentir sobre sí el peso del odio de toda la humanidad y de la indiferencia de toda la creación...

Casi siempre Guillermo se iba á las ocho, ya cenado, á un paseo de las afueras. Era enfrente de la Estación del Mediodía, donde los trenes se que-

jaban con lamentos de niños que pugnan por salir á la luz ¡como si fuesen incubadoras de dramas humanos, que anhelan desgarrar el corazón con su alarido, aquellas locomotoras panzudas!... Otros trenes silbaban lejanos, perdiéndose en la inmensa llanura de Castilla la Nueva, donde las almas son lisas y sin eminencias como el terreno. A trechos, en lo largo de la vía, refulgían linternas rojas como pupilas de cíclope irritado. El cielo, inmensamente azul y constelado, ponía una nota poética sobre la aridez desoladora de la planicie.

Una de aquellas noches, mediado Julio ya, se alargó Guillermo por ese paseo del Pacífico hasta bastante más allá de la Basílica de Atocha, en construcción. Poco antes de llegar á la terminación del primer trayecto del tranvía, cerca de los fielatos, divisó una figura ágil y viva que él conocía bien. Era Matilde Rey, que caminaba sola por aquellos andurriales.

—¿Tú por aquí, Matilde?—clamó Guillermo, acercándose á ella.

—Ya ves; yo por aquí, y tú por donde te da la gana—contestó la chula...

—No es porque me haya faltado voluntad, sino porque he estado enfermo.

—¿Y no has sido quién para ponerme dos letras? ¡Qué comportamiento de hombre!... Por supuesto, que lo de la enfermedad es c sa tuya y no me la trago. Tú has estado estos días con alguna pelandusca.

—De verdad que no... ¿Tú te crees—la dijo Guillermo acercándosele al oído, zalamero é insinuante—, tú te crees que, después de haber estado contigo á solas, se puede estar con otra mujer cualquiera?

—¡Tú!... ¡Tienes un estómago que apencas con todo!...

—No es cierto eso... No me conoces á fondo.

—Ya, ya, ¡como si te hubiera parido, hijo mío!...

Caminaban á lo largo del recto y ancho paseo del Pacífico, entre cuyos árboles alineados á ambos bordes refulgían faroles, cuyo fulgor mortecino apenas rasgaba las sombras. Al llegar á la Puerta de Atocha, montaron en el tranvía de Antón Martín; Guillermo subió á Matilde en vilo y, una vez en la plataforma, la oprimió contra sí cariñosamente.

—¿Vamos á Novedades á ver una sección, Matildita?—dijo el estudiante á la chula.

—No quiero ir contigo ni á la gloria—repuso ella con displicencia.

—No, nena, si no iremos al paraíso; iremos á las butacas.

—¡Qué monín! ¡Vaya una gracia!...

—Bueno; ¿quieres venir conmigo ó no al teatro?

—Que yo no voy, hombre.

—Que si vas, mujer...

En efecto; descendieron del tranvía en la Puerta del Sol, llena á esa hora de un gentío abigarrado, y Guillermo, cogiendo del brazo á Matilde, la subió al tranvía de la Fuentecilla.

Ya la chulita se había puesto tierna y mimosa, como son fundamentalmente estas muchachas de los barrios bajos, tan ariscas en la superficie. El encuentro con el amado había prestado animación y color á su semblante. Se reía frente á Guillermo con una risa provocativa y traviesa, anuncio de próximas delicias sensuales; los viajeros del tranvía les miraban entre recelosos é irónicos, con mirada fija, y algunos torvamente, con gestos de escandalizados; dos viejas beatas, con remilgos de hipocresía; y una pareja de recién casados, con simpatía é interés del que contempla á otro en su misma situación. A un rincón del vehículo, un misógino,

triste bajo sus lentes oscuros, les miraba con odio, abatido de dolor, leyendo sin ganas un periódico de la noche.

Frente á la puerta del Teatro de Novedades, incoloro y vulgar como una casa de vecindad, con sus dos focos eléctricos violados sobre la puerta, se detuvo el tranvía. Se apearon Guillermo y Matilde y, después de sacar localidades, entraron en la sala.

Había comenzado la función. Se representaba *Los granujas*, y el público reía estruendosamente, con carcajadas bestiales de ignorancia y de torpeza, los chistes burdos de la obra. Todo aquello de: «sonríete de lo que enseñan las amas de cría en el Prado»... y de: «¿y qué iba á hacer él solo en un palacio tan grande?»... era coreado con salvas de risotadas.

Mas donde la atención del público se ahincó en la escena y donde el gentío sórdido de galería, enardecido, se frotaba las manos á rabiar y prorrumpía en alaridos bárbaros, fué en las escenas finales, sobre todo en aquel parlamento versificado que tiene «el Cañamón» con Marcelino, el ebanista, el seductor de la pobre chulilla. Matilde estaba entusiasmada con aquel dramita comprimido que estaba engarzado en tan sonoros versos y en tan juguetona música... ¡Oh, cuando cantaban aquella *nana:*

... pobrecito mío,
ya no tiene hambre,
ya no tiene frío;

cómo sonreía de emoción la chulilla, á quien tanto le gustaban los nenes!...

Mas donde el entusiasmo del público se desbordó, llegando á un grado de exaltación extraordi-

nario, fué en aquellas estrofas rotundas y relampagueantes de un final de escena:

> porque ni es honrao ni es hombre,
> ni es ebanista ni es ná...

¡Oh, entonces había que ver el enorme semicírculo que forma el paraíso de Novedades estremecerse y bambolearse como un buque en alta mar, y descargar tres granizadas de aplausos sobre el atónito patio de butacas!...

Guillermo salió del teatro pensativo, considerando que si sus devaneos con Matilde trajesen consecuencias funestas, la fiereza de ánimo de la hija del pueblo, exaltada por las ardientes predicaciones de aquellos melodramas comprimidos, suscitaría contra él iras violentas é irreprimibles. ¡Oh, si Matilde tuviese algún día un hijo suyo y él intentase no reconocerlo, no aceptar el hecho consumado, cómo se sublevaría contra él la salvaje rudeza de la chula y acaso la de todo el barrio, confabulado con ella!... Y cantaban en su memoria las frases de la copla, entonada entre bastidores por una tiple con tan cálida y trémula voz de andaluza:

> Dios perdona al asesino,
> y Dios perdona al ladrón;
> quien tira un hijo á la calle
> no tiene perdón de Dios...

¡Oh, no saben los estudiantes viciosos y de buenas familias que no hay burlas con el rudo amor de las hijas del pueblo!... ¿Por qué él se había engolfado en aquella peligrosa aventura?...

¡Y él, antes de llegar á Madrid, se creía que con

las chulas podía uno divertirse impunemente y que unos amores con una maja de Lavapies no dejaban rastro ninguno!... Pues ya lo estaba viendo y palpando por dolorosa experiencia... No, no era una broma el amor con una chulilla madrileña. Y se acordaba de las frases de don Ladislao respecto á la Concha y á la Clara:

—Son demasiado frívolas, demasiado frívolas...

«¡Rediez con la frivolidad!... ¡A cualquier cosa llama frivolidad don Ladislao!»...

—¿Qué te pasa?—le preguntó Matilde viéndole meditabundo.

—Nada; que estoy un poco *fané*...

—Por no perder la costumbre. Siempre que vas á alguna diversión conmigo, sales así de mohino. ¡Qué barbaridá! Paece que te han dao cañazo...

Volvió Guillermo á quedar triste. No es que á él le hubieran perturbado los epifonemas sonoros del melodramita lírico. Recordaba perfectamente una máxima del *Enchiridión* de Epicteto, que se le había quedado grabada en la mente desde sus años de Latín y Humanidades: «Evita las fiestas populares, y si tuvieres que acudir á ellas, reflexiona y cuida de tus acciones para que no caigas insensiblemente en la manera de obrar del vulgo; porque es menester que sepas que es imposible que dejes de ensuciarte (por más limpio que estés) si te restriegas con tu compañero que está sucio.»

Bien fríamente resbalaban sobre él las frases que hacían vibrar de entusiasmo al público de la galería. Pero se ponía en el caso de Matilde y comprendía que á la chula poquísima gracia podían hacerle los presentimientos de separación y de abandono que advirtiera en él y que ahora se corroboraban, cuando ese melodrama populachero, generalizando la acusación, ponía en la picota á la mayo-

ría de los hombres por falsarios, por ingratos y por perjuros...

—¿Has visto qué bien está la función?—preguntó Matilde, sacándole de su letargo.

—Sí, muy bonita—contestó con voz de sonámbulo.

—Esa obra la debían ver todos los hombres para que aprendiesen á no reirse de las pobres mujeres.

—Y las *pobres* mujeres debían de ver otras para que aprendiesen á no reirse de los hombres.

—No es igual, rico. La mujer pierde más, y el que no corresponde con una mujer como se merece, es un hijo de mala madre—contestó la chula con la salvaje fiereza de las hijas del pueblo.

—No te excites, hija. Al fin y al cabo, todo eso es cosa de comedia.

—¡Ah, sí, pero en la vida ocurre eso también muchas veces! Y el que la hace la paga, hijo mío.

—Toda esa filípica no irá por mí, ¿verdad?—preguntó el estudiante, displicente.

—Va por quien vaya... El que se pica, ajos come...

—Bueno; pero es que yo no tengo nada que pagar.

—No lo tienes ahora, pero acaso lo tendrás algún día... Y, sobre todo, que no debías hablar tan fuerte.

Acercándosele mucho, al oído, por esa solitaria y oscura calle de la Pasión, cuya agria cuesta subían entonces, la chula dijo á Guillermo, recalcando cada sílaba con irónico deletreo:

—¿Es que tú no me has deshonrao á mí? ¿Es que no me has hecho desgraciá para siempre? Pues si no cumples, y veo que no tienes intenciones de cumplir, no faltará quien sepa tomarse la justicia por su mano...

—Se te ha subido á la cabeza ese melodrama ridículo. Pero, hija mía, ¿á qué viene todo eso, si por ahora?...

La chula no le dejó concluir la frase, y con su viveza de gatita, le atajó así:

—Por ahora, no... pero ¿quién me dice á mí que con el tiempo no me pueda ver como se ven otras?

—Y entonces sería ocasión de rendir cuentas.

—Toma; pero te lo quiero prevenir por si acaso... No sea que te vayas á creer que así como así se puede dejar á una mujer abandonada en el arroyo y con un hijo de sus entrañas en los brazos... No, hijo mío... Hay que estar á las duras y á las maduras...

Calló Guillermo anonadado. Tenía razón Matilde. Para disipar estos lóbregos pensamientos, cuando doblaban la esquina de la calle del Tribulete, le propuso que no se fuera todavía á casa y que entraran un rato á distraerse en el café de Barbieri...

—No, gracias, rico; te tomas tú el café y te lo agradezco como si lo hubiera tomado... Entre dos que bien se quieren...

—Con uno que coma basta, ¿no es verdad?...

—Sí; y ahora, adiós, que mi madre me estará esperando y está ya muy escamona... Mira que no habérmelo conocido que ando por ahí contigo como ando... ¡Ay, el día que lo sepa, la que me cae encima!...

—Adiós, bonita...

Le dió un beso rotundo en la boca, un beso serio y conyugal, como á una madre futura. Y se alejó calle abajo, bajo el peso de la amenaza abrumadora de la chula y tarareando, para disipar el remordimiento que le agobiaba, un cuplé alegre de *matchicha:*

Hacia París de Francia
fué don Procopio...

XXV

Quince días llevaba en cama Guillermo, y en los quince días no se había apartado un momento de la cabecera Matilde, la chulilla abnegada y buena. Podían decir de ella lo que quisiesen las comadres del barrio, tan mordaces y mal pensadas; pero á ella le correspondía el puesto de enfermera, de laica hermana de la Caridad. Y bien que servía para el caso, pues ya había ejercitado su pericia en otras ocasiones. Sépase que Matilde Rey era de la honorable cofradía de las «Damas rojas».

En sus horas de reposo, cuando la fiebre se le calmaba y quedaba en una sedante laxitud, Guillermo dedicábase á pensar en la abnegación de Matilde.

«Es indudable—se decía—que Matilde es una muchachita adorable, sumisa y abnegada, obediente al amado, con un concepto bien definido de la honradez, sin tergiversaciones ni componendas. Todas estas muchachas del pueblo bajo entienden la honradez con bastante más claridad y más entereza que las niñas cursis de la clase media y, desde luego, que las damitas caprichosas de la aristocracia. Las burguesitas no ven en el novio más que la caza del marido, el sostén futuro de la familia. Como ellas no son capaces de mantener un hogar y regir una casa, porque no han aprendido más que cuatro vagas nociones de lo que ellas llaman buena educación, á leer con dificultad y á escribir sin ortografía, algún machaqueo del piano que gime

bajo la amenaza de una ridícula romanza italiana y tal cual palabreja francesa ó chapurreada, tienen que echarse en brazos del primer hombre que las promete mantenencia y ayuntamiento... De las chicas *chic* y *smart*, de los cogollitos de la crema, no hay para qué hablar. O son desecho de tienta y cerrado ó unas impertinentes y sosas de todos los diablos. En cambio, estas muchachas del pueblo tienen un concepto invariable y dogmático de la honradez; y por eso es más de estimar en ellas el sacrificio que hacen de su honradez (su único tesoro, la dote que aportan al matrimonio, como ellas dicen muy bien) en aras del cariño. Este es el caso de Matilde. Ha sacrificado por mí su honra y ahora me ofrece, como remuneración á mi falsía, á mi indiferencia por ella después de conseguir lo ansiado, sus noches en vela, sus cuidados maternales, sus solicitudes de esposa... Matilde es adorable; y Matilde es el tipo representativo de la mujer plebeya. Quizá en estas chicas de la clase obrera se incube *la mujer del porvenir*, título á que aspiran las ridículas bachilleras que salen de la Escuela Normal y esas otras mujeres absurdas, infinitamente grotescas, que quieren ser doctoras en medicina ó en leyes... Yo, por mis aficiones, por mis gustos, soy un tantico aristócrata; tengo anhelos de vivir muy bien y de ser un hombre elegante, un chico «bien», como se dice ahora. Pero comprendo que estas hijas del trabajo, como diría un folletinista cursi, valen mil veces más que nuestras insípidas burguesitas... Yo execro al pueblo muchas veces; me molesta el olor chotuno de rebaño; el pueblo es sucio, ignorante y sórdido; no lee, no piensa, va á los toros, bebe peleón, gasta navaja; la *honrada blusa* suele ser sucia, la plebe me asquea y me repele... pero yo no temo la con-

tradicción diciendo que estas nenas del pueblo bajo son sencillamente admirables... Y es que el pueblo, sobre todos sus defectos, tiene una cualidad que sobrenada: que es infantil y que conserva un corazón sano, un corazón de niño... Hasta en el valor con que han aceptado las ideas progresivas y europeas, estas chicas plebeyas han demostrado que tienen la inteligencia más virgen y el corazón más noble que esas ridículas niñas mesocráticas, que, si no son beatucas, por lo menos se asustan y hacen repulgos de monja á las nuevas corrientes... Yo he padecido los horrores de una educación católica, casi monacal, la educación que puede dar una madre nacida en un pueblo pequeño, donde pasó su juventud en novenas y jubileos. Por lo mismo que me han torturado la infancia y la adolescencia con ese catolicismo hosco y sombrío, tan *nuestro*, tan español, ahora que me he redimido, siento con más intensidad el desprecio por esas doctrinas que me infiltraron la idea de un Dios terrible, de unas penas infernales y de una religión amenazadora, cegando las fuentes de la alegría de vivir y martirizando mi conciencia cuando aún era ingenua, cuando aún no distinguía entre el bien y el mal. Todavía á ratos, sobre todo cuando por casualidad entro en una iglesia ó presencio ceremonias eclesiásticas, noto la presión atávica de ese catolicismo inquisitorial, que no es el alegre catolicismo, casi pagano, de Italia, donde el culto á la madona se confunde con el culto á Venus y Apolo es venerado bajo el nombre de Cristo, ni el catolicismo elegante é indiferente de Francia, donde los abates lanzan madrigales sacrílegos y hasta las dignidades eclesiásticas están inficionadas de volterianismo, como aquel arzobispo de París (creo que el cardenal Maury) quien, preguntándosele si era cierta una anécdota que rela-

taba, contestó con desenfado: *Je ne mens qu'en chaire*... Por lo mismo que en mí ha sido lenta y tardía la escisión del catolicismo y que me ha costado insomnios y lágrimas y sudores de sangre, soy ahora más radicalmente herético... Estoy enfermo, y suele decirse que en la enfermedad el hombre es débil y dirige los ojos hacia el cielo, su patria. *Primus in orbe deos fecit timor*, que cantó Lucrecio. Pues bien; á mí, en el caso presente, no podría aplicárseme la frase sangrienta de La Bruyère: «Se duda de Dios cuando se tiene salud; cuando se está enfermo, con hidropesía bien caracterizada, se cree en Dios...» No es verdad, no; yo nunca me he sentido tan apartado del culto de mis padres como ahora, desde que estoy postrado en el lecho. Por eso comprendo, ahora mejor que nunca, el encanto de esta enfermera laica, que no cree en Dios y me cuida tan bien... por amor al prójimo, ese amor fraterno que no está vinculado en las religiones positivas. Al principio de mis relaciones con Matilde, yo sentía un poco de disgusto porque ella fuese de las «Damas rojas»; me parecía algo extraño, absurdo, habituado á la untuosidad clerical de las monjitas que me cuidaron en la infancia, cuando tuve la escarlatina. Ahora es cuando aprecio la grandeza de estas heroínas de la caridad, incrédulas y á la vez piadosas con el prójimo desvalido...»

Solía despertarle de estas disquisiciones teológico-sociológicas, la voz cantarina y risueña de Matilde, ofreciéndole una tisana benéfica ó una suave tacita de caldo.

—¡Matilde, hermosa mía, qué buena eres!...—gemía el pobre muchacho.

—Vamos, calla, zalamero, que no estás para piropos...

—Viéndote á ti delante, estoy siempre para todo...

«Señora discreta se ofrece para todo», como dicen los anuncios.

—Mala sombra, tolili...

¡Oh, cómo gozaba Guillermo cuando Matilde le anegaba en un diluvio de insultos aparentes y adjetivos denigrantes, desmentidos por los ojos parleros y la boca risueña!... Era uno de los mayores encantos de la chula saber decir todas estas cosas tremendas con voz suave, que acariciaba en vez de fustigar, y ojos pícaros, que besaban en vez de amenazar... ¡Hechizos de los insultos de una niña enamorada, que, fingiendo verter gotas de acíbar, derrama dedaditas de miel!...

En aquellos días de desesperante quietud, pasados en la tristeza de la alcoba oscura, sin luz del sol, donde no llegaban los ruidos de la calle, fué cuando Guillermo comprendió que quería á Matilde y que estaba ligado á ella por un compromiso moral más serio y más sólido que los compromisos escritos que exige el matrimonio. Y sobre todo... ¿por qué había de abandonar á la chula inicuamente, si ella se había portado bien y le había querido como una amante y le había cuidado como una esposa?... ¿No podría ser la chula una excelente madre de familia, emancipada de prejuicios, que educase á sus hijos en el culto á la honradez y al trabajo, bastante mejor que una señoritinga de la clase media, intrigantuela, beatuca, frívola y dilapidadora?...

Sí; se casaría con Matilde, ó, por lo menos, se la llevaría á vivir consigo, y con la pensión mensual que le mandaba su madre podrían vivir desahogadamente. Acaso ese sería el único medio de que él, libre de inquietudes eróticas, se aplicase y pudiese llegar al término de su carrera... Vivirían en una casa de las afueras, por el Pacífico ó cerca del Puente de Vallecas, para que él no tuviese muy lejos la

Facultad de Medicina; estudiaría él mucho, para no perder ningún curso; ¡y qué hermoso sería sentir sobre su boca la boca suave de Matilde interrumpiendo el estudio frío con cálida lluvia de besos!... Y cuando salieran á paseo, los domingos por la tarde, ¡qué linda pareja harían, ella tan guapa con su mantón de chal, sus zapatitos de tacón alto y sus peinados enrevesados y artísticos; él, con su facha mixta de muchacho elegante y de estudiantillo truhán!... ¿No sería mucho más feliz con Matilde que con cualquier *niña bitonga* de Madrid ó con cualquier asturianita sosa que en Puertuco le tuviese preparada su familia?...

Además, ¿no era un enorme cargo de conciencia abandonar á Matildita en esas condiciones, acaso con un hijo suyo en las entrañas?... Y se representaba por un momento la historia trágica de Matilde si él la arrojaba por los peldaños de la mala vida... Acaso una noche, cuando él fuera ya un médico acreditado, con una brillante posición, que le hubiera valido un buen matrimonio, al volver del teatro con su esposa, deslumbrante de hermosura y de joyas, en una calle recóndita, un fantasma triste, sombra de la chula de otros días, gallarda y gentil, un fantasma desfigurado por el vicio, con ojeras artificiales, le acechase en las tinieblas para recriminarle por su conducta pasada... No; él tenía buen corazón y buenos principios y no podía cometer tal iniquidad... No podía figurarse á la novia buena y suave, amante por bondad, convertida en mujer mala, en perdida vulgar, desecho de la sociedad...

... Durante su convalecencia, el primer día en que salió Guillermo fué una tarde esplendorosa de sol. Mediaba Julio y Madrid todavía no había arro-

jado á las playas del Norte y á los pueblos de la sierra sino una mínima parte del contingente anual de veraneantes.

Aprovechando la mejoría de Guillermo, Matilde había ido al taller. Trabajaba ahora, pródigamente retribuída, en «La Villa de París», ese simpático conventículo de nenas guapas situado en uno de los lugares más típicos del Madrid viejo, en la calle de Atocha, muy cerca de la encantadora Plaza del Matute. Eran las dos y cuarto cuando Guillermo salió de casa. Por la calle de Jesús, salió á la Carrera de San Jerónimo, y de allí, por Cedaceros, se internó en el bullicio de la calle de Alcalá, á esa hora llena de un mujerío encantador, de las deliciosas modistas, flor y nata de este Madrid de nuestros pecados.

Pasaban las modestas obreras de los talleres oscuros que no tienen todavía rótulos sonoros en el balcón, de los talleres hundidos en un piso barato, entre una casa de huéspedes y una vivienda de empleados; y pasaban también las modistas de alto copete, las modistas elegantes de los talleres del centro, las de *El Capricho*, las de Ana, las de madame Rementería, las de la Gosálvez, las de Mme. Verger, las de Mme. Pelaz, las de Mme. Melie, las de Mme. Julia Herce, las de Mme. Charlotte, las de Mme. Madeleine, las de Mme. Julia Cervera—todas ellas apreciables y simpáticas francesitas... de la calle del Bastero.

Algunas de estas obreritas, todas igualmente risueñas, frívolas, locuaces y burlonas, miraban á Guillermo, porque le conocían de vista ó de antiguos talleres donde ellas habían trabajado y donde él había tenido una novia.

El estudiante iba un poco pálido, con ese aire interesante que da la estancia de quince días en la

cama dentro de una alcoba oscura y sin ventilación. Por lo demás, tan ágil y tan contento como siempre.

En la esquina de la calle del Barquillo se tropezó con Manolito Baquero, que caminaba con aire distraído, de hombre que lleva prisa.

—¡Hola, Manolito! ¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú, Guillermo?

—Estás un poco pálido. ¿Has estado enfermo?

—Poca cosa; unas fiebres que me han tenido quince días en cama...

—Vaya, hombre, lo siento. Y me alegro del alivio...

—¿Y tú? ¡Te veo tan famoso como siempre! Ibas con mucha prisa. ¿Tienes alguna cita?

—No, chico; vengo de las Salesas, de una vista... Me paso todo el día revolviendo mamotretos antipáticos...

—¿Y de amores, qué? Seguirás tan conquistador como siempre...

—¡Ay, hijo mío!... Ya se me pasó esa época. Eso se queda para vosotros los jóvenes...

—No te creas, que también á mí se me va pasando.

—¿Cómo así? ¡Si me ha dicho Paquito Mazón, á quien me encontré hace pocos días, que estabas muy metido y cada vez más entusiasmado con una chula!...

—Sí, aquella de quien tú me hablaste una noche, ¿te acuerdas?... Pues precisamente por eso me voy haciendo serio y dejándome de conquistas... Esa mujer me ha destenoriado.

—Está bien. Un bonito caso novelesco. Don Juan regenerado por doña Inés...

—Pues eso es lo que á mí me pasa...

Guillermo miraba á Manolito con asombro. No

era el mismo Manolito de antes... ni mucho menos; el Manolito que gastaba siempre capa y gorrilla y á veces pañuelo al cuello en vez de nítida camisa; que sabía todos los *timos* del argot de sala de baile y traía siempre al retortero á tres ó cuatro modistas. Ahora estaba más triste, más feo y más elegante; tenía la cara llena de granos, vestía atildadamente de luto; ostentaba facha y modales de curial.

—¿Y qué te has hecho tú—le preguntó Guillermo—de todas aquellas mujeres que andaban loquitas por ti?

—Pues, ya ves; no sé lo que será de las pobrecitas... Supongo que pronto se habrán consolado...

—Para eso todas son iguales...

—Solamente una me escribió el otro día una carta... muy curiosa, quejándose de mí, casi insultándome... Y todo porque la encontré una noche, hace pocos días, en la calle de la Montera, á la madrugada, saliendo yo del teatro, y quise revivir los tiempos pasados. Refugié mi egregia humanidad y la de Gloria en una casita misteriosa de la calle del Amparo y allí me dijo unas cosas terribles durante la noche... Que yo era muy simpaticón, que me quería por tunante, por chulo, por gitano... Y ayer me escribe tratándome de usted... Delicioso...

—Vamos, vamos; tenoriesco todavía, ¿eh, Manolito?

—No, ni siquiera. Esas son ráfagas pasajeras, reliquias de la juventud... A esa Gloria la conocí en una sociedad de baile que tuvimos un invierno en la calle de San Cosme: «El libro y la aguja»...

—¡Ah, recuerdo haberle oído á Paquito Mazón hablar de eso!...

—Sí, hombre, si hasta creo que tú la conoces de vista... Voy á enseñarte un retrato, á ver si recuerdas...

Metió la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó una cartera elegante y sobria, de piel de Rusia, cifrada con una M historiadísima. Del fondo abultado de la cartera brotaron chucherías y recuerdos en montón: una butaca de Apolo, una delantera de anfiteatro de Eslava, un palco de la Plaza de Toros, un dije con el retrato de Gloria (bella morenaza con un lunar junto al labio)... Guillermo contempló el retrato detenidamente, con fijeza de miope, y, en efecto, la reconoció. La había visto una tarde con Manolo en la Bombilla...

—En verdad, guapa chica.

Siguió Manolo desenterrando cachivaches de antaño: un mechón de pelo, unas hojas secas de claveles blancos y rojos, un cacho de peineta arrancado en alguna alcoba de placer... de esas alcobas alquiladas que tanto había frecuentado la alocada juventud de Manolo...

—Chico, te pareces á la urraca de la fábula... ¡Cuántas chucherías!... Y todo esto, ¿para qué te sirve?—le preguntó Guillermo con interés.

—Pues, chico, para tener recuerdos de esa edad tan triste en que se pasan ratos tan alegres, de la juventud...

—¡Adiós, Matusalén!...

—Hombre, claro es que yo no soy viejo todavía. ¡Figúrate tú, con veintitrés años encima!... Pero por el alma me voy envejeciendo... Me ha llegado la edad de ser serio, grave, formal, de crearme una posición... y de casarme.

Recogió de nuevo cuidadosamente todas aquellas menudencias en la cartera y, encendiendo un cigarro, añadió:

—Y para la edad madura, todas estas pequeñeces sentimentales son un bagaje inútil...

—Tienes razón. Yo también voy notando cierto

cansancio... cierta laxitud... como el sentimiento de haber vivido bastante...

—Y ya ves; tú empiezas á vivir ahora... Yo no, yo ya he vivido mucho. Ahora me toca la edad de la reflexión y de la sensatez... Y, sin embargo, comprendo que en el mundo no hay más que una cosa grande y noble y bella y digna de respeto: la sonrisa de dos enamorados...

—Pues, si te he de decir la verdad, á mí me aburre ya ver sonreirse á las mujeres con esa sonrisa estúpida de bestias...

Se apartaron para dejar paso á un grupo de modistas que cruzaban risueñas y alborozadas.

Manolo prosiguió melancólicamente:

—Eso mismo lo siento yo muchas veces.

—Es nuestra juventud que acaba...

—Por lo menos, la mía...

Madrid-Gijón, Junio-Octubre de 1910.

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. PRIETO Y C.ª, EDITORES • • PONTEJOS, 8 • • MADRID • •

• • • VOLÚMENES DE 250 Á 400 PÁGINAS, LUJOSAMENTE IMPRESOS, CON ARTÍSTICAS • • •

• • • • • • • • • • CUBIERTAS EN COLOR • • • • • • • • •

	Ptas.
JACINTO BENAVENTE	
OBRAS ESCOGIDAS • • • •	3,50
JOAQUÍN BELDA	
MEMORIAS DE UN SUICIDA (NOVELA)	3,50
LA FARÁNDULA (NOVELA) • •	3,50
MANUEL BUENO	
TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO • • • • • • • •	3,50
PÍO BAROJA	
CÉSAR O NADA (NOVELA) • • •	4,00
AURORA ROJA (NOVELA) • • •	3,50
JOAQUÍN DICENTA	
LOS BÁRBAROS (NOVELA) • • •	3,50
CONCHA ESPINA	
DESPERTAR PARA MORIR • •	3,50
JOSÉ FRANCÉS	
LA GUARIDA (NOVELA) • • •	3,00
F. GARCÍA SANCHIZ	
NUEVO DESCUBRIMIENTO DE CANARIAS • • • • • • • •	3,00
ALBERTO INSÚA	
LA MUJER FACIL (NOVELA) • •	3,50
LAS NEURÓTICAS (NOVELA) • •	3,50
LA MUJER DESCONOCIDA (NOVELA)	3,50
WALDO A. INSÚA	
LA BOCA DE LA ESFINGE • •	3,00
RICARDO LEÓN	
LA ESCUELA DE LOS SOFISTAS •	3,50
CASTA DE HIDALGOS (NOVELA) •	3,50
EL AMOR DE LOS AMORES (NOVELA)	3,50
RAFAEL LÓPEZ DE HARO	
SIRENA (NOVELA) • • • • •	3,50
ENTRE TODAS LAS MUJERES (NOVELA) • • • • • • • •	3,50

	Ptas.
J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)	
DOÑA MESALINA (NOVELA) • •	3,50
EDUARDO MARQUINA	
DOÑA MARIA LA BRAVA • • •	3,50
G. MARTÍNEZ SIERRA	
TODO ES UNO Y LO MISMO (NOVELA)	3,50
LA HORA DEL DIABLO (NOVELA) •	3,50
ENRIQUE DE MESA	
ANDANZAS SERRANAS • • •	2,00
CONDESA DE PARDO BAZÁN	
LA LITERATURA FRANCESA MODERNA • • • • • • •	4,00
CUENTOS DE AMOR • • • •	3,50
LA QUIMERA (NOVELA) • • •	5,00
CUENTOS NUEVOS • • • •	3,50
DULCE DUENO (NOVELA) • • •	3,50
RAMÓN PÉREZ DE AYALA	
A. M. D. G. (LA VIDA EN LOS COLEGIOS DE JESUITAS) (NOVELA) •	3,50
ALEJANDRO SAWA	
ILUMINACIONES EN LA SOMBRA •	3,50
FELIPE TRIGO	
LA CLAVE (NOVELA) • • • •	3,50
LAS EVAS DEL PARAISO (NOVELA)	3,50
EL MÉDICO RURAL (NOVELA) •	3,50
MIGUEL DE UNAMUNO	
MI RELIGION Y OTROS ENSAYOS	3,50
PORTUGAL • • • • • •	3,50
FRANCISCO VILLAESPESA	
BAJO LA LLUVIA (POESÍAS) • •	3,50
EDUARDO ZAMACOIS	
EL OTRO (NOVELA) • • • •	3,50

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

125001 LS
G6424m

Author González-Blanco, Andrés

Title Matilde Rey.